

CORINTIOS XIII

revista de teología y pastoral
de la caridad

N.º 38

Abril-Junio

1986

***TESTIGOS DEL
DIOS VIVO***

(Comentario desde Cáritas)

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGIA
Y PASTORAL DE LA CA-
RIDAD

Núm. 38 Abril/Junio 1986

DIRECCION Y ADMINIS-
TRACION: CARITAS ESPA-
ÑOLA. San Bernardo, 99 bis.
28015 Madrid. Apto. 10095.
Tfno. 445 53 00.

EDITOR: CARITAS ESPA-
ÑOLA

COMITE DE DIRECCION:

Joaquín Losada
(Director)

J. Elizari
R. Franco
A. García-Gasco Vicente
J.M. Iriarte
J.M. Osés
V. Renes
R. Rincón
I. Sánchez
A. Torres Queiruga

Felipe Duque
(Consejero Delegado)

IMPRIME: ARTEGRAF
Sebastián Gómez, 5. 28026 Madrid

DEPOSITO LEGAL:
M-7206-1977

ISSN 0210-1858

SUSCRIPCION:
España: 1.600 ptas.
Precio de este ejemplar:
550 ptas.

COLABORAN EN ESTE NUMERO

FERNANDO SEBASTIAN AGUI-
LAR. *Obispo Secretario General de
la Conferencia Episcopal Española.*

FERNANDO FUENTE ALCAN-
TARA. *Vicedirector del Secreta-
riado de la C.E. de Pastoral Social.*

JOAN BESTARD COMAS. *Direc-
tor del Secretariado de la C.E. de
Pastoral.*

JOSE LUIS BRAVO. *Profesor del
Seminario de Madrid-Alcalá y del
Instituto Internacional de Teología
a Distancia.*

LUIS HERNANDEZ. *Director de
DYNAMIS.*

RAFAEL PRIETO RAMIRO. *Dele-
gado Episcopal de Caritas Dioce-
sana de Plasencia.*

JESUS PASCUAL ARRANZ. *Di-
rector del Departamento de Socio-
logía del Arzobispado de Valla-
dolid.*

CORINTIOS XIII

revista de teología y pastoral
de la caridad

Todos los artículos publicados en la Revista “Corintios XIII” han sido escritos expresamente para la misma, y no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista “Corintios XIII” no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

SUMARIO

<i>Presentación</i>	5
<i>Nota de la Redacción</i>	19
FERNANDO FUENTE ALCANTARA	
<i>"Los nuevos pobres: un reto a la evangelización, hoy"</i>	21
JOAN BESTARD COMAS	
<i>"La Iglesia, comunidad evangelizadora, en el mundo y para el mundo"</i>	33
JOSE LUIS BRAVO	
<i>"Eclesialidad de la existencia cristiana"</i>	49
LUIS HERNANDEZ	
<i>"La Iglesia particular, las comunidades eclesiales y la opción preferencial por los pobres y oprimidos"</i>	67
RAFAEL PRIETO RAMIRO	
<i>"Promoción y coordinación del servicio de la caridad en la Iglesia. Misión de Cáritas y retos urgentes"</i>	81
JESUS PASCUAL ARRANZ	
<i>"Un lenguaje del amor y la solidaridad"</i>	99
<i>Documentación</i>	115
<i>Boletín bibliográfico</i>	173

PRESENTACION *

Esta instrucción de la Conferencia Episcopal Española forma parte de las actividades previstas en el programa de acción pastoral que la Conferencia se trazó a sí misma en 1983. Allí se adoptó como objetivo prioritario de las preocupaciones pastorales de la Conferencia el servicio a la fe de nuestro pueblo, del Pueblo de Dios y del pueblo en general. Con ello se iniciaba una época nueva en la vida de nuestra Iglesia caracterizada por la preocupación dominante en favor de una pastoral evangelizadora y misionera. Es curioso que los comentarios dedicados a aquel documento de julio de 1983 no parecen haber valorado suficientemente esta importante novedad. Quedan más bien prendidos en los detalles y bloqueados por los temores, sin percibir las intenciones dominantes del texto considerado en su conjunto.

1. Objetivos del documento

De una manera general, el objetivo central de esta instrucción pastoral es el de impulsar el dinamismo evangelizador de las Iglesias y de los católicos de España. Este intento no se ha querido abordar de una manera puramente teórica ni tampoco manteniéndose a ras de los pragmatismos del momento. Lo que se ha querido hacer es proponer sintéticamente a las Iglesias y a los que viven y trabajan dentro de ellas los conte-

* Con autorización del autor, reproducimos la Presentación al Documento "Testigos del Dios Vivo" tomada de la edición oficial de la Conferencia Episcopal Española.

nidos esenciales y primarios de la evangelización, teniendo cuidado de explicitar aquellos aspectos tanto de orden personal como comunitario, que las circunstancias actuales de la Iglesia y de la sociedad en España hacen especialmente importantes.

Se trata, por tanto, de un texto predominantemente doctrinal, aunque no ha querido ser teórico sino pastoral y práctico. Y esto porque sus exposiciones y subrayados doctrinales responden a un tratamiento de los puntos que la vida y la acción evangelizadora de nuestras Iglesias reclaman por distintas razones y circunstancias. Quien se conforme con leerlo sólo en su superficie sin preocuparse de buscar las razones por las que se dice lo que se dice y las intenciones pastorales y constructivas que lleva dentro cuanto queda dicho, se quedaría en la pura superficie de su verdadera significación doctrinal y pastoral.

2. Destinatarios de este escrito pastoral

Está claro que un escrito pastoral de los Obispos españoles por su misma naturaleza se dirige a las Iglesias que están en España de manera conjunta, y consecuentemente a todos los católicos españoles, sin excluir, como es natural, a cuantos quieran interesarse por conocer sus enseñanzas, sean miembros de otras Iglesias, antiguos miembros de la Iglesia católica más o menos separados de ella, o simplemente personas no creyentes a las que anima alguna curiosidad por saber lo que pasa dentro de las Iglesias.

Pero de manera muy concreta, este escrito, por su propia naturaleza, está dirigido a los católicos y más concretamente a aquellos católicos que quieren vivir activamente, con conciencia y con responsabilidad, su condición de cristianos y de miembros de la Iglesia. Hablando todavía más en directo, diría que esta instrucción está dirigida a lo que podríamos llamar los "cuadros" de las Iglesias particulares de España, en

primer lugar los sacerdotes que junto con los Obispos trabajan directamente en el ministerio sacerdotal, a cuantos tienen una actividad en la formación de la conciencia cristiana dentro de las Iglesias (profesores, escritores, comentaristas, educadores, catequistas, responsables de grupos o de movimientos), sean sacerdotes, religiosos o seculares.

Lo que han pretendido los Obispos es ofrecer a todos ellos unas referencias básicas que sirvieran como de convocatoria común, enriquecimiento y estímulo de la acción apostólica generalizada. Y esto porque tenemos la sensación de que nuestras Iglesias, todos nosotros, necesitamos una mayor vibración religiosa, una conciencia más clara de lo que somos y de lo que tenemos que ser y hacer, una mayor coincidencia en las notas fundamentales de nuestro ser cristiano y católico, una mayor apertura a las necesidades materiales y espirituales de los demás, una participación más intensa y más esforzada en el destino material y espiritual de nuestra Sociedad. En una palabra, los católicos españoles necesitamos proponernos con mayor fuerza y claridad precisamente eso: hacer verdad en nosotros y entre nosotros la gran Iglesia de Jesús, la Iglesia apostólica y católica.

¿Puede por tanto acusarse a este documento de ser un intento restauracionista? Yo creo sinceramente que no. Es un documento hecho todo él de cara a lo que va a ser o tiene que ser el futuro de la Iglesia en España, a lo que tienen que ser los verdaderos apoyos y las notas esenciales de los católicos españoles en los próximos decenios, en lo que nosotros desde ahora podemos ver para los próximos años. Pienso que el texto intenta ser la respuesta a esta cuestión: ¿cuáles han de ser las características de las Iglesias y de la existencia de los católicos de ahora en adelante en el contexto de la sociedad española tal como se va configurando? Por supuesto van a faltar muchos aspectos, muchos detalles, muchos elementos dignos de interés y del todo necesarios. La verdad es que se ha querido presentar solamente aquellos puntos centrales que

han de ser como la vertebración interior de las comunidades y de las propias conciencias de los cristianos, aquellos que pueden servir de referencia obligada para todos, los que nos pueden sacar de la pasividad y del desconcierto, los que tienen que crear la imprescindible unidad y coincidencia entre todos, los que nos pueden dar la alegría, la responsabilidad y el dinamismo necesarios para vivir como Iglesias misioneras y portadoras del Evangelio dentro de nuestro mundo, de nuestros mundos y ambientes concretos.

Todo el tejido y contenido doctrinal de la instrucción quiere ser decididamente conciliar y posconciliar. Lo que se quiere precisamente es favorecer e impulsar una visión equilibrada e integradora superando la dialéctica entre las lecturas parciales e ideologizadas del Concilio que desfiguran hoy la vida de la Iglesia hasta disminuir su efectividad apostólica y comprometer el pacífico desarrollo del movimiento renovador que viene del Concilio y que la Iglesia necesita hacer, en continuidad consigo misma, para ser fiel a Dios y al mundo.

3. El esquema general del documento

En el marco de estas preocupaciones el texto está concebido en torno a estas ideas: la evangelización implica fundamentalmente el anuncio del Reino de Dios hecho a la vez con palabras significativas y con los signos de una vida redimida, desde dentro de la fe y de la vida de Jesús, eclesialmente recibida, celebrada y vivida por los creyentes.

La redacción definitiva (hubo seis redacciones sucesivas) puede dar lugar a que algunos piensen que predomina en el texto una visión excesivamente teórica y ensimismada de la evangelización, dado que los aspectos prácticos y las relaciones con lo que podríamos llamar la sociedad exterior a la Iglesia se desarrollan en la tercera parte. En realidad no es así. De hecho, hasta la cuarta redacción el texto no tenía más que dos partes y las cuestiones que han quedado expuestas en la

tercera parte estaban incluidas en la primera. Si se trasladaron a una tercera parte fue por el deseo de exponerlas con mayor amplitud, considerando que eso no rompía la unidad interna del tratamiento de la evangelización, puesto que a ella se refiere exclusivamente el texto en su totalidad. Las cuestiones que se abordan en la parte segunda están ahí porque parecieron algunas de las exigencias más importantes de la aceptación vital y práctica del Evangelio por los mismos miembros de la Iglesia y por considerar que únicamente unas Iglesias así vivificadas y perfiladas podían ser el sujeto real de una acción evangelizadora en y de la sociedad de manera auténtica y efectiva. Esta es, por lo menos, la verdadera perspectiva desde la cual el texto debe ser leído e interpretado en su verdadero sentido y en sus auténticas intenciones pastorales.

4. Anunciar el Reino de Dios

En continuidad con la misión de Jesús, la acción evangelizadora de la Iglesia consiste en anunciar el Reino de Dios, un anuncio que no es sólo verbal, sino también y ante todo real y anticipativo. De esta manera queda ya apartado el peligro de una visión narcisista de la Iglesia. La Iglesia entera gravita hacia el Reino de Dios, por lo cual no puede ser centro de sí misma, ni de su vida, ni de su palabra, ni de sus relaciones con el mundo.

El texto ha querido evitar la tentación de quedarse en la comodidad de formulaciones tópicas poco definidas. Por eso mismo se ha querido explicitar los contenidos primarios del Reino de Dios. De acuerdo con la doctrina bíblica y la tradición de la Iglesia esta expresión se entiende como la presencia soberana y accesible de Dios que viene graciosamente por Jesucristo hasta nosotros haciéndose fuente de salvación integral y de vida eterna para quienes le acogen en su corazón por medio de una fe plena y viva. Por eso el fin primordial de la evangelización no puede ser otro que el de ayudar a los

hombres a aceptar en su vida la relación justa con el Dios de la gracia viviendo en este mundo, por la caridad, la verdad de la salvación eterna en la distancia y la incipiente presencia de la esperanza.

Es evidente que este anuncio presentado al descubierto encuentra múltiples dificultades en el contexto cultural y social en que vivimos. También es cierto que el corazón del hombre de una o de otra manera busca y necesita estas respuestas definitivas para las que ha sido creado. También en nuestro mundo están presentes las añoranzas del Evangelio y del Reino de Dios. Es preciso buscar el lenguaje, el modo y la presencia adecuados para poder proclamar este anuncio de manera convincente y fraterna. Lo que interesa decisivamente es que el anuncio hecho sea realmente el que Jesucristo vino a traernos en nombre de Dios, sin quedarnos en los presupuestos, sin magnificar unos elementos a costa de otros, sin caer en una equivocada estrategia de concesionismos acomodaticios que por el buen deseo de vender mejor y más barato adultera la mercancía.

Este parece ser un asunto especialmente importante en el momento en que vivimos. Acercarse fraternalmente a un mundo para anunciarle la salvación de Dios no puede consistir en hacerse mensajeros de lo que nuestro mundo ya tiene o de lo que nosotros pensamos que le va a gustar oír, sino de aquello que hemos recibido y de lo que todos los mortales necesitamos escuchar. En definitiva, eso es lo que nos salva y lo que verdaderamente agradecemos. Necesitamos que surjan entre nosotros hombres santos capaces de hablarnos de Dios, de su juicio y de sus promesas con palabras fuertes y verdaderas.

5. Vivir en la Iglesia como oyentes y portadores del Evangelio

La segunda parte reúne una serie de puntos con el rasgo común de ser exigencias de un acogimiento cordial y sincero

del Evangelio dentro de la Iglesia de manera real y concreta. Otras muchas cuestiones podrían haber tenido lugar en este capítulo. A última hora todavía se manifestaron sugerencias para incluir algún otro punto en esta segunda parte. Se prefirió dejarlo así, reducida a una cuantas cuestiones esenciales y especialmente relevantes en el momento presente.

Detrás, o en el origen, de esta selección está la convicción de que, tanto por razones del pasado como del futuro, la fe de los católicos españoles tiene que ser más vigorosa, más consciente, más personal y más coherente vitalmente. No se utilizan términos técnicos, pero en el fondo lo que se propone como objetivo pastoral inicial es el cultivo de la fe de los católicos con la fuerza y la riqueza vital que la fe tiene en los relatos y en la doctrina de los evangelios y de los escritos apostólicos. La palabra clave en este apartado es *conversión*. Ese es el término de la fe viva y formada, de la fe que salva.

Un especial relieve alcanza en el texto de los Obispos el tema de la eclesialidad de la fe y de la vida cristiana. Con ello no se niega la amplia perspectiva humana en la que se quiere situar el tema de la evangelización y de la misma identidad eclesial. Lo que ocurre es que los Obispos consideran que este aspecto de la vida cristiana y católica merece actualmente una especial atención. Por varias razones.

Primero, porque en las circunstancias históricas en que hemos vivido los católicos españoles esta dimensión no ha sido nunca suficientemente atendida ni asimilada en sus verdaderos aspectos interiores y espirituales. *Segundo*, por ser una nota claramente destacada por el Vaticano II como elemento importante de la existencia cristiana. *Tercero*, porque en el contexto de una sociedad libre los cristianos necesitan ahondar y asimilar el contenido y las razones de su pertenencia libre y personal a una sociedad concreta y claramente diferenciada en el conjunto de la sociedad que se llama Iglesia Católica, de dimensiones universales y no reducidas a ningún otro grupo o sociedad. Y *cuarto*, porque el

modo de vivir y de ser cristiano en contacto abierto y en comunicación permanente con un mundo pluralista y paganzante requiere que el cristiano avive sus referencias eclesiales para no diluirse en un sincretismo incoloro y acomodaticio.

No se quiere dar a estas cuestiones más importancia de la que tienen, ni se pretende poner en ellas el centro de las preocupaciones o de las aspiraciones de los cristianos. Lo que se quiere decir simplemente es que en el mundo contemporáneo y, en lo que se alcanza a ver, cada vez con más rigor, no va a ser posible creer en Dios, sino a la sombra de Jesucristo, y no va a ser posible creer en Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador de los hombres, sino dentro de la realidad histórica y concreta que es la Iglesia apostólica y católica, aceptada y creída en su ser integral, como actualidad e historia, comunidad e institución, local y católica, cultural y profética, orante y servicial, disciplinada y profética.

6. Servidores de los pobres y sacramento de la salvación universal

Desde el principio queda dicho que anunciar el Reino escatológico de Dios no es sólo hablar de él, es también vivirlo, hacerlo ya verdad en nuestra vida por obra del amor y en virtud de la esperanza. Este tema se vuelve a tomar en los primeros párrafos de esta tercera parte. Creer en Dios es vivir en comunión con El, y vivir en comunión vital con un Dios de gracia que nos perdona los pecados y nos da la vida eterna; es vivir con Cristo la fraternidad universal en proporción a las necesidades y a los sufrimientos de los hombres.

Los hechos y las relaciones humanas, así transformadas, tanto hacia dentro como hacia afuera de la comunidad, para hablar de algún modo, son anticipo del Reino, de la vida eterna de la resurrección y son también palabras vibrantes, la

fuerza real de las palabras verdaderas con las que aparece y suena ante los hombres el anuncio de Dios, de su juicio y de sus promesas. Se ha querido insinuar solamente la variedad de formas y de servicios en los que esta acción evangelizadora puede desplegarse en y por la caridad vivida en la fuerza de la esperanza. El texto insiste en dos ideas: pretende decir que este servicio y esta solidaridad cristiana es esencial para todos los cristianos y para la comunidad eclesial en cuanto tal; y en segundo lugar quiere hacer ver que hay muchas formas posibles y necesarias de ejercer esta solidaridad, evitando el estrechamiento de quienes tiendan a restringir el compromiso temporal de los cristianos entendiéndolo únicamente como sinónimo de su participación en la vida política.

Puesto que en estos momentos hay otro documento en preparación sobre las responsabilidades de los católicos en la vida pública, no era oportuno desarrollar aquí este asunto; por eso no se aducen sino aquellas afirmaciones fundamentales que debían tenerse en cuenta como parte del concepto mismo de evangelización y que resultan imprescindibles para dar una visión completa de la acción evangelizadora y aun de la Iglesia misma como sujeto y destinataria al mismo tiempo de la evangelización.

7. Participación de los católicos en la vida política

Como queda dicho, este tema no se desarrolla aquí sino en la medida en que entra dentro de la visión global de la acción evangelizadora de la Iglesia y de los cristianos. Tanto más cuanto que actualmente está en preparación otro documento, íntimamente relacionado con éste, que aborda expresamente y en su conjunto la responsabilidad y las principales formas de actuación de los católicos en la vida pública. Es probable que este documento sea promulgado por la Comisión Permanente de la Conferencia durante el otoño próximo.

En este documento que ahora presentamos se contiene una llamada de atención para hacer ver a los miembros de la Iglesia la necesidad de considerar la actividad y la vida política como un ejercicio, no exclusivo pero importante, de la solidaridad y del amor fraterno, de la promoción y defensa de los legítimos intereses materiales y espirituales de todos los ciudadanos, católicos y no católicos, con una especial preferencia por los más indigentes y necesitados.

Además de subrayar la importancia de esta consideración de la política como un modo de ejercer la fraternidad cristiana en favor de la sociedad entera, el texto episcopal sugiere unos criterios generales acerca de cómo tiene que ser esta participación de los católicos en la vida política, visto desde el punto de vista de su condición de miembros de la Iglesia.

En primer lugar se afirma lo que es común y general para todos los católicos: la vida cristiana por sí misma proporciona motivaciones, valores, objetivos de orden moral y práctico que la Iglesia en cuanto tal tiene que proclamar y promover, que todos los católicos tienen que compartir y buscar activamente en las diferentes actividades públicas y sociales, también en la política, por encima de las diferencias de opiniones políticas que tengan o de la diversidad de organizaciones en las que participen.

Este patrimonio común que constituye en realidad la moral política cristiana y católica, por la diversidad y variedad de las personas, de las ciencias y de las situaciones, puede dar lugar a diferentes fórmulas y formaciones políticas. De la unidad de la moral y del espíritu cristiano no se deduce necesariamente una sola política como la única política cristiana, obligatoria, por tanto, para todos los miembros de la Iglesia. Los católicos deben escoger bajo su responsabilidad personal la fórmula política que les parezca más congruente con sus principios cristianos y con los problemas concretos

de la sociedad. No hay lugar, por tanto, para partidos políticos confesionales que puedan ser presentados como el brazo político de la Iglesia, ni que resulten exclusivos y obligatorios para los católicos. Ni hay partidos que puedan reclamar el apoyo directo de la Iglesia o puedan presentarse como los únicos instrumentos legítimos para el ejercicio de la vida política de los cristianos.

Sin embargo, en el texto se dice algo más. Se dice que los católicos deben crear y favorecer instituciones políticas con el fin expreso de hacer vigentes en la vida pública los criterios morales derivados de la fe, de la moral y de la fraternidad cristiana. Dejando de lado las vanas discusiones sobre nombres y palabras, es absolutamente claro que en una sociedad donde hay gran parte de católicos, por pura vitalidad y coherencia de la fe, tienen que surgir instituciones políticas y sindicales a través de las cuales los católicos pretendan hacer pasar hacia la vida pública las ideas, los valores y los objetivos humanos y sociales que se derivan de la fe y de la concepción cristiana de la persona, de la familia y de la vida social en general. Lo contrario sería tanto como no creer de verdad en la validez humana de la propia fe. Al decir esto no hay por qué pensar en fórmulas antiguas de sacralización de la política o restricción de las libertades, por la sencilla razón de que el respeto y la defensa de las libertades, también la de conciencia, la desacralización de la política y el respeto a la autonomía de las instituciones seculares son exigencias del modo cristiano de ver y hacer las realidades sociales y políticas.

Vistas las cosas desde la sociedad y desde el pueblo, es lógico que los ciudadanos católicos necesiten y quieran encontrar en su país instituciones sociales y políticas que junto con la competencia personal y técnica necesaria les ofrezcan proyectos de vida sinceramente conformes con la sensibilidad y las aspiraciones de su conciencia cristiana, con unos u otros

acentos, pero dentro de una visión global de los valores morales que un cristiano quiere ver respetados y promovidos como parte importante del bien general de los ciudadanos.

Estas ideas quedan dichas muy sumariamente y quizá sin la necesaria claridad y precisión. Mi intención es llamar la atención sobre ellas haciendo ver que en esta cuestión de las relaciones de la Iglesia y de los católicos con la política estamos en España a medio camino.

8. Hagamos entre todos que sea un documento vivo

Una vez explicadas las intimitades de esta instrucción episcopal no me queda sino desearle larga vida. Larga vida que para un texto de esta naturaleza comienza por una buena acogida, una acogida religiosa y benévola, dando por supuesta la buena intención, la mediana inteligencia de sus autores, y su significación religiosa en la Iglesia, tratando de enriquecerlo con las propias aportaciones en vez de pretender desautorizarlo y destruirlo.

La posible fecundidad de este texto en beneficio de nuestras Iglesias dependerá esencialmente de que llegue o no a ser objeto de reflexión y de estudio en grupos de sacerdotes, comunidades religiosas, seminarios, comunidades de base y movimientos apostólicos. Para facilitar este estudio estamos pensando en editar algunos opúsculos y carpetas de trabajo con esquemas y materiales auxiliares.

Ojalá los temas expuestos se conviertan en puntos centrales de referencia para todos los católicos españoles. Ganaríamos en unidad, equilibrio, serenidad, confianza en nosotros mismos y dinamismo apostólico. Hay que salir de las rutinas y de los conformismos. Incluso de aquellas rutinas y rigideces que pudieron parecerse encarnación del progresismo hace tan sólo media docena de años. Hemos de ser capaces de pro-

vocar un renacimiento espiritual, teológico, pastoral y apostólico desde nuestras propias raíces y en función de nuestras necesidades específicas que no son exactamente las de ningún otro momento ni las de ningún otro sitio.

FERNANDO SEBASTIAN AGUILAR

Obispo Secretario General de la Conferencia Episcopal Española

NOTA DE LA REDACCION

Corintios XIII, respondiendo a la invitación de la Secretaría de la Conferencia Episcopal Española a los responsables de publicaciones y revistas eclesiales, ofrece un comentario al documento "Testigos del Dios Vivo".

No se pretende comentar todos y cada uno de los ricos aspectos que contiene este importante documento del Episcopado español. Nos ceñimos a aquellos más cercanos a Cáritas.

Con el fin de facilitar la utilización práctica del mismo, en la sección de Documentación, publicamos el texto íntegro de "Testigos del Dios Vivo".

Una nota bibliográfica cierra esta aportación de Cáritas Española a la difusión del Magisterio de la Conferencia Episcopal.

LOS NUEVOS POBRES: UN RETO A LA EVANGELIZACION, HOY

FERNANDO FUENTE ALCANTARA

Quizá para este momento y situación de nuestra sociedad española sería difícil encontrar otro texto tan adecuado y lleno de sensibilidad cristiana como el que nos ofrece la introducción del Documento “Testigos del Dios Vivo”:

“La hora presente exige de los católicos un especial esfuerzo de discernimiento y generosidad. La gravedad de los problemas que pesan sobre la humanidad y el inmenso sufrimiento de tantos hermanos nuestros son una llamada de Dios que nos apremia a cumplir con más lucidez y eficacia la misión recibida de Nuestro Señor Jesucristo en favor del mundo y de todos los hombres” (n. 1).

No cabe duda de que las “nuevas pobreza” que brotan dentro de nuestro contorno tienen unas notas peculiares, definidas por un cierto carácter novedoso, pero sobre todo se manifiestan como un hecho preocupante por su relevancia social que abre perspectivas nuevas y retos serios a nuestra comprensión y acción evangelizadora.

LAS NUEVAS POBREZAS O LOS SUFRIMIENTOS QUE PESAN SOBRE LA HUMANIDAD

Al hilo de lo que este primer número de “Testigos del Dios Vivo” nos ha presentado, y antes de cualquier aplicación y explicación pastoral, hay que describir y contextualizar el fenómeno social de las “nuevas pobrezaas”.

Se da por supuesto que todos conocemos las pautas de cambio social que se aplican a nuestro país: una dura crisis económica, el cambio tecnológico, la mutación y pérdida de valores tradicionales en la familia y en la educación, la transformación política de las estructuras asociativas y organizaciones, la secularización de nuestra conducta y práctica religiosa; en definitiva, el cambio de usos, pautas culturales, “Folkways y mores” como diría W. Sumner (*The Science of Society*, 1927).

La propia sociedad española que está inmersa en estos cambios y tensiones es la que va creando una configuración desigual en cuanto a oportunidades sociales y va introduciendo entre sus valores un nuevo modelo de expectativas sociales. Consignas y prácticas como las que habitualmente manejamos: competitividad, reconversión, adecuación, modernización, etc., son índices de que “la hora presente” es fuertemente demandadora de selectividad, rendimiento a toda costa, productividad, innovación, y en todo caso pragmatismo; criterios todos ellos propios de una situación de ajuste y de crisis.

Junto a estas directrices que dinamizan nuestra vida social, concurren en el cambio fenómenos no funcionales creados y provocados por este mismo cambio y por la estructura heredada. Este “desecho” de lo funcional lo constituye, sobre todo, aquellas personas y colectivos que no pueden

seguir el ritmo de las sociedades industriales y con una permanente necesidad de desarrollo económico.

Hasta ahora, y quizá por mucho tiempo, la sociedad española ha tenido mecanismos de ajuste para integrar lo marginal ya sea en lo económico ya en lo social a través de la emigración, del éxodo rural, etc.; pero en concreto la marginación social era asumida por una serie de instituciones que la atendían y la mantenían, además de contar con el respaldo de una sólida ideologización que comprendía y explicaba la marginación como “la factura inevitable”, y ciertamente residual, dentro de un conjunto armónico social en el que la sensación de normalidad podría evidenciarse a través de la expresión “pobres siempre los ha habido”.

Por el contrario, en este momento, los fenómenos de marginación ya no tienen esa característica de residualidad sino que su presencia es frecuente en los distintos grupos y estratos sociales, baste señalar la tan famosa cifra de pobres e indigentes que da un estudio de Cáritas Española ¹: “Se puede afirmar que alrededor de unos ocho millones de españoles se encuentran en situación de pobreza, de los cuales aproximadamente la mitad, unos cuatro millones, se hallan en situación de pobreza severa, con unos ingresos mensuales inferiores a las 10.000 ptas./persona”.

Uno de los factores que inciden de forma especial en la generación y mantenimiento de una pobreza tan extendida es la tasa alta de paro (22 por 100), la mayor de los países de la CEE, que como bien ha constatado el reciente Simposium sobre el Paro convocado por Cáritas Española, está produciendo unas consecuencias de desestabilización, anomía, frustración y marginación que, en síntesis, podría concretarse en este diagnóstico del Simposium ²:

“A finales del 85, 1.174.500 jóvenes buscaban su primer empleo y 1.615.400 trabajadores habían sido expulsados del mercado de trabajo. Del total, sólo el 33 por 100 per-

cibe subsidio de desempleo. Tras estas cifras se ha observado que existen colectivos especialmente discriminados: las mujeres tienen una tasa de desempleo cinco veces superior a la de los adultos. Los trabajadores en edad madura, expulsados de su puesto de trabajo, han perdido toda esperanza de encontrar empleo: han comenzado, según se ha dicho, el camino de la 'marginación sin retorno'".

También el mundo rural está adquiriendo los perfiles de "la nueva pobreza". La grave penuria, la desorganización y sometimiento en que se encuentran no pocas zonas rurales son sus notas características. Su pobreza no es la del que no come, aunque esto también se da, sino la del que no tiene acceso a la cultura, el progreso, a un equipamiento e infraestructura dignos, es sobre todo por el bloqueo ideológico y secular que muchas veces impide captar la propia pobreza.

En el estudio de "Pobreza y Marginación" que ya hemos analizado en alguna de sus partes, se nos muestra a través del estudio hecho en zonas rurales deprimidas unos índices de la situación en que se encuentran ³ :

- El nivel cultural máximo alcanzado por la mayoría (80 por 100) de los hijos más aventajados es la EGB.
- Sólo el 1,6 por 100 llegó a los estudios superiores.
- El 47,7 por 100 de las familias tiene en su seno algún parado en edad de trabajar.
- En las zonas latifundistas, el 63,4 por 100 está en esta situación.
- Más del 14 por 100 de las familias tiene algún enfermo o minusválido. La tasa de minusválidos o enfermos crónicos sobre el total de la población es del 4,1 por 100, que es superior en un punto a la tasa nacional.
- La Seguridad Social no cubre de modo claro el 17 por 100 de la población rural pobre y marginada.

Otros signos de “la hora presente” que producen nuevas marginaciones y pobreza, en muchos casos irreversibles, son la droga y la delincuencia.

— En cuanto a la primera de ellas, basta con algunos datos ⁴ para que podamos tomar conciencia de una miseria que se extiende a varios millones de españoles:

**CASOS DE USO DE DROGAS EN LOS ULTIMOS
TREINTA DIAS POR ESTOS CONCEPTOS**

Inhalables	133.000
Cannabis	3.676.000
Anfetaminas	1.096.000
Tranquilizantes	2.235.000
Hipnóticos	1.984.000
Alucinógenos	445.000
Cocaína	409.000
Analgésicos morfínicos	244.000
Heroína	279.000
 Total de casos	 10.501.000

Aparecen, pues, diez millones y medio de casos de drogadicción en el plazo de un mes. Si además tenemos en cuenta que el primer contacto con la droga se tiene, en la mayoría de estas drogas, en torno a los 18 años y que las circunstancias de su uso, según manifestación propia de los consumidores ⁵, es el escepticismo, el hedonismo, el egocentrismo e increencia, la huida de la realidad y el pasotismo, comprenderemos que se están configurando personalidades muy negativas y marginales de difícil integración social.

— En esta “tela de araña circular de la marginación” tiene su presencia también como “nueva pobreza” la delincuencia, concretada sobre todo en los encarcelados. Su situación se caracteriza por el hacinamiento y una muy deficiente capacidad de reinserción social. Asimismo, el hecho de que en estos momentos ⁶ haya en las cárceles españolas cerca de 25.000 reclusos y la incidencia que tiene en las familias implicadas hace que no se pueda considerar sólo como un problema de seguridad o defensa social, ni siquiera que sea un aspecto residual. Nos plantea un gran reto social y desde luego cristiano el que el 72,5 por 100 de estos encarcelados sean menores de treinta años y que el crecimiento de la población reclusa permanente es de unos 250 a la semana.

— Podríamos seguir con el análisis de muchos más grupos marginales tales como los transeúntes, minusválidos, gitanos, menores marginados, e incluso tomar en cuenta otros campos de marginación que no tienen tanto tratamiento público como son todos los individuos a los que se atenta en el respeto a sus derechos individuales y colectivos, los enfermos mentales, etc.

El paro, la droga, la pobreza rural, los encarcelados y tantos problemas sociales no vistos aquí, representan “nuevas pobrezas” porque varios millones de hermanos nuestros, católicos y no católicos, están sumidos en una degradación humana progresiva, en una indefensión que irremediablemente los margina de justos proyectos de vida. Todas estas pobrezas actúan de efecto multiplicador de “dramas” psicológicos personales y familiares.

La superación y acción eficaz para erradicar estas nuevas pobrezas pasa de ser meramente sociológica, económica, de ajuste social..., a ser una acción de compromiso ético y de justicia, y sobre todo, para las comunidades cristianas, el objeto de su compromiso evangélico por los pobres. La complejidad

de los problemas sociales y su causalidad tan variada y plural no debe excusar el necesario compromiso con todos los humanos con las nuevas situaciones de necesidad.

II

RETOS QUE SE PLANTEAN A LA ACCION EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA EN NUESTRO TIEMPO

Los hechos y situaciones marginales que se han descrito hasta ahora, tienen, en gran parte, su explicación sociológica, plurifactorial, que serviría para tranquilizar más de una de nuestras conciencias, sobre todo si se reduce la causalidad de la marginación a una identificación unilateral con la crisis, el cambio, la pérdida de valores e incluso con la desigualdad social.

Las ciencias sociales nos aportan, y no conviene olvidarlo, claves y explicaciones de acción social que son de imprescindible utilidad a la hora de transformar el medio social y las personas con las que nos relacionamos, por ello no basta con hacer un discurso ideológico ni siquiera de la injusticia; ni tampoco tendría las notas de lucidez, discernimiento y eficacia creer que es suficiente ajustar las deficiencias sociales a través de la acción asistencial. Desde la óptica sociológica, habrá que hacer esfuerzos por comprender y adecuar el ritmo de lo social para preparar nuevas bases y criterios de ajuste proporcionados, ya que la sociedad no puede por sí misma desandar lo andado.

Nuestra acción transformadora y de compromiso cristiano con "las nuevas pobrezas" debe tener en cuenta, por una parte, las deficiencias y condicionamientos estructurales que vician la raíz del sistema económico y social, y por otra,

someter a revisión constante la configuración del nuevo rostro de Cristo en su identificación con los pobres. En este sentido, la acción caritativo-social responde al inmenso sufrimiento de tantos hermanos nuestros y es una llamada que nos apremia a cumplir la misión recibida⁷.

Las “nuevas pobreza” nos plantean hoy estos retos y desafíos

1) Reconsiderar y revisar nuestra actividad eclesial de servicio en favor de los pobres, la cual tiene como imperativo ineludible responder a la apertura y a la universalidad de la misión de la Iglesia (TDV n. 54).

Ante el hecho de “las nuevas pobreza”, habrá que admitir que la universalidad de la misión eclesial lleva en sí misma que el servicio de la diaconía no sea algo fijo e inmutable, sino que cada vez se presenta con nuevas exigencias. Esta apertura no supone caer sin más en lo coyuntural, sino que es propio de la misión recibida asumir las nuevas necesidades de la comunidad humana.

2) La reconsideración de nuestra apertura ante las nuevas necesidades no olvida la necesaria comunicación de bienes entre los miembros de la comunidad cristiana⁸, pero “no basta con atender a los pobres de la comunidad cristiana. Los pobres de la sociedad, personalmente considerados, así como las zonas, los grupos étnicos y culturales, los enfermos, los sectores de la población más pobres y marginados tienen que ser preocupación constante de la Iglesia y de los cristianos” (TDV n. 59).

Del mismo modo, no podemos dejarnos llevar del afán funcional e integrador con que la sociedad trata y manipula sus propias deficiencias. A veces, el mismo hecho de clasificar la marginación en unos determinados sectores y grupos y la profusión de programas, proyectos, comisiones, etc., de

manera formal no es más que seguir manteniendo el esquema reproductivo de la misma marginación o bien la actualización de una labor meramente asistencial y departamental de atención al marginado.

3) La acción caritativo-social, en la medida en que se comprometa de manera lúcida y eficaz con “las nuevas pobrezas” y actúe con plena conciencia de su identidad como parte de la misión de la Iglesia, se liberará de las connotaciones políticas que implica por sí misma toda acción social. En no contadas ocasiones, se hacen estas acusaciones de politización de la acción caritativo-social, porque se intenta realizar, confesionalmente, las mismas acciones que pueden hacer o hacen las instituciones sociales. Se establece, pues, un conflicto de competencias.

4) También es una deficiente orientación de la acción caritativo-social pretender definir el carácter y lo adecuado de esa acción sólo en función de la actividad o problemática particular que tienen unas determinadas necesidades. Así se podría decir que “el baremo” de efectividad y dedicación de esa acción caritativo-social estaría en las cosas que hemos realizado, es decir, centros de ayuda que se crean, medios que se dedican a actividades realizadas... La actividad da la definición de la obra e institución y el valor de su eficacia.

5) La Iglesia en su universalidad de misión es urgida por los nuevos problemas a los que debe acudir y asumir, porque “lo requieren ‘los nuevos pobres’ de la sociedad moderna: ancianos solitarios, enfermos terminales, niños sin familia, madres abandonadas, delincuentes, drogadictos, alcohólicos y tantos otros” (TDV n. 60), y porque el anuncio del Reino y el amor de Dios está presente de manera más visible en los pobres y necesitados.

6) Es la comunidad eclesial la que evangeliza y es evangelizada. La evangelización, por una parte, es obra de la comunidad cristiana que abre el anuncio del Reino a los nuevos pobres, comparte su vida con ellos, se inserta en sus circunstancias y desde ahí hace creíble y efectiva la salvación a los pobres. Esta actividad eclesial de compromiso y presencia de salvación entre "las nuevas pobrezas" no es una actividad o parcela más de la acción de la Iglesia, sino que es una exigencia y presencia en todo apostolado. La importancia de la dedicación al pobre y necesitado no se plasma tanto en el nivel organizativo e institucional cuanto en la exigencia de compromiso de toda la comunidad y en toda su acción de servicio.

Por otra parte, la comunidad cristiana es evangelizada por los nuevos pobres. Desde la Iglesia débil se nos está mostrando que la acción caritativa hacia el otro, hacia todo hombre, no tiene su fundamento en nuestra persona, acción o misericordia, sino en el amor de Dios que atrae desde el otro, en el que ha depositado su amor⁹.

7) Asimismo, el compromiso cristiano con "las nuevas pobrezas" no está tanto en la creación o promoción de nuevas actividades específicas dedicadas a la marginación, sino en que la comunidad cristiana en sus diversos ministerios, planes pastorales, acciones catequéticas, etc., tenga presente y de manera relevante, en todo su apostolado, el compromiso por la justicia y el anuncio de la Buena Noticia a estas "nuevas pobrezas". Incluso el apostolado de la educación debe ser sometido a reflexión en sus formas concretas actuales a la luz de las exigencias del problema social¹⁰.

En conclusión, la marginación producida por "las nuevas pobrezas" tiene muchas características propias de todo fenómeno social coyuntural, pero también tiene raíces perennes y heredadas que hacen necesaria la acción sobre las estructuras

sociales, tal es el caso de la pobreza rural, el paro, etc. En esta actuación se hace imprescindible la renovación ideológica y la superación de esquemas religiosos y culturales que por miedo a la manipulación ideológica y política optan por no comprometerse y no afrontar las nuevas necesidades de los hombres. Los seglares, el voluntariado, los militantes cristianos, etc., adquieren en este sentido su coherencia cristiana cuando buscan y hacen “que la sociedad entera cambie para hacerse más justa y más acogedora en favor de los más pobres” (TDV n. 59).

Sólo indicar, finalmente, que estamos ante unos hechos sociales que plantean muchos interrogantes a nuestra pastoral de la caridad, y que por ser de una honda y profunda incidencia humana y social obliga a la pastoral a tomar prestados de la sociología conceptos como marginación, pobreza (carencia), acción social, etc., y también obliga a reasumir estos conceptos y categorías sociales para darles un sentido de acción ética y cristiana abriendo las perspectivas de la teología política y de la caridad e incorporando nuevos retos y desafíos a la misión de la Iglesia, a la acción de la comunidad cristiana y a la de los seglares en este contexto de “nuevas pobrezaas”.

NOTAS

1. Pobreza y marginación. Documentación Social n. 56/57, 1984, página 404.
2. El paro a debate. Documentación Social n. 62/63, 1986, p. 476.
3. Se ofrece un cuadro resumen del estudio realizado por Cáritas Española sobre la pobreza en las zonas deprimidas rurales. La muestra seleccionada es de 1.570 cabezas de familia residentes en localidades de menos de 10.000 habitantes y con un nivel de ingresos que no supere las 15.000 pesetas por persona y mes. Cfr. Pobreza y marginación. Documentación Social n. 56/57, 1984, p. 288.
4. E.D.I.S. El consumo de drogas en España, 1985, p. 256.
5. Op. cit., p. 263.
6. Datos del mes de marzo. Secretaría de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias.
7. Cfr. Testigos del Dios Vivo n. 1. EDICE, 1985.
8. Cfr. Hechos 2, 44.
9. Cfr. Decreto Cuarto de la XXXII Congregación General de la Compañía de Jesús. Comentario desarrollado por CALVEZ, J. en Fe y Justicia, cap. séptimo, Sal Terrae, 1985.
10. *Ibíd.*, p. 38.

LA IGLESIA, COMUNIDAD EVANGELIZADORA, EN EL MUNDO Y PARA EL MUNDO

JOAN BESTARD COMAS

Las preposiciones “en” y “para” en el enunciado de este artículo revisten una importancia programática de primer orden, porque nos señalan con toda clarividencia la *dimensión social de la evangelización*. El “en” nos habla de encarnación y el “para” de fraternidad hecha vida.

“La hora actual de nuestras Iglesias –afirman nuestros Obispos en el número 53 de su documento “*Testigos del Dios vivo*”– tiene que ser una *hora de evangelización*. Esta misión tiene unas exigencias internas de fortalecimiento religioso y de purificación evangélica... La acción evangelizadora derivada de la aceptación del Reino de Dios, incluye también *la realización* de este Reino en el mundo, aunque sea de manera fragmentada y deficiente, con hechos y signos que indiquen la presencia del amor de Dios y la certeza de la salvación que esperamos”.

Efectivamente, evangelizar implica proclamar y realizar, ya en este mundo, los valores fundamentales del Reinado de Dios, como la libertad, la verdad, la justicia, la paz y la fraternidad. Evangelizar es hacer presente y patente en las personas, comunidades humanas y procesos de la historia, la fuerza original y transformadora del Evangelio. Es proclamar que

la utopía del “*hombre nuevo*” encuentra su plena realización en Jesús. Evangelizar es repetir hoy la gesta de los Apóstoles que consistió en crear comunidades vivas de fe, presentes en medio de las masas del mundo y que intentan, con la ayuda del Espíritu, vivir en medio de la sociedad actual la caridad evangélica.

La evangelización tiene dos vertientes, implica una dialéctica con dos polos. Primero: la proclamación explícita de Jesucristo. Y segundo, inseparable del primero: compromiso militante en la práctica social de la liberación integral del hombre.

Toda la actividad evangelizadora de la Iglesia tiene como objetivo último hacer presente entre los hombres el Reino de Dios. Y este Reino consiste en que los hombres vayan aceptando individual y colectivamente un proyecto y un estilo de vida nuevos cuyos principios inspiradores son la paternidad de Dios y la consiguiente fraternidad de los hombres, y cuyas líneas de acción fundamentales son la liberación de todas las cadenas del hombre y la construcción de una sociedad más justa y humana ¹.

Anunciar este Reino, como hizo Jesús (cfr. Mc 1, 14-15) y como hoy quiere continuar haciendo la Iglesia, es ya una “*Buena Noticia*”, e impulsarlo, una “*buena realidad*”. En efecto, la mejor noticia que pueden los hombres escuchar es que Dios quiere eficazmente reinar entre ellos, porque si Dios reina como Padre no puede reinar nada que deshumanice al hombre. Si Dios reina como Padre, no deben dominar unos hombres sobre otros, unos grupos sobre otros. Si Dios reina como Padre, deben reinar la solidaridad, el perdón y la fraternidad. Si Dios reina como Padre, el futuro tras la muerte no es el vacío ni el absurdo, sino la vida plena junto a El ².

“Aceptar este Reino de Dios exige una transformación radical. Es preciso transformar la escala de valores vigente y dominante. Se hace necesario trastocar nuestras actitudes ante las personas, los bienes y los poderes de este mundo. Se

impone modificar nuestro comportamiento de dominación, de disfrute y de autosuficiencia. Hay que crear un nuevo estilo de relaciones humanas inspiradas en la justicia y el servicio a los más pobres y necesitados. Hemos de situar todo este cambio en el horizonte de una esperanza en Dios, nuestro Padre. En una palabra: es urgente Convertirse (cfr. Mt 5, 20)”³.

1. La Iglesia, en su acción evangelizadora, ha de estar anclada en el mismo corazón del mundo y muy cerca de los problemas reales de la gente, a la vez que ha de estar abierta al fenómeno de la modernidad, sin absolutizarlo

La Iglesia no puede ser una comunidad replegada sobre ella misma, acaparada por sus problemas internos o satisfecha en la contemplación de sus propias prerrogativas. La Iglesia, que es la comunidad histórica de quienes creen en Jesús, no ha de edificar un mundo aparte o paralelo, sino que ha de estar *anclada en el mismo corazón de la sociedad* (cfr. EN, 76). Y el Congreso de Evangelización, en su conclusión 11, referida a la segunda ponencia: “¿Qué es evangelizar hoy y aquí?”, nos habla de una Iglesia “encarnada en la historia de los hombres:

- compartiendo su vida y su destino,
- manifestando la solidaridad con cuanto existe de bueno y noble y denunciando todo aquello que oprime al hombre,
- colaborando desinteresada y gratuitamente en la transformación de las estructuras sociales e
- irradiando así esperanza para el hombre de nuestro tiempo”.

La Iglesia ha de saber leer e interpretar el nuevo contexto cultural en el que hoy los hombres están inmersos. Ha de conocer a fondo al hombre que quiere evangelizar y, a su vez, apreciar, defender y promocionar su historia, su cultura y los valores de su identidad.

La Iglesia no ha de construir un mundo cerrado. La Iglesia es más evangélica cuando se abre, cuando consigue expresarse en el lenguaje común de los hombres, cuando se hace activamente presente en los centros de creación de la cultura, cuando acepta, sin complejos, la noble confrontación con todas las corrientes filosóficas, culturales y religiosas en el debate público, cuando comparte, finalmente, las angustias y las esperanzas de la humanidad⁴.

Con imaginación y creatividad, la Iglesia ha de abrir constantemente nuevos campos de servicio a la persona humana. No basta con que se renueve a nivel de ideas; son necesarias también nuevas maneras de presencia, nuevos campos de evangelización y nuevos métodos de actualización pastoral: ni los de ayer son inamovibles ni los de hoy definitivos.

La Iglesia, además, debe estar abierta a los valores de la modernidad. Más aún, los valores de la singularidad del individuo, de la sana racionalidad, de la autonomía de las personas y de los pueblos, de la secularidad, de la tolerancia como sinónimo de respeto mutuo, así como también los valores del pluralismo, libertad, igualdad, democracia, etc., típicos valores de la modernidad, deben ser asumidos por la Iglesia.

Si la Iglesia no acepta y asume estos valores, su *disfuncionalidad* ante el mundo de hoy irá cada día en aumento. Creo que la postura de nuestra Iglesia ante los valores de la modernidad debería ser ésta: cuidar y asimilar estos valores sin absolutizarlos, o dicho de otra manera: adoptar una sana postura crítica, profética, ante la modernidad, para que ésta no degenera nunca en "barbarie". Lo que de verdad necesitamos es una *modernidad redimida*. Ahora bien, la Iglesia

nunca debe hacer esta crítica desde planteamientos obscurantistas, sino desde argumentos o plataformas de modernidad. Juan Pablo II nos ha dado ejemplo de ello en su encíclica "*Redemptor hominis*" (n. 16) y en su discurso que pronunció en la sede de la UNESCO el 2 de junio de 1980, al afirmar con un lenguaje directo y muy expresivo que "*el ser*" es más importante que "*el tener*". "La labor primera y esencial de la cultura en general, y también de toda cultura —dijo el Papa—, es la educación. La educación consiste, en efecto, en ser el hombre cada vez más hombre; en que él pueda 'ser' más y no solamente que pueda 'tener' más, y, en consecuencia, a través de todo lo que 'tiene', todo lo que 'posee', sepa él cada vez más plenamente 'ser' hombre. Para esto es necesario que el hombre sepa '*ser más*' no solamente '*con los otros*', sino también '*para los otros*' " ⁵. Juan Pablo II destaca en este discurso el valor del individuo, de la singularidad del ser humano (valor típico de la modernidad) y, a la vez, nos pone en guardia frente al individualismo egoísta que es su degeneración, porque no tiene para nada en cuenta la ética de la solidaridad y de la fraternidad.

2. La Iglesia, en su acción evangelizadora, ha de ser defensora y promotora de los derechos fundamentales de la persona humana

La Iglesia ha de ser siempre una decidida defensora de la dignidad de la persona humana y ha de proclamar con fuerza en medio de nuestra sociedad —a la vez que intenta vivirlo coherentemente de puertas adentro— que la persona humana no ha de ser utilizada nunca como un medio, sino siempre respetada como un fin en sí misma. Y esta defensa clara y decidida de los derechos humanos, la Iglesia ha de hacerla desde una actitud sincera de fraternidad evangélica que sea visible a través de gestos creíbles y convincentes ⁶.

A la Iglesia nadie debería ganarle en humanidad, nadie debería ganarle en la defensa y promoción de los derechos humanos, porque la fe en Jesús que ella proclama nos enseña muy claramente que no es voluntad de Dios que sus hijos vivan en condiciones infrahumanas, que no es voluntad de Dios que haya injusticias, explotación del hombre por el hombre y desigualdades económicas abismales. Y cuando el auténtico cristiano se dirige a Dios en el silencio de la plegaria, no lo hace para encontrar en El un refugio de inercia y pasividad, sino la luz y el valor necesarios para continuar la lucha pacífica, pero tenaz, por un mundo más justo, humano y fraterno. La fe cristiana no puede ser nunca el descanso ficticio de aquellos que viven tranquilos sin amar al prójimo. Todo lo contrario: la fe cristiana ha de ser el fundamento y el motor de nuestra entrega generosa a los otros. *La caridad es el test de la fe.* La fraternidad evangélica hecha vida es la prueba que da garantía de autenticidad a nuestra fe. La fe, por tanto, no es opio ni billete de urgencia para bien morir, sino estímulo y fuerza para vivir de una determinada manera: fraternalmente.

Muchas veces me he formulado esta pregunta, una pregunta que me inquieta de verdad. Es ésta: ¿por qué la lucha por la justicia en el mundo ha estado casi siempre ligada a la ideología y al programa de una radical negación de Dios?

La Iglesia, siempre fiel a los grandes valores del Evangelio, no puede ser neutral en la defensa de la justicia. No olvidemos las clarividentes palabras del Sínodo Mundial de los Obispos del año 1971: “La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presentan claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia...”.

La Iglesia, por encima de toda dialéctica partidista y respetando la sana autonomía de las realidades políticas, sociales y económicas, ha de salir siempre en defensa del bien común y especialmente de los más marginados de nuestra

sociedad. Todo angelismo, toda huida, toda inhibición frente a la realidad de nuestro mundo, es neutralizadora de la evangelización de la Iglesia. La Iglesia, sólo manteniéndose en medio del mundo, mezclándose con sus realidades, escuchando sus voces y transmitiéndole fielmente su mensaje, puede ser la Iglesia evangelizadora que el mundo necesita. Es la vieja ley evangélica de que si la levadura y la sal no se mezclan debidamente con la harina y el alimento, no producen ningún efecto ⁷.

3. La Iglesia, en su acción evangelizadora, ha de ser descubridora y dadora de sentido

Hoy, tanto en las sociedades capitalistas como socialistas del mundo industrial avanzado, se nota una profunda crisis cultural y moral. Esta crisis se extiende al conjunto de pautas de pensar, de interpretar y de actuar de toda una sociedad. Y no es una crisis de pequeños detalles, sino de todo el conjunto del sistema. Es una crisis profunda de proyecto de hombre y de sociedad. La moderna sociedad tecnológica, altamente racionalizada, mirada globalmente, se ha vuelto irracional. La “ilustración”, la “modernidad”, debido a la absolutización de la “racionalidad técnica”, parece que en algunos aspectos se ha vuelto “barbarie”. Nos encontramos, ciertamente, ante la asfixia de un sistema y la crisis de una civilización, a nivel planetario ⁸.

Y precisamente en el seno de esta profunda crisis cultural y moral, la Iglesia, y más en concreto las comunidades cristianas que la integran, deberían ser descubridoras y dadoras de sentido, *procurando vivir*:

— el *valor de la gratuidad* en una sociedad marcada por el utilitarismo y que no aprecia debidamente el hecho de estar en compañía de otros simplemente para compartir una misma fe, un diálogo, una amistad o un ideal;

— el *valor de la autenticidad* en medio de una sociedad en muchos aspectos tarada por la mentira, la hipocresía y la superficialidad;

— el *valor del saber compartir* en un mundo materialista que sólo sabe conjugar con soltura el verbo “acaparar” y que se arrodilla ante los ídolos del dinero, del poder y de la comodidad;

— el *valor del discernimiento crítico* en una sociedad de consumo donde la persona no se mide por lo que es, sino por lo que tiene, y donde los sutiles y eficaces mecanismos de dicha sociedad son hasta capaces de domesticar y de comercializar la misma protesta que se hace contra ella, más aún, de convertirla en moda;

— el *valor de la creatividad humana* en una sociedad bastante adormecida en la monotonía y la rutina en donde ya casi todo se nos da pensado, programado y hecho;

— el *valor de la alegría* ante tanta gente “quemada”, resentida y que no encuentra sentido alguno a la vida, y

— el *valor de la paz* en un mundo minado por la violencia y la guerra, porque la verdad, la justicia, la libertad y la fraternidad todavía son palabras vacías de significado en muchos puntos de la tierra⁹.

4. Evangelización, celebración y compromiso forman una trilogía inseparable y complementaria

Proclamar la fe en Jesús y creerla en el corazón, celebrarla a través de los signos sacramentales y comprometerse en la transformación del hombre y del mundo, no son acciones yuxtapuestas y, mucho menos, antagónicas. Estas tres acciones no pueden disociarse en el interior de la existencia eclesial, sea por parte de la intensidad con que se potencien, sea por parte de las personas dedicadas a cada una de ellas.

La proclamación de la fe en Jesús y su celebración sacramental desembocan, necesariamente, en un compromiso trans-

formador. La fraternidad vivida, capaz de cambiar radicalmente el corazón del hombre y las actuales estructuras del mundo, es el test de la fe proclamada y celebrada. Una Iglesia, por tanto, que evangeliza y celebra, debe, a la vez, comprometerse. Debe perder sus miedos y actuar decididamente sobre aquellas estructuras y fuerzas que siguen alienando al hombre y a los pueblos.

La fe cristiana proclamada, vivida y celebrada, ha de tener un peso ético en la sociedad. Una fe sin exigencias éticas es incapaz de transformar nada, es incapaz de realizar un orden socio-económico más justo y humano sobre la tierra.

La presencia activa en la vida cívica es una dimensión fundamental de la persona cristiana adulta. Sin un compromiso social serio, uno no puede llegar a ser un cristiano adulto. El compromiso social, que puede abarcar desde un sencillo pero eficiente compromiso humano en favor de los más débiles hasta un compromiso sindical o político bien definido, es una exigencia del hombre que cree en Jesucristo.

Los que viven en profundidad su vida de fe no la privatizan sino que la expanden; no la reducen a unos actos de piedad sino que la hacen llegar a la vida. Un cristianismo de evasión que fomente una fe desencarnada y abstracta, no es un auténtico cristianismo. Creer significa también comprometerse en favor de la justicia, la verdad y la fraternidad. La prueba de la fe auténtica es precisamente la vivencia valiente y coherente de estos valores evangélicos en medio de la sociedad.

La crisis en el cristianismo actual es una crisis de fe adulta, de fe comprometida con la vida. En no pocas ocasiones, el Dios de nuestra oración es distinto del Dios de nuestra conducta. Hoy día, por desgracia, un número considerable de cristianos de nuestro país ha establecido una cómoda separación entre fe y vida. Y esta cómoda, y a veces farisaica, separación entre fe y vida, a muchos de nuestros cristianos les ha permitido "tener fe" sin comprometerse con

el hermano, llamarse “creyentes” sin vivir como tales y hasta presentarse como “hombres religiosos” actuando como paganos.

Este gran desfase entre fe y vida es un síntoma de grave enfermedad en el cristianismo actual (cfr. GS, 43). Al desconectarse la fe de la vida, la fe se vuelve cada vez más superficial, más epidérmica, y la vida, al faltarle la luz y la fuerza de la fe, cada vez se materializa y se paganiza más.

La fe y la vida son dos realidades inseparables. Nuestra fe en Jesús debe iluminar y dar sentido a nuestra vida, y nuestra vida —justa, honrada, dedicada a los demás— será la mejor garantía de la autenticidad de nuestra fe. Los creyentes no podemos establecer una separación entre vida cristiana y vida humana, sino que nuestra única vida, que es humana, debemos vivirla en cristiano. Si nuestra fe en Cristo no nos compromete en una línea de más justicia, de más honradez, de más verdad, de más fraternidad, ¿qué valor tiene nuestra fe? Si los que decimos tener fe en Jesús enfocamos la vida cotidiana (familiar, profesional, social) exactamente igual que como la enfocan los que no la tienen, ¿qué significa esta fe nuestra? Si los que nos profesamos creyentes, vivimos egoísticamente y somos insolidarios con los que sufren la plaga del paro o cualquier otro problema humano y social, ¿qué crédito puede tener nuestra fe?

Evangelizar, celebrar y comprometerse en la transformación del hombre y del mundo, son tres dimensiones de una única misión de la Iglesia, que consiste en hacer llegar a los hombres la salvación de Jesús.

Debe superarse el antagonismo “*evangelización-sacramentos*”. Proclamar la fe y celebrarla a través de los sacramentos no son momentos eclesiales que puedan separarse entre sí y mucho menos contraponerse. Desde el tiempo de los Apóstoles se ha proclamado el Evangelio para que los creyentes pudieran celebrar la Eucaristía con sentido ^{1º}. Evangelización y liturgia son inseparables. La realidad salva-

dora que la Iglesia proclama con la evangelización es la misma que celebra en la liturgia ¹¹.

También debemos superar la dicotomía “*evangelización-compromiso en favor de la promoción humana*”, porque creemos en Cristo, Señor resucitado, que libera al hombre entero y lo salva en plenitud. Es verdad que no podemos identificar evangelización y promoción humana, pero tampoco podemos separarlas. La Iglesia humaniza evangelizando y evangeliza humanizando. Un espiritualismo desencarnado o un temporalismo intranscendente falsearían el mensaje cristiano y traicionarían la Buena Nueva que Jesucristo vino a traer a la humanidad. La auténtica evangelización —como ya afirmábamos anteriormente— tiene dos vertientes: es proclamación de Jesucristo y, a su vez, liberación real del hombre en todas sus dimensiones. Y esta liberación real e integral (salvación) del hombre no es algo extrínseco o sobreañadido, sino un momento intrínseco y esencial de la acción evangelizadora (cfr. Lc 4, 18-19 y Hchs 10, 38). Y el Congreso de Evangelización, en la conclusión 10 del documento final, es también muy explícito al respecto: “La evangelización se dirige a la conciencia libre de las personas que viven en una sociedad concreta. Aporta a quienes acogen el Evangelio la capacidad de una transformación real que, desde el interior del hombre, penetra en toda la convivencia social, la hace más humana, más justa y fraterna, y la ilumina y eleva con el don de Dios” ¹².

5. Nuestra Iglesia debe suscitar “animadores de la fraternidad cristiana”

En estos últimos veinte años de posconcilio, en nuestra Iglesia se ha hecho un gran esfuerzo de renovación litúrgica y catequética. Ahora, en la década de los 80 marcada por la crisis económica y más concretamente por la inflación monetaria y por el problema del paro, sin dejar de lado la reno-

vacación litúrgica y catequética que deben todavía intensificarse mucho más, deberían crearse en nuestras parroquias y arciprestazgos más grupos de Cáritas, de Acción Social, de Derechos Humanos, que suscitasen verdaderos "*animadores de la fraternidad*" capaces de despertar y potenciar en nuestras comunidades cristianas los valores evangélicos de la justicia, de la solidaridad y de la caridad, no sólo asistencial sino también estructural.

La verdadera caridad cristiana no es un concepto, ni una teoría, sino una acción concreta en favor del bien común (: caridad estructural) y en favor de las personas concretas que se encuentran en necesidad (: caridad asistencial). Estos dos tipos de caridad son complementarios, no excluyentes. Pero hoy día, por haber estado con frecuencia olvidada, hemos de insistir más en la caridad estructural. No nos podemos contentar con la caridad asistencial o personal. Hemos de ser, preferentemente, servidores de la caridad estructural, que es lo mismo que decir servidores del bien común, y "*el bien común*" en la doctrina social de la Iglesia ("*Mater et Magistra*", 65; "*Pacem in terris*", 58 y "*Gaudium et spes*", 26) es un concepto dinámico. Es aquel conjunto de condiciones económicas, sociales, políticas, humanas y morales que hacen posible el pleno desarrollo de toda la persona y de todas las personas de una comunidad. En este profundo y lúcido pensamiento de San Agustín, en su "*Epístola ad Parthos*", quedan perfectamente sintetizados y unidos los dos tipos de caridad de que hablamos: la caridad asistencial o personal y la caridad estructural o servidora del bien común: "El cristiano que le da un trozo de pan a un hambriento hace una obra de misericordia, pero aquel que hace innecesario este gesto, suprimiendo las causas de la miseria que lo provocan, lucha de una manera mucho más eficaz en favor del triunfo pascual"¹³, es decir, en favor de un mundo más justo, humano y fraterno.

Conclusión

Desearía terminar este artículo formulando *algunos interrogantes* que nos ayudasen a revisar y potenciar la dimensión social de la fe y de la evangelización.

1) ¿El amor y el servicio generoso y desinteresado a los hermanos, especialmente a los más necesitados, están verdaderamente presentes en la acción evangelizadora de nuestras comunidades cristianas?

2) ¿La promoción humana y social de los más pobres y marginados, como expresión sincera de la vivencia de la fraternidad cristiana, preocupa e interesa de verdad al conjunto de nuestras Iglesias locales, o tan sólo a algunos grupos minoritarios sensibilizados por estos problemas?

3) ¿En nuestras Iglesias particulares sabemos emplear una pedagogía adecuada para formar la conciencia social de nuestros cristianos?

4) ¿Nuestra catequesis sabe dar respuesta a las grandes inquietudes del hombre más sensible de nuestros días: armas atómicas, países pobres y ricos, derechos fundamentales de la persona humana, problema del paro, problema de las desigualdades económico-sociales entre las diferentes regiones y nacionalidades de España, problema del terrorismo, problema de la droga y de la delincuencia, problema de la paz mundial, etc.?

5) ¿Nuestros catequistas son cristianos realistas, sensibles y comprometidos ante los principales problemas humanos, económicos y sociales de hoy? ¿Saben hacer un análisis objetivo de la realidad y detectar con clarividencia los nuevos signos de los tiempos?

6) ¿Tiene nuestra catequesis un peso ético, es decir, educa para una fe adulta, comprometida, que tiene luego una decisiva incidencia en la vida cotidiana en todas sus dimensiones?

7) ¿Forma nuestra catequesis cristianos adultos y coherentes con los valores morales del Evangelio, hoy tan en quiebra en una sociedad hedonista que arrincona el verbo “*compartir*” y absolutiza el verbo “*acaparar*”?

8) ¿Por qué no practicamos más la caridad estructural, que es aquella que se esfuerza por desarraigar las causas que provocan la injusticia y por transformar las actuales estructuras socio-económicas?

NOTAS

1. Cfr. Obispos de Pamplona, Bilbao, San Sebastián y Vitoria: *Carta Pastoral de Cuaresma: "La Iglesia, comunidad evangelizadora"*, 16 de febrero de 1983, n. 30.
2. Cfr. *Ibidem* n. 30.
3. *Ibidem* n. 30.
4. Cfr. Martín Patino, José María: *El católico ante el desarrollo constitucional*. Ed. PPC. Madrid 1980. Colección "Documentos y Estudios" n. 62, pág. 31.
5. Discurso pronunciado por Juan Pablo II ante el Consejo Ejecutivo de la UNESCO (París): "*El hombre, hecho primario y clave de la cultura*" (2/6/1980), en "Ecclesia" n. 1986, págs. 16-22, y en la colección "Documentos y Estudios" de PPC n. 61.
6. Cfr. Bestard, Joan: *Actitudes de la Iglesia y objetivos de la pastoral, hoy*, en "Sal Terrae" 2, 1984, pág. 127.
7. Cfr. Ubeda, Teodoro: *Paso de una pastoral de cristiandad a una pastoral de evangelización* (Ponencia del Obispo de Mallorca en la Semana de Pastoral de aquella diócesis, septiembre de 1980), en "Boletín Oficial del Obispado de Mallorca", 1 de noviembre de 1980, pág. 412.
8. Cfr. Díaz-Salazar, Rafael: *Una lectura sociológica de los desafíos de la sociedad española a la Iglesia*, en un folleto editado por el Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal de Pastoral, en 1983, titulado: *Respuestas pastorales a los desafíos de la sociedad española actual* (IX Reunión Nacional de Vicarios de Pastoral. Majadahonda, Madrid, 2-5 de mayo de 1983), pág. 27. Reproducido por la revista "Sal Terrae" 12, 1983, pág. 841.
9. Cfr. Bestard, Joan: *Mundo de hoy y fe cristiana*. Ed. Narcea. Madrid 1986, quinta edición, pág. 145.
10. Cfr. Tena, Pedro: *Evangelizar y celebrar*, en Secretariado Nacional de Liturgia: *Evangelización y sacramentos*. Ed. PPC. Madrid 1975, página 197.

11. Cfr. Yanes, Elías: *El discernimiento pastoral*. Ed. Marova. Madrid 1974, pág. 46.
12. Libro del Congreso de Evangelización: *Evangelización y hombre de hoy*. Ed. Edice. Madrid 1986, tercera edición, pág. 542.
13. San Agustín: *In Epístola ad Parthos*, 8, 5: Obras de San Agustín (BAC), XVIII, pág. 314.

ECLESIALIDAD DE LA EXISTENCIA CRISTIANA

JOSE LUIS BRAVO

Dentro del conjunto del Documento aprobado por la XLII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, titulado "Testigos del Dios Vivo"¹, y teniendo en cuenta la visión global de esta importante y sugestiva reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad, se me ha pedido un comentario que ayude a la profundización y conocimiento, por parte de la comunidad cristiana, de la exigencia eclesial de su fe, de su valor teológico y salvador, como participación, apertura, enriquecimiento y catolicidad dentro de la gran Iglesia en servicio a la humanidad.

Creer ha sido siempre sinónimo de incorporación a la Iglesia. Predicar el Evangelio como exigencia del creer, es inseparable de la pertenencia explícita y asumida a la Iglesia real, concreta e histórica de Jesucristo. Creer y predicar exigen un "contexto" eclesial.

El reconocimiento de la eclesialidad de la fe es, pues, exigencia interna de la misión evangelizadora de la Iglesia, como fundamento de su ser y posibilidad creadora, realizadora de su obrar.

En la introducción del Documento “Testigos del Dios Vivo” se llama la atención sobre este tema, complejo y actual, de la eclesialidad de la fe y de la vida cristiana, por varias razones:

- “porque en las circunstancias históricas en que hemos vivido los católicos españoles esta dimensión no ha sido nunca suficientemente atendida ni asimilada en sus verdaderos aspectos interiores y espirituales,

- por ser una nota claramente destacada por el Vaticano II como elemento importante de la existencia cristiana,

- porque en el contexto de una sociedad libre los cristianos necesitan ahondar y asimilar el contenido y las razones de su pertenencia libre y personal a una sociedad concreta y claramente diferenciada en el conjunto de la sociedad que se llama Iglesia Católica, de dimensiones universales y no reducibles a ningún otro grupo o sociedad, y

- porque el modo de vivir y de ser cristiano en contacto abierto y en comunicación permanente con un mundo pluralista y paganizante requiere que el cristiano avive sus referencias eclesiales para no diluirse en un sincretismo incoloro y acomodaticio”².

1. Planteamiento de la eclesialidad de la fe

Hay que reconocer que los obispos han hecho suyas la preocupación y la dificultad que el conjunto de la comunidad cristiana percibe y sufre ante la avalancha de proposiciones y decires sobre: “Jesús sí, la Iglesia no”, “la Iglesia, dificultad para creer”, “mi fe la vivo yo, es asunto privado”..., unas veces con la mejor voluntad expresadas y otras cargadas de inquina e inquieta agresividad, sabedores que la mejor manera de impedir la predicación sobre Jesucristo es cenegar el canal eclesial, pues es la comunidad cristiana sobre quien recae la responsabilidad fundamental de demostrar y anunciar quién

es El como Hijo de Dios y Salvador del mundo. Responsabilidad no sólo dependiente de conclusiones razonadas y demostradas, sino corroborada con un testimonio de vida libre, amoroso y solidario, que es el mejor camino para establecer que “Jesús es Señor” (1 Cor 12, 3).

A veces, hay que reconocer que ha sido la propia Iglesia, en una itinerancia pecadora, obscureciendo el ser “signo e instrumento del amor de Dios por Cristo en el Espíritu”, la dificultad mayor para que los hombres confiesen a Jesús como su Señor. El autoritarismo e imposición de la Iglesia al presentar a Jesucristo, ha chocado con el sentido de libertad del hombre, y la asfixia de muchas de sus estructuras han agotado al hombre en su camino de participación y responsabilidad en la vivencia y predicación de la fe.

La historia de la Iglesia, en quien se sacramentaliza Jesucristo, no ha sido —y hay que reconocerlo— una ayuda para la fe; mejor: en muchos momentos ha jugado a la contra, como impedimento. Por esto, si bien son ciertas las razones que se apuntaban anteriormente sobre la necesidad de fomentar, ayudar y valorar la eclesialidad de la fe, también lo es que difícilmente nuestros esfuerzos tendrán fruto si todos los valores que desde Jesucristo y a través de la Iglesia predicamos no son realizados en el interior de la comunidad eclesial y de sus estructuras; se impone, más que nunca, predicar con el ejemplo.

Hay que reconocer, a su vez, sin entrar en explicación más detallada, los cambios globales y radicales de nuestra sociedad y entorno que han supuesto un gran desafío a la fe y a la forma de vivirla. Cambios que han incidido en la Iglesia, añadiéndose a los que dentro de ésta han tenido lugar y de los que el reciente Sínodo Extraordinario de Obispos, con motivo de la celebración del Vaticano II, se ha hecho eco.

No es extraño, pues, que haya cundido entre los hombres de Iglesia y en la comunidad eclesial: inseguridad, perplejidad, ansiedad y desconfianza. Correlativamente se ha experimen-

tado un distanciamiento, desconfianza y crítica excesiva hacia la Iglesia, que ha disminuido o debilitado la propia fe. Y en la búsqueda de una autenticidad, relevancia y eficacia de ésta, se ha logrado el resultado contrario: pérdida de identidad, significación, desorientación y silencio, tanto personal como comunitariamente.

Incorporarse a la Iglesia, vivir explícitamente la pertenencia a ella, siempre resultó difícil. Ha sido una constante histórica. El hogar eclesial ha tenido más de “parada y fonda” que de lugar de acogida, crecimiento y realización personal. La “pobreza” de vida y espíritu del conjunto de sus moradores chocaba con la “riqueza” de Jesucristo en experiencia y a título individual. Siempre costó “tragar” la Iglesia.

Sin embargo, no sólo por circunstancia histórica hay que trabajar por redescubrir y reconstruir la dimensión eclesial de nuestra fe, sino porque la eclesialidad es un ingrediente de nuestra propia condición cristiana.

Pensar en cristiano sin Iglesia, es una utopía y arrogancia entusiasta, pero nada más, pues:

“Para el cristiano, creer es sinónimo de incorporarse en una tradición viva que surge de Cristo y los Apóstoles y llega hasta nosotros en la vida comunitaria de la Iglesia”³.

La fe es un *acontecimiento* personal y dialogal, una *experiencia* de esperanza y testimonio, de compromiso personal y apertura al futuro pleno, y una *vida* unificada y unificante de encuentro con Cristo y en El con todos los hombres entre sí; y todo esto porque Jesucristo es el Revelador de Dios, culmen del diálogo Dios-hombre, es el Dios Encarnado, con un testimonio de vida y un destino concretos, y El, en el Espíritu, ha llamado a unos hombres a ser mediación de presencia. Su vinculación a la comunidad de seguidores es esencial, fundamental. La Iglesia es nada sin El.

El cristiano ha dicho sí a Dios, reconocido en Jesucristo como su Señor, su Vida conforma la suya y la resurrección es garantía de futuro y plenitud. Miembro de una comunidad, los congregados por el Espíritu, reconoce a Cristo, forma la Iglesia. A la Iglesia se ha dado el Espíritu, y en su estructura encarnada está el espíritu del Evangelio que nadie agota y a todos nos desborda. Es en la comunidad donde el cristiano puede reconocerse y recibir el reconocimiento de los otros como cristiano. Por eso, sólo se puede creer, esperar y amar en solidario, en comunión. Son los otros, mis hermanos en la fe, quienes acogen, dialogan, confirman, critican mi experiencia de fe, y así la hacen católica, comunal (Rom 14, 8; 2 Cor 4, 11).

Ser cristiano es vivir, pues, desde y en la Iglesia, pues en ella perdura la Palabra viva y reveladora, interpretada y actualizada por la palabra apostólica, la memoria viva y santificante de Jesucristo en sus signos sacramentales, y el testimonio y servicio para el mundo, pues no fuimos llamados para nosotros mismos sino para la humanidad, atestiguando y realizando en comunidad la presencia amorosa y salvadora de Dios para todos los hombres, engendrando fraternidad humana, meta de la humanidad.

El cristiano es, pues, un creyente en Jesucristo, desde la Iglesia, para el mundo.

La fe cristiana no puede existir en plenitud sin Iglesia, sin comunidad; necesita convivencia, diálogo, contexto de fe, para desplegar su vida, misión y razón de ser ella misma.

El cristiano debe tener ansia y alma de comunión, y encontrará su sed satisfecha y realizada su vida cuando se encuentre radicado en la Iglesia: "Fuente y matriz permanente de la fe, en ella y por ella la recibimos...".

El cristiano nace dentro de la comunidad y está al servicio del mundo. No puede realizar su misión, ni "ser privadamente apóstol"; "necesita sentirse realmente miembro de la gran Iglesia".

Su evangelización sólo será fructífera en la medida que hunda sus raíces en la comunidad eclesial de la que es miembro, a la cual pertenece y a la que debe servir con responsabilidad y en participación comunitaria, valorando el conjunto de todas las aportaciones y reforzando así su grado de pertenencia, solidaridad y tarea común. Es él quien pertenece a la Iglesia, no ésta a él.

La fidelidad al Evangelio de Jesucristo y al hombre de hoy, podrá, así, realizarse en el equilibrio y madurez que da la dimensión comunitaria de la fe. La "eficacia" de la fe, de por sí ambigua y equívoca, podrá verificarse positivamente en la medida que sea eclesial y ayude a la Iglesia solidariamente a cumplir su misión haciendo más transparente para los hombres el rostro de Dios salvador que contiene, y es en la Iglesia donde el diálogo creador y respuesta entre Cristo y el hombre va siendo vida y acción, en la vida eclesial madura la fe personal del individuo.

La realidad personal de Jesús no se le ha dado al cristiano individualmente. Este no ha sido testigo presencial de Jesús y no puede saltarse la historia, los veinte siglos de historia. Jesús ha llegado a nosotros por la palabra apostólica y el Espíritu que nos la notifica.

Ellos, Apóstoles y Espíritu, nos convocan a la compañía, a la fraternidad, a la reciprocidad, a la comunión. Es en esta experiencia de comunión eclesial donde el cristiano tiene acceso a Jesucristo y, en El, al Dios vivo. Perdurar en la unidad de los hermanos de fe apostólica es acceder a Jesús, que nos hace hijos del Padre y hermanos entre sí por el Espíritu.

2. Experiencia y pertenencia eclesial

El cristiano que quiera vivir sin Iglesia, sin comunidad, se aboca a la soledad frustrante e incapacitadora, perdiéndose en religiosidades vagas e insípidas, ritos carentes de fuerza simbó-

lica y agotando o no sintiendo necesidad de aquello que es lo propio de él: confesar a Cristo explícitamente y vivir la catolicidad eclesial, “disminuyendo en cualquier caso la fuerza del testimonio y la eficacia de la misión de la comunidad cristiana”.

Ciertamente, la experiencia vital de ser Iglesia y el sentido de pertenencia, están sujetos a los avatares históricos y a la propia condición limitada y pecadora, tanto personal como comunitariamente. Hay que tener una grandeza de espíritu para identificarnos de forma total con nuestra opción eclesial católica, aunque esta opción, honesta y coherente, no exima de recorrer un camino de búsqueda y discernimiento que implica adhesiones cada vez más intensas y también distancias temporales. La fe como encarnación exige de cada uno un acompañamiento de nuestra vida a la vida eclesial en fidelidad al Espíritu; acompañamiento que se traduce en paciencia y constancia, luces y sombras de toda fe cristiana.

Así, pues, la eclesialidad de la fe exige oírse, diálogo, solidaridad en el compartir las luces y sombras del camino de la fe, exigencia crítica ante los intentos de limitar o vaciar su contenido y un gran sentido de comunión asumido gozosamente, de saberse en una misión única pero conjuntamente. Nuestra experiencia de fe forma parte de la fe de la Iglesia.

Esta experiencia de fe eclesial y el sentido de pertenencia a la Iglesia se derivan de “la inseparable unión de la predicación auténtica del Evangelio y la incorporación real de los cristianos a la Iglesia histórica de Jesucristo”⁴.

Referíamos anteriormente que la fe eclesial engendraba fraternidad y tarea común más que obediencia o imposiciones ciegas. El bautismo, respuesta a la fe presentada como oferta y opción, nos incorpora a una comunión en la que cada uno tenemos un carisma, un don. Dice Kasper:

“La eclesialidad de la fe no se expresa en primer lugar en la actitud obediente de bajar la cabeza y tragar, sino en el

oírse y salir al encuentro mutuamente. Cada uno debe llevar a los otros en la fe, animarlos y, si llega el caso, también criticarles. Todos tienen su carisma (1 Cor 7, 7).

Así, todos tienen que oírse mutuamente y aprender de los demás... La obediencia en la Iglesia nunca puede ser descrita, pues, en una sola dirección, es un acontecimiento mutuo y recíproco.

Hay que tomar conciencia del palpitar del Cuerpo de Cristo y 'sentirse con' en la fe doctrinal, Eucaristía y misión, antes de emprender o decir algo"⁵.

Nunca está de más recordar que, antes que cualquier tipo de relación, asociación, unidad de tipo sociológico o jurídico, la comunión eclesial y la experiencia cotidiana de Iglesia surge por el mismo Espíritu que nos hace miembros del Cuerpo de Cristo. La fe en Jesucristo es la razón última de la unidad y fraternidad eclesial, y sólo en la comunión eclesial se mantiene ésta.

Sentirse vivos en la Iglesia, como testigos del Dios vivo, "a pesar de las dificultades que podamos encontrar como consecuencia de sus limitaciones y defectos humanos, nos ofrece la oportunidad de purificar nuestra fe personal dentro de la auténtica tradición apostólica".

Así, asumir el pasado con sus luces y sus sombras y amarlo como herencia recibida que posibilita libertad para el futuro, comprender y estimar al otro como oferta realizadora dentro de la comunidad, estimular el crecimiento cristiano en el ámbito comunitario, respetar la pluralidad de dones y servicios como un valor interno de unidad en la comunidad, constatar que vida comunitaria y "doctrina" en la comunidad se condicionan mutuamente, vivir la comunión, hogar y comunión, como instrumento interpretativo y de comprensión del ser cristiano, serán datos claros de madurez eclesial.

En definitiva:

“Sólo cuando, abiertos a la gran Iglesia, ‘Comunión de Iglesias’, y conviviendo dentro de ella, enriquecemos la unidad de la Iglesia”⁶, respondemos a la exigencia de eclesialidad que de nuestra opción de fe se desprende.

En nuestro mundo y de múltiples maneras, constatamos que los creyentes alejados de la vida de la Iglesia corren, hoy más que nunca, el riesgo de perder la fe en el Dios vivo y la esperanza en la salvación cristiana. Es una cuestión, en definitiva, de ser cristiano y de misión evangelizadora. No podemos vivir a la intemperie y desguarnecidos. Se impone, pues, como uno de los signos y tareas más urgentes de nuestro momento eclesial y exigencia de la fe, la búsqueda de su eclesialidad.

Eclesialidad que no debe confundirse con uniformidad ni con dispersión, ya sea a nivel personal o de grupos, comunidades, instituciones..., pues sabemos de antemano que:

— nadie agota la riqueza ingente del Evangelio y su misión, y que ningún grupo se realizará, camino de la plenitud, si no tiene en cuenta la exigencia de comunión que debe existir entre todos, expresada de forma externa y explícita;

— nadie, ni ninguna comunidad, puede prescindir de su dimensión social y presencia pública en medio de su mundo, bien sea a nivel de participación de las estructuras sociales, políticas... de su entorno, o a nivel de organizaciones supra-locales. La eclesialidad de la fe exige la proyección comunitaria y social en la vida de la sociedad; de esta forma resalta más la comunidad, que su auténtico apoyo es el Dios de la paz, de la justicia, de la fraternidad;

— siempre habrá que resistir y combatir la tendencia hacia el “sectarismo” resultante de la manipulación y asfixia

de la persona concreta y real, de alimentar una conciencia de grupo que acabe en masa o elitista y separado.

Dice el texto del Documento:

“No hay que temer que esta eclesialidad de la fe ahogue la creatividad de los cristianos ni imponga una uniformidad excesiva dentro de la comunidad...; lo único necesario es que nadie pretenda aislarse de la comunidad ni anteponerse a ella...”⁷.

Ser hombre de Iglesia es participar de las esperanzas, alegrías, fracasos y temores desde dentro, agudizando el sentido de pertenencia.

Convocados por Dios en Jesucristo, con conciencia común de este don y tarea, surge una reciprocidad personal que nos hace sentirnos miembros (1 Cor 12, 12, 30) de un cuerpo. No nos iguala lo que hacemos ni cómo hacemos las cosas, sino el “por qué” lo hacemos, esto es, la razón y el sentido último de nuestras vidas: el Espíritu de Cristo.

Miembros por el Amor, éste nos hace profundizar y entranar en nuestras propias vidas la identidad de ser cristianos: somos por y para los otros. Identidad construida día a día, cada vez que sacramentalizamos la vida de reciprocidad en Cristo, en vida con y para los hombres, nuestros hermanos.

Nadie puede vivir, pues, su vocación eclesial en solitario. Plantear ésta correctamente nos hace recorrer caminos que hacen realidad el ser por, con y para la Iglesia y el mundo.

La falta de conciencia de pertenencia, el desgaste de motivaciones, la cerrazón e incomunicación, el conflicto por el conflicto engendrador de tensiones no superadas, la doble o triple pertenencia de los miembros del grupo sin clarificar ni jerarquizar, la falta de creatividad y búsqueda de nuevos caminos para realizar los objetivos de la comunidad, pueden ser todos ellos factores que debilitan nuestra pertenencia y el sentimiento de ser miembros de ella.

Todo ello, desgraciadamente, lo hemos vivido en nuestra Iglesia, en grupos o comunidades, quizás con otros nombres o sin definir, pero han sido deficiencias en el reconocimiento y práctica de la eclesialidad.

No saber de “reciprocidad” en nuestra Iglesia es abrir las puertas a los demonios de siempre: “Más papistas que el Papa”, “puenteo eclesial”, “reduccionismos agobiantes”, “capillismos” y “califatos”. En tales casos:

“Se corre el peligro de que lo decisivo no sea la fe apostólica y verdaderamente eclesial, que es la única que puede salvarnos, sino las propias ideas o preferencias sociales, políticas y hasta económicas”⁸.

Y si la fe, “reciprocidad personal del Otro y otros”, no es salvadora, se vuelve insípida, agobiante y, en muchos casos, mera ideología.

3. Exigencias de la eclesialidad de la fe

De la constatación e importancia fundamental de atender, valorar, asimilar y vivir la eclesialidad de la fe como la base desde donde se puede comprender la experiencia eclesial y la pertenencia a la Iglesia, podemos acercarnos a las exigencias globales eclesiales de la existencia cristiana.

Acercamiento que está sujeto a la propia dinamicidad y cambio del “hacer la Iglesia” en continua vida eclesial. Por ello, más que un catálogo de exigencias, vamos a apuntar pistas posibles de andadura eclesial y elementos a tener en cuenta.

Ciertamente, la Iglesia nunca puede ser el destinatario de nuestra fe, porque sólo puede serlo Dios; sin embargo, la Iglesia es siempre el ámbito comunitario, el único que nos hace posible la fe en Dios. La fe nace en comunidad y sólo se permanece en ella en la medida que se cree con la comu-

nidad. El proyecto de nuestra fe no somos cada uno, sino la comunidad, que porta, corrige y completa tanto nuestra fe como nuestra incredulidad. Así, la fe sólo perdura, viva y eficazmente, en la medida que cada persona, dentro de esa comunidad, cultiva, cuida, interioriza, comunica esa fe a los demás.

El “alma cristiana” sólo puede serlo en la medida que es “ánima eclesiástica”; siempre lo afirmó así la tradición cristiana.

El camino hacia Dios pasa indiscutiblemente por los otros —es exigencia de fe—, haciéndonos pasar del egoísmo a la solidaridad, de la “interioridad afectada y ensimismada” a la objetividad comunitaria. ¿Qué exigencias eclesiales, pues, nos demanda la eclesialidad de la fe?

— En primer lugar, mi “camino tras Cristo”. Habría que valorar y ahondar en todo el tema del seguimiento de Jesucristo, confirmando, una vez más, que toda eclesialidad sin referencia a Jesucristo hace del cristianismo un decir y hacer insignificantes. Camino que debe hacerse con creatividad y con la mirada puesta hacia el futuro, reforzando toda la carga histórico-escatológica que posee el ser cristiano, que reconoce la presencia salvadora del Espíritu de Jesucristo en los signos sacramentales, en el ministerio apostólico y en las acciones evangelizadoras y servidoras de la Iglesia. De este modo, la herencia recibida es reveladora de un futuro por hacer, de un camino abierto.

Ser coherentes en el seguimiento de Cristo, que anteriormente ha sido creído y anunciado por los hermanos, es criterio de fe y de exigencia eclesial en su vivir.

Ciertamente, la comunitariedad puede fracasar, si no centramos su esencia en Cristo; pero también si no hay consistencia interior en nuestra propia vida, alimentando nuestra incorporación a Cristo; o si no hay capacidad generosa de entrega basada y exigida por el reconocimiento de la recepción de la fe como un don de Dios y una tarea de vida.

Superar nuestros pequeños mundos, egoísmos agotadores, “doctrinas particulares o preferencias políticas”..., dándoles el justo valor que contienen, es dar el salto hacia la gran fraternidad en la que se cumple la voluntad y la aceptación de Dios. Hermanos con el Hermano, para construir la auténtica fraternidad.

— Es importante reconocer la fuerza unitiva que contiene el descubrimiento y vivencia de unos valores comunes, que la comunidad posee, y ofrecer, de este modo, un ámbito de sentido, para captar y vivir otros valores surgidos de un compartir experiencias y de una mayor profundización en el grado de incorporación a la comunidad cristiana en el mundo. ¡Qué distintos “suenan” los valores vividos entre miembros de la comunidad eclesial y otros grupos diferentes! Hay que exigirnos la comunión en esos valores comunes en los que nos encontramos y reconocemos como hermanos y miembros de la Iglesia.

— Una paciencia esperanzada y un trabajo callado y constante, pueden ser dos elementos importantes a tener en cuenta a la hora de plantearnos nuestra pertenencia a la Iglesia, sin idealismo de ningún signo y sin abstracciones fantasiosas. La Iglesia es como es, y así hay que aprender a amarla y vivirla. A todos nos duelen sus lacras y sombras; pero sólo ella nos ha predicado a Cristo, luz que es más clara que toda suma de sombras.

— Alimentar nuestras motivaciones de fe y vivencia eclesial, intercambiando puntos de partida y dónde se quiere llegar en una comunicación e información sinceras que nos estimulen a la participación y a tener como nuestra la propia vida de la Iglesia, reavivará el sentido de pertenencia, incorporación y responsabilidad. Aún en la Iglesia vivimos del rumor y para el rumor; nos hace falta una nitidez, claridad, oportunidad y buen hacer informativo que sea testimonio y signo vivo y audaz de la Luz que decimos predicar.

— La revisión periódica de nuestros grupos, comunidades y movimientos, poniendo sobre la mesa nuestra identidad y nuestra comunión, agradecidos de haber encontrado en estos ámbitos nuestra vivencia eclesial, se hace casi norma de obligado cumplimiento. Enriquecer la diversidad de formas de vida eclesial con la exigencia de no creernos “los salvadores de los males de la Iglesia”, ni “los portadores de la verdad”, con apertura de mente y distintas formas de hacer de nuestros grupos y comunidades, sería la mejor forma de vivir la eclesialidad católica de nuestra fe, en la que hemos sido engendrados y se predicará a los hermanos que vendrán.

— No puede existir eclesialidad de la fe sin una aceptación gozosa del ministerio eclesial. Este se sitúa dentro de la comunidad eclesial y bajo la Palabra de la revelación, y está al servicio de ambas. Sería un flaco servicio a la eclesialidad, si no se asumiese el papel de responsabilidad que posee tal ministerio desde y ante el Evangelio de Jesucristo, de quien en última instancia dimana su autoridad. Pero también sería un ataque más grave a la propia fe y vida de la Iglesia si la obstinación, afán de dominio, ergotismo y acaparación de carismas y servicios empequeñecieran o llevaran a “situación famélica” al propio Cuerpo del que ellos son miembros.

A veces, las preocupaciones por los números o pérdida de relevancia, prestigio o poder, les apartan de la responsabilidad que dimana de su ministerio de configurar y organizar la vida eclesial, sin caer en la cuenta que, por falta de unos planteamientos serios y evangélicos y por falta de auténticos criterios, surgen aquellas preocupaciones.

En la reciprocidad que exige toda comunión, pecaríamos contra la eclesialidad de nuestra fe y la vaciaríamos de su propio contenido, si, a su vez, no vivimos “una verdadera conversión a Jesucristo y al Dios vivo tal como viene hasta nosotros mediante el magisterio y el testimonio viviente de la Iglesia real y concreta”⁹.

— Es el testimonio cristiano no sólo valor y principio de credibilidad eclesial, sino exigencia esencial, sin el cual la propia Iglesia no tendría razón de ser.

En otros apartados del Documento, y por otros colegas, se incide más profundamente en este tema; me referiré, pues, a unas simples anotaciones y de una forma muy sucinta.

El testimonio cristiano es profético y epifánico, articulado en la debilidad de la fe y la esperanza —pero deja resaltar mejor la fuerza de su propia victoria— como hendidura en la historia de los hombres, que hace más real, concreta y afirmativa esta historia, abriéndola a sus propias potencialidades y recordando su destino y plenitud.

Que nadie se crea profeta sin servir a la eclesialidad de la fe, si no lo hace en referencia obligada al Evangelio y corroborando ésta por la práctica del seguimiento de Cristo; sin disociar, sino interpretando el anuncio y el enunciado, haciendo de su palabra una palabra amiga del hombre, acogedora y cercana, y manifestando realmente un gran respeto por la libertad de cada uno, sin imponer.

Esta vivencia profética, testimonio del Dios vivo entre los hombres, es condición “sine qua non” la Iglesia puede presentarse como “signo e instrumento y portadora de la salvación de Dios para los hombres”¹⁰.

El testimonio debe gozar de esa sorprendente frescura que llama la atención de algo vivo y victorioso.

— No caben en una eclesialidad bien entendida un centralismo ni individualismos cristianos. Por muchas veces que los cristianos volvamos al gran tema del diálogo, nunca estará de más un recuerdo y una llamada de atención. La historia nos lo exige.

No se puede vivir la fe sin diálogo; mejor: la fe es diálogo, y éste tiene un valor del que hay que convencerse profundamente.

Conviene recordar aquí la “consagración” del diálogo, como instrumento de la inteligencia humana en las relaciones

personales, eclesiales y con el mundo, que realizó Pablo VI en la encíclica "Ecclesiam suam" (1964).

Tal diálogo se convierte así en exigencia recíproca entre todos, apelando a nuestra continua disponibilidad hacia él, olvidándonos, o al menos rechazando, todo radicalismo a ultranza, pues sólo cabe en la vida cristiana un radicalismo, que es el vivir el Evangelio con corazón generoso en el Espíritu de las bienaventuranzas.

Nos exige este afán de diálogo la identidad de nuestra postura como honradez intelectual para buscar la verdad conjuntamente, así como la crítica a nuestra propia crítica con el fin de evitar toda hipocresía o sutil ideologización justificadora. Sin olvidar en la crítica el respeto a la libertad de todos los miembros, los procesos de cada uno y de cada grupo o comunidad.

No podrá decir la gran Iglesia que es fiel al Evangelio de Jesucristo, si no crea o fomenta todo un tejido o articulación de diálogo y encuentro entre grupos, movimientos, comunidades. Primar "comunicaciones preferenciales" o "grupos de alternativa" en la Iglesia particular o en la gran Iglesia, sería viciar de raíz "este enriquecimiento y gran ayuda para la vida y el compromiso de los cristianos en favor del Evangelio y del servicio a los hermanos en medio del mundo"¹¹.

— Hablamos continuamente de cultura de comunión y cultura de la solidaridad, como expresión de una forma de ser y existir cristianos, y hacemos hincapié que estas culturas no son sólo "hacia fuera" sino una exigencia radical "hacia dentro".

Valorar, presentar, cuidar, dar y renovar todas las estructuras representativas a todos los niveles, que recojan y estimulen las aportaciones de todos, huyendo de la uniformidad e imposición —nada se debe implantar por la fuerza—, anuncia a los hombres que la solidaridad y responsabilidad se viven también dentro de la Iglesia y no son una utopía vacía para anunciar y añorar.

Vivir la dimensión universal de la caridad con visión abierta, atenta y comprensiva a todo el entorno, concentrando los esfuerzos primera y preferencialmente en los más necesitados, manifestación y presencia de la solidaridad de Jesucristo con los marginados, nos hará redescubrir la propia Eucaristía como sacramento de unidad, unión y comunión entre los cristianos y los hombres de hoy.

Conclusión

La fe personal ha de ser siempre participación de y en la Iglesia. No se puede vivir el cristianismo en solitario. Nos debemos a una fe recibida como herencia preciosa y nos responsabilizamos ante el futuro de la fe de nuestros hermanos. Así vivimos la única y auténtica tradición apostólica.

La participación en la vida de la Iglesia es la experiencia eclesial del día a día. Nuestra incorporación y pertenencia en dinámica permanente de crecimiento, nos lleva a asumir las luces y sombras de la Iglesia desde el amor, el discernimiento y la esperanza. Todo en la Iglesia, y nosotros los primeros, somos don y tarea. Reavivar nuestro grado de pertenencia a la Iglesia, a través de la reciprocidad dialogal, encuentro comunitario, participación representativa y real, solidaridad compartida, enriquecerá y purificará nuestra fe y hará fuerte la verdadera unidad. Nuestra propia fe, fe eclesial, reclama unas exigencias cara a la existencia cristiana. Nadie agota el Evangelio, sino que éste es principio y punto de encuentro de las diversidades y pluriformidades existentes entre los cristianos. Vivir el Evangelio es hacerlo en verdad, diálogo, solidaridad y comunión. Sólo así la Iglesia podrá presentarse al mundo como “el signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). Nada más lejos de esta realidad que la crítica sistemática y permanente, los radicalismos a ultranza, el elitismo y selectivismo eclesiales,

el aislamiento salvador de un grupo hacia los otros, la pobreza de opción al reducirla al seguimiento a una opinión de persona, idea o ideología.

La credibilidad de la Iglesia, pues, irá unida al testimonio cristiano y a la vivencia de la eclesialidad de la fe.

NOTAS

1. Testigos del Dios Vivo. EDICE. Madrid 1985. 93 páginas. Dicho Documento está desarrollado en 68 apartados, numerados del 1 al 68. Nuestro trabajo tendrá como base los números del 32 al 40.
2. Cfr. pág. 9 (Introducción).
3. Cfr. n. 32, pág. 34.
4. Cfr. n. 35, pág. 35.
5. Kasper, W., Introducción a la fe. Salamanca 1982. 162.
6. Cfr. n. 38, pág. 36.
7. Cfr. n. 40, pág. 37.
8. Cfr. n. 39, pág. 36.
9. Cfr. n. 39, pág. 37.
10. LG 1. AD 1.
11. Cfr. n. 31, pág. 33.

LA IGLESIA PARTICULAR, LAS COMUNIDADES ECLESIALES Y LA OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES Y OPRIMIDOS

LUIS HERNANDEZ

A modo de pórtico

“La España católica” ha dejado de ser una verdad sociológica. Quizá por ello, durante los últimos años, los sectores más actualizados y dinámicos de la Iglesia española están cobrando acusada conciencia de la urgente necesidad que tiene nuestro pueblo de una adecuada evangelización.

Entre otros muchos signos de la veracidad de la afirmación anterior, podemos citar el documento de la Conferencia Episcopal “TESTIGOS DEL DIOS VIVO” (junio, 85), el “CONGRESO EVANGELIZACION Y HOMBRE DE HOY” (setiembre, 85) y el gran número de manifiestos, declaraciones, editoriales y otros escritos de los movimientos comunitarios cristianos llamados “de base”, que han visto la luz en el último lustro.

Uno de los sectores eclesiales más sensibilizado a la necesidad y urgencia de evangelización que tiene nuestro pueblo

—y más comprometido en esa ardua tarea— es ese mundo numeroso, un tanto desconocido y tergiversado, militante y eficaz, que se conoce entre otros muchos nombres con el genérico y vago de “comunidades eclesiales”. De ellas voy a tratar principalmente en este sencillo trabajo.

I

LA IGLESIA PARTICULAR Y LAS COMUNIDADES ECLESIALES

Clarificación de vocabulario

El documento del Episcopado que comenta este número de “Corintios XIII”, el citado “TESTIGOS DEL DIOS VIVO”, denomina a la diócesis con el nombre de “Iglesia particular”. Otro documento episcopal ¹ llama a las comunidades eclesiales: “Pequeñas Comunidades Cristianas”, evitando intencionadamente usar otros nombres conocidos de esas comunidades eclesiales, que todavía suelen suscitar recelos en determinados ambientes eclesiásticos de signo conservador. Para mayor claridad en la exposición, voy a ajustarme a esta terminología del episcopado: “Iglesia particular” igual a “diócesis” y “Pequeñas Comunidades Cristianas”, nombre muy genérico, igual a “Comunidades eclesiales”.

Rasgos de la Iglesia particular

Nos recuerda el documento que comentamos algunos rasgos teológicos de la Iglesia particular, siguiendo la doctrina del Vaticano II: la participación real en la Iglesia particular nos ofrece la posibilidad de purificar y enriquecer la fe personal de los fieles, dentro de la auténtica tradición apostólica (n. 38);

la Iglesia universal se realiza de hecho en todas y cada una de las Iglesias particulares; los cristianos no formamos parte de la Iglesia universal al margen de la Iglesia particular (n. 41); la Iglesia particular ha de ser capaz de acoger dentro de sí todas las riquezas que el Espíritu de Dios suscita en sus miembros; todos los bautizados deben sentirse parte integrante de una Iglesia particular y encontrar dentro de ella el mismo reconocimiento, dignidad y atención (n. 42); la Iglesia particular habrá de ser lugar de encuentro, comunicación y fraternidad entre los cristianos de distintas tendencias, orígenes y grupos sociales (n. 43). La naturaleza de la Iglesia requiere que las Iglesias particulares estén abiertas a la comunión y a la unidad apostólica y universal (n. 49). La hora actual de nuestras Iglesias particulares tiene que ser una hora de evangelización (n. 53)...

El documento es suficientemente rico sobre este tema, habida cuenta su finalidad, aunque no nos descubre nada nuevo sobre el mismo.

Algunos rasgos de las Pequeñas Comunidades Cristianas

Ya resulta un tópico afirmar la importancia, amplitud, influencia y necesidad de las comunidades eclesiales básicas, que en España solemos clasificar en cuatro movimientos comunitarios principales: Neocatecumenal, Renovación en el Espíritu, Comunidades Cristianas Populares y el movimiento denominado Independiente o Eclesial².

Es bien sabido que la nueva vitalidad de muchísimas parroquias españolas tiene su principal causa en uno o varios de estos movimientos comunitarios. Con razón ha afirmado rotundamente el reciente Congreso Nacional "Evangelización y Hombre de Hoy" en sus conclusiones: "*Las 'pequeñas comunidades cristianas' son una realidad prometedora para la Iglesia*"³.

Esta valoración positiva hay que extenderla a la Iglesia universal, en la que van desapareciendo (o disminuyendo, al menos) prejuicios y reticencias de determinados ambientes eclesiásticos, como lo prueba el texto siguiente de uno de los últimos documentos elaborados por el Vaticano: *“Las nuevas comunidades eclesiales de base y algunos grupos de cristianos formados para ser testigos de este amor evangélico son motivo de gran esperanza para la Iglesia”*⁴.

Vamos a centrarnos en algunos aspectos de estas comunidades a los que alude, de algún modo, el documento episcopal que comentamos.

a) *Urgencia de las comunidades básicas en la sociedad e Iglesia actuales.*

Partiendo de que en nuestra sociedad española se ha debilitado notablemente la función educadora de la familia cristiana, a la vez que ha aumentado de manera alarmante la influencia disgregadora del ambiente, se afirma que el creyente *“ha de alimentar, celebrar y arraigar sus convicciones profundas, con personas concretas, en una vida eclesial y comunitaria intensa y estimulante”* (n. 34).

Este tipo de vida eclesial lo encontramos hoy principalmente en las pequeñas comunidades cristianas de ámbito parroquial o extraparroquial, grupos de creyentes a talla humana, que liberan a la persona de la opresiva soledad y masificación, especialmente de la moderna sociedad urbana, vigorizan su fe y mantienen su compromiso evangelizador.

El fenómeno eclesial de la proliferación de las Pequeñas Comunidades Cristianas no ha sido una moda pasajera en la Iglesia del Vaticano II; su vigencia e importancia se afirman en el documento: *“Están llamadas a ser el florecimiento vital y la riqueza espiritual de la Iglesia”* (n. 39).

- b) *Las Pequeñas Comunidades Cristianas, enriquecimiento y ayuda para la vida y compromiso de los creyentes* (n. 36).

El documento que comentamos reconoce no pocas realidades positivas referidas a las comunidades eclesiales básicas: que actualmente *“con frecuencia los cristianos se reúnen en grupos y comunidades”*, con lo que disminuye en la Iglesia la vivencia individualista defectuosa de la fe, abundante en tiempos pasados aún recientes; que tales comunidades son vehículo de *“enriquecimiento y gran ayuda”* para los creyentes, enriquecimiento y ayuda preciosos en nuestra sociedad cada vez más indiferente ante el hecho cristiano; que en ellas pueden hallar los cristianos —y de facto, muchísimos lo encuentran, especialmente en las grandes aglomeraciones urbanas— *muchos recursos “para la vida y el compromiso de los cristianos en favor del Evangelio y del servicio a los hermanos en medio del mundo”*.

Quienes vivimos inmersos, como servicio, en los movimientos comunitarios cristianos actuales, podemos garantizar, con nuestra ya larga experiencia, la veracidad de tales afirmaciones.

La palabra profética de Pablo VI es una realidad en nuestra patria y tiempo: *“Estas... comunidades serán un lugar de evangelización en beneficio de las comunidades más vastas, especialmente de las Iglesias particulares”*⁵ y son *“lugar de evangelización”* en una dimensión doble, porque están proclamando una fe adulta a numerosísimos bautizados de fe infantilizada, durante los períodos catecumenales más o menos largos de las comunidades, y porque colocan y mantienen a muchos de sus miembros militantes en ambientes descristianizados e indiferentes, en una misión directa y propiamente evangelizadora.

c) *Pequeñas Comunidades Cristianas y estructuras eclesiales representativas.*

Una de las más vehementes aspiraciones de amplios sectores de los movimientos comunitarios de base es la creación, por parte de la Jerarquía, y el adecuado funcionamiento de estructuras eclesiales representativas en los planos parroquiales, zonales y diocesanos. Desean que su voz sea escuchada en ellas y ser, en alguna manera y grado, corresponsables en la programación, realización, revisión y evaluación de la pastoral y evangelización de la Iglesia particular en sus distintos niveles.

El documento aboga por “*una mentalidad nueva, una visión abierta y comprensiva de la Iglesia que abarque toda su realidad y en la que todos encuentren su sitio y función*”. Los obispos, creo que refiriéndose especialmente a los Consejos Diocesanos y Parroquiales de Pastoral, afirman:

“Necesitamos promover estructuras representativas, previstas y alentadas por el Vaticano II, que faciliten la incorporación y la articulación de los diferentes sectores y de las numerosas instituciones en la unidad variada y viviente de la única Iglesia. Y esto desde los niveles básicos de la parroquia hasta los más amplios de la diócesis...” (n. 47).

Los movimientos comunitarios se congratularán de que estos deseos de la Jerarquía se conviertan ya en realidad. Han pasado demasiados años desde la celebración del Concilio Vaticano II, y los datos que poseemos con respecto a la creación y funcionamiento de Consejos Diocesanos de Pastoral en España —a los que “*sobre todo deben pertenecer laicos*” (canon 512)— son francamente desconsoladores.

Nos expresamos en los mismos términos con respecto a los Consejos Pastorales Parroquiales, de los que trata el canon 536 del nuevo Código de Derecho Canónico, y a los Consejos

Pastorales que pueden funcionar a nivel de arciprestazgo y zonas pastorales.

Estimamos de capital y urgente necesidad la creación y funcionamiento de estas estructuras eclesiales, y la presencia activa y comprometida en ellas de las Pequeñas Comunidades Locales y de los movimientos comunitarios eclesiales.

- d) *Los movimientos comunitarios básicos, "fermento transformador de las estructuras sociales"*.

Al tema de la animación y transformación de la sociedad, dedica el documento episcopal, "Testigos del Dios Vivo", una de sus partes, a mi juicio, más acertadas.

Recuerdan los obispos la doctrina de la "Gaudium et Spes" al respecto:

"Esta animación directa de la sociedad, de sus instituciones y estructuras, es la misión específica, aunque no exclusiva, de los seglares como miembros de la Iglesia, que viven y actúan en el campo de las instituciones y actividades propias de este mundo" (n. 62).

El documento explicita parcelas de ese campo en donde los laicos cristianos militantes deben ser *"testigos de otro mundo y fermento transformador de las estructuras sociales"*: asociaciones cívicas y profesionales, sindicatos y partidos políticos, *"con el fin de promover los valores fundamentales de la libertad, la justicia, el progreso, la paz y la solidaridad..."* (n. 64).

La actuación y compromiso en estos campos es muy variada dentro de los cuatro grandes movimientos comunitarios que se dan en España. Creo que si la Jerarquía se hiciese más presente en el seno de los mismos, estimulando a sus miembros al compromiso temporal y ayudando a que las diferencias en los compromisos públicos y políticos de los cris-

tianos no enturbien sus relaciones de comunión como creyentes, haría un gran servicio a tales movimientos comunitarios y al bien común de la sociedad española.

II

PEQUEÑAS COMUNIDADES CRISTIANAS Y COMUNION ECLESIAL

Los obispos recuerdan unos peligros relacionados con la comunión eclesial, que deben sortear los grupos básicos de creyentes y otros sectores, instituciones, obras o movimientos de Iglesia.

Uno de ellos es el riesgo de debilitar “el afecto y la vinculación eclesial” con la parroquia, diócesis, Iglesia nacional o universal, por personalismos excesivos o *críticas permanentes y sistemáticas* (n. 33).

Opino que tal riesgo es real, y lo seguirá siendo, dada la postura misionera, fronteriza y profética en que vive la fe, y evangeliza determinado número de Pequeñas Comunidades Cristianas —no numeroso comparado con el conjunto— que confiesa claramente mantener una “comunión crítica” respecto a instituciones y comportamientos de personas eclesiásticas no siempre muy acordes, por otra parte, con el espíritu del Evangelio de Jesús de Nazaret. Creo que una actitud humilde, dialogante, amorosa, de los pastores debilitaría mucho el riesgo de ruptura de comunión de parte de estos grupos “fronterizos”.

Sobre este campo de la comunión eclesial, Juan Pablo II decía, dirigiéndose a las Comunidades Neocatecumenales:

“Haced de manera que vuestras comunidades, sin perder nada de su originalidad y riqueza, se inserten armoniosa y fructuosamente en la familia parroquial y diocesana”.

Y añadía algo que los presbíteros deberemos tener muy en cuenta, y también los obispos, con respecto al ámbito diocesano:

“Será cometido de los pastores hacer un esfuerzo para que las parroquias se beneficien de la aportación de los valores positivos que pueden poseer estas comunidades y, por consiguiente, abrirse a ellas”⁶.

Otro riesgo de que hablan los obispos es el narcisismo y el espíritu y posturas de “ghetto”. Recuerdan que *“las comunidades y movimientos, aun siendo eclesiales, no realizan por sí solos y aisladamente el ser completo de la Iglesia”* (n. 36), aludiendo quizá a posturas de autosuficiencia.

Al respecto, por el conocimiento que tengo de la realidad de los movimientos comunitarios en España, no creo que este peligro de autosuficiencia pueda alarmarnos basándonos en hechos concretos reiterados suficientemente. A mi juicio, es éste un riesgo anejo a la sana espiritualidad de determinados movimientos cristianos de base y que se está sorteando actualmente con suficiente limpieza y elegancia. Como regla general, creo que puede afirmarse que *“viven verdaderamente en unión con la Iglesia local y con la Iglesia universal”* y que, por ello, *“son una auténtica expresión de comunión y un medio para construir una comunión más profunda”*⁷ Las excepciones en España, cuando las hay, me parece confirman la regla general.

Por el contrario, sí creo que hay un cierto riesgo actualmente en otros peligros, también relacionados con la comunión eclesial, que señala el documento al decir:

“... cuando nos alejamos unos de otros por evitar dificultades y disminuimos (así) la comunión real con la Iglesia concreta, nos endurecemos en nuestras propias ideas y terminamos quedándonos solos con nuestra propia pobreza” (n. 38).

“Los grupos, las comunidades... —llamados a ser el florecimiento vital y la riqueza espiritual de la Iglesia—, si se cierran sobre sí mismos sustituyendo al magisterio y la amplitud de la Iglesia universal por las tradiciones, las ideologías y hasta los intereses meramente humanos, pueden degenerar, o por lo menos empobrecer, su vitalidad cristiana, espiritual y apostólica” (n. 39).

En este campo tiene la Jerarquía —obispos y presbíteros— un claro quehacer como centro de unidad y universalidad (n. 45), creando y favoreciendo el funcionamiento permanente de plataformas de diálogo y discernimiento entre los distintos movimientos comunitarios de base (n. 47).

Honestamente, mirando el amplio campo de los movimientos de Pequeñas Comunidades Cristianas de España, yo no encuentro muchos o graves riesgos de debilitamiento o ruptura de la esencial y necesaria comunión eclesial, ni siquiera en aquellos sectores comunitarios de marcado carácter social, político y de opción preferencial real por los pobres, marginados y oprimidos.

III

LAS PEQUEÑAS COMUNIDADES CRISTIANAS Y LA OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES

Uno de los más grandes logros del Vaticano II ha sido el provocar la reflexión y clarificación teológica y pastoral en torno a la Iglesia y su relación con los pobres, oprimidos, marginados.

En esta tarea, tanto a nivel de reflexión como de praxis y compromiso, el movimiento universal de las Pequeñas Comunidades Cristianas ha realizado y sigue jugando un papel de

primerísima importancia, aunque es cierto que determinadas familias de comunidades han influido más que otras en esta opción preferencial —ni exclusiva ni excluyente— de la Iglesia católica de nuestros días.

Hoy, la **OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES** es una realidad claramente alcanzada a niveles teóricos y cada vez más generosa y eficaz a niveles de compromiso fáctico.

“Testigos del Dios Vivo” expone nítidamente el pensamiento de la Conferencia Episcopal Española. El documento tiene afirmaciones consoladoramente rotundas: *“La evangelización y la vida cristiana llevan consigo una especial preferencia por los pobres de este mundo”* (n. 59).

Vale la pena transcribir y releer algunos breves párrafos del documento sobre este tema, de importancia definitiva para la vida evangélica y testimonial de la Iglesia. Son tan claros que no precisan de glosa alguna:

“Al anunciar el Reino, los cristianos tenemos que hacerlo ya realidad entre nosotros y con todos los hombres, especialmente con los pobres y necesitados” (n. 55).

“Sin un serio esfuerzo, renovado y constante, para construir la fraternidad dentro de la Iglesia y establecer especiales relaciones de solicitud y ayuda con los necesitados y desvalidos, estaría privada de fundamento y carecería de credibilidad nuestra palabra acerca de Dios” (n. 58), porque *“la benevolencia entre nosotros y la solicitud por los más necesitados son la realización vital de los misterios que celebramos y el argumento más convincente de las cosas que anunciamos”* (n. 57).

Los obispos lanzan una mirada sobre la historia de la Iglesia y sobre su presente y exclaman: *“Los mejores cristianos... se han sentido enviados al mundo solidarios con los sufrimientos y esperanzas de los más pobres y necesitados”* (n. 54). Entre estos “mejores cristianos” de hoy, muchos

militan en Pequeñas Comunidades, encontrando en ellas aliento y fortaleza para su tarea de liberación integral en el mundo de los pobres, marginados y oprimidos.

La Conferencia Episcopal no sólo expone doctrina sobre la opción preferencial por los pobres, propone también unas líneas de acción en este campo:

— Hay que estar con ellos, encarnarse en su medio, luchar para que mejore su situación dentro de nuestra sociedad (n. 59).

— Debemos intensificar y coordinar mejor las formas ya organizadas en favor de los pobres y necesitados (n. 60).

— Hay que abrir nuevos frentes de acción, para atender adecuadamente a los “nuevos pobres” de la sociedad moderna: parados, drogadictos, enfermos terminales, ancianos solitarios... (n. 60).

* * *

La Iglesia española, a nivel nacional, de Iglesias particulares, de parroquias y de Pequeñas Comunidades Cristianas de base, ha aceptado conscientemente hoy el serio reto de una nueva evangelización de nuestro pueblo y es consciente de la importancia decisiva de hacer realidad —cada vez más verídica y amplia— su OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES, porque “ESTE ESFUERZO POR LA FRATERNIDAD Y SOLIDARIDAD CON LOS POBRES Y NECESITADOS, HECHO EN EL NOMBRE Y CON EL ESPIRITU DE DIOS, SERA NUESTRA MEJOR RESPUESTA A QUIENES PIENSAN Y ENSEÑAN QUE DIOS ES UNA PALABRA VACIA O UNA ESPERANZA ILUSORIA” (n. 60).

Esto anima vigorosamente nuestra fe, estimula nuestro afán pastoral y evangelizador, y es gozoso motivo para crecer en la esperanza de cara al futuro de la Iglesia en España.

NOTAS

1. "Servicio Pastoral de las Pequeñas Comunidades Cristianas", Comisión Episcopal de Pastoral (Edice, Madrid, 82).
2. "Comunidades Plurales en la Iglesia", Sdo. Diocesano de Catequesis de Madrid (Paulinas, Madrid, 81). "Modelos de Comunidades Cristianas", C. Floristán (Sal Terrae núms. 2-3, 79).
3. "Evangelización y Hombre de Hoy" (Edice, Madrid, 86, p. 545).
4. "Instrucción sobre Libertad Cristiana y Liberación", Congregación para la Doctrina de la Fe (n. 69. Vida Nueva, 12-4-86, p. 30).
5. "Evangelii Nuntiandi" (PPC, Madrid, 75, n. 58).
6. "Discurso del Papa a los sacerdotes de Comunidades Neocatecumenales" (Roma, 9-XII-85).
7. "Instrucción sobre la Libertad Cristiana y Liberación" (o.c., n. 69).

PROMOCION Y COORDINACION DEL SERVICIO DE LA CARIDAD EN LA IGLESIA. MISION DE CARITAS Y RETOS URGENTES

RAFAEL PRIETO RAMIRO

1. El Dios vivo

Cien años después que Nietzsche blasfemara sobre el Dios muerto, nuestros obispos se profesan y nos urgen a ser testigos del Dios vivo. Por lo visto, son muchos los que no sólo no han sentido el olor de la putrefacción divina, sino que se sienten traspasados por una experiencia desbordante del Dios que vive: un Dios vivo que recompensa con la vida en plenitud.

Definirse como testigos del Dios vivo es *osadía*. A Dios no se le puede ver ni se le puede decir. Pero, por otra parte, no se puede dejar de hablar de El. Es aquello del canto del pájaro. A Dios no se le puede ver ni se le puede decir, pero sí se le puede escuchar, sí se le puede sentir. Dios se pone a tiro de corazón, y todos aquellos que lo han alcanzado, o mejor, se han dejado alcanzar por El, no pueden por menos dejar de balbucear la misteriosa experiencia.

No sólo es posible sino que es *necesario* dar este testimonio. La experiencia de Dios es expansiva. Cuando alguien se acerca a Dios se le nota. Quien ha experimentado a Dios debe cantar y comunicar su gloria. La vida del hombre es la gloria de Dios. Pero, simultáneamente, sin la más mínima interrupción, quien se ha acercado a Dios, se acercará también al hombre, porque la gloria de Dios es que el hombre viva.

La gloria de Dios es que el hombre viva. Por eso, cuando el hombre vive mal, cuando el hombre apenas vive, cuando el hombre muere, nos tendremos que preguntar sobre qué gloria damos a Dios y sobre qué testimonio transmitimos acerca del Dios vivo.

Y esto es lo que se preguntan los obispos españoles. Están convencidos de que “los que creen en Dios han de sobresalir en la práctica de las buenas obras” (I Tit. 3, 8). Sí: nuestra fe se mide por nuestro amor. Lo que les mueve es “el inmenso sufrimiento de tantos hermanos nuestros” (n. 1). Este sufrimiento debe ser visto y escuchado como “una llamada de Dios”: es la llamada de la caridad que apremia. La caridad, ni cansa, ni se cansa, ni descansa. La caridad nunca deja descansar al buen pastor. La caridad estimula la vigilancia, multiplica las iniciativas, clarifica la visión y potencia la abnegación. Si es verdad que la raíz del nervio óptico está en el corazón, más cierto es que el fundamento de toda acción pastoral está en el amor.

2. Lo nuestro es el amor

“Lo más profundo de la vida de la Iglesia y del cristiano es compartir el amor de Dios” (n. 54).

Lo nuestro es creer en el amor. Lo nuestro es creer en el AMOR. Lo nuestro es creer que Dios es amor. Para ser cris-

tiano no basta creer que Dios existe. Hay que creer que Dios nos ama. Y que su amor es acogida incondicional, entrega ilimitada, fuerza liberadora, servicio desinteresado, pura y total gratuidad. Especialmente para los pobres y pequeños.

El Dios en quien creemos es todo amor y sólo amor. No es que tenga una parte de poder, otra de justicia, otra de sabiduría y otra de amor. Es todo amor. No tiene más poder, más justicia y más sabiduría que la del amor. Dios no lo puede todo. Sólo puede lo que le permite el amor.

Lo nuestro es dejarse amar, dejarse alcanzar por el toque fuerte y delicado de Dios, dejarse atraer por los encantos divinos, dejarse enamorar por Dios. No es fácil dejarse amar. No tenemos capacidad para acoger tanto amor. Nos cansamos antes de recibirlo que El de darlo.

Lo nuestro es anunciar el amor: con palabras y con signos, “con hechos y signos que indiquen la presencia del amor de Dios” (n. 53). Testigos vivos. Ofrecer el testimonio de una vida definitivamente salvada, pero incondicionalmente amada. El árbol abonado y regado con amor cargará con los frutos del Espíritu.

Lo nuestro es vivir y compartir el amor. Una vez amados hay que prolongar el amor, hay que iluminar el mundo con esta luz e incendiar la tierra con este fuego. Hay que arropar con amor a todos los necesitados. ¿Y quién no está necesitado del amor? He aquí una tarea que no cesa.

“Los que han vivido este misterio de comunión con el amor de Dios y de Cristo, se han sentido enviados al mundo, solidarios con los sentimientos y las esperanzas de los más pobres y necesitados, responsables de alguna manera, juntamente con Cristo, de la liberación y salvación de todos” (n. 54).

3. La Iglesia se define por la relación. Su relación es koinonía y diaconía

“La Iglesia de Dios no existe para sí, ni puede vivir encerrada en sí misma” (n. 4). La Iglesia, como Cristo, se define más por la relación que por la sustancia, más por la misión que por la esencia. Si en Dios las personas se definen por las relaciones, si Dios es el Emmanuel, si Cristo es el hombre de Dios y el hombre para los demás, el Cuerpo de Cristo no podía ser de otra manera. Así la Iglesia será casa de oración, hogar para todos, hoguera de amistad, servicio de caridad, luz para todos los caminos. La Iglesia será la servidora de Dios y del hombre. La Iglesia se definirá por su poder de alabanza, por su capacidad de entrega, por su vaciamiento de sí, por su ser-para-los demás. La Iglesia, como hemos dicho, será para dar gloria a Dios y para dar vida a los hombres. Y como estos términos se incluyen, podemos afirmar que la Iglesia sólo vive en cuanto da vida.

Koinonía

Hermosa definición. La Iglesia será *“sacramento de una convivencia reconciliada. Lugar de encuentro, comunicación y fraternidad”* (n. 43). La unión y el amor mutuo es ley fundamental para el cristiano. Nuestra Constitución es *“amaos”*. Lo nuclear en la Iglesia es el valor y la conjunción de los *“eclesiados”*. No son los valores éticos o doctrinales y, mucho menos, la estructura organizativa, o el brillo de alguna de sus partes. Lo nuclear es la unión de los redimidos, el amor de los liberados, la comunidad de los enviados: la comunión, koinonía de los santos, *“comunidad de hombres libres”* (n. 44).

Esta koinonía tiene distintos niveles: desde el poner en común los bienes hasta poner en común la fe y los sentimientos. *“Un solo corazón y una sola alma”*.

Esta “conmuio” será el canto de alabanza que no cesa, el verdadero culto que Dios quiere, la fiesta que no tiene fin. Cuando termine la peregrinación, descansados de las fatigas y aliviados de las heridas del camino, gozaremos del calor de la reunión para siempre.

Diaconía

“El servicio a la sociedad, que es también parte esencial de la misión de la Iglesia y de su acción evangelizadora” (n. 7, c).

“Dios ha puesto a la Iglesia en el mundo al servicio de todos... *Todo lo que es y cuanto hay en ella: revelación, doctrina, ministerios, sacramentos, carismas, comunión y fraternidad, está ordenado al bien de los hombres y de la sociedad entera*” (n. 55).

No puede expresarse con más fuerza esta dimensión de servicio. Hemos sido bautizados como siervos, igual que Jesús, el Siervo de Dios, a quien representamos y continuamos. Hemos sido enviados al mundo como buenos samaritanos, completando las curaciones de Jesús, el mejor samaritano. En el banquete de la vida, nosotros desempeñamos la función de siervos, siguiendo la enseñanza y el ejemplo del gran Diácono Jesús: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22, 27).

Sabemos qué abanico más grande de actividades diaconales se abre a nuestra atención y compromiso. No se puede cerrar los ojos, tapar los oídos y cruzarse los brazos, inhibiéndose ante tanta necesidad. Mientras haya un niño, un anciano, un enfermo, un pobre, hay que seguir cuidando y amando. Mientras haya un pródigo, un enviado, un caído, hay que seguir esperando y amando. Mientras haya un marginado, un disminuido, un vencido, un hambriento, hay que seguir liberando y amando. Siempre hay que seguir acompañando y amando.

No somos los únicos, ni tal vez los más importantes servidores del hombre, pero sí queremos ser los más disponibles, los más desinteresados, los más cercanos, los más esperanzados. No nos distinguiremos tanto en la cantidad de los servicios realizados, cuanto en el modo de realizarlos, en el espíritu, en las motivaciones y en las finalidades con que los realizamos.

4. Nuestros señores, los pobres

“La evangelización y la vida cristiana llevan consigo una especial preferencia por los pobres de este mundo” (n. 59).

Esta opción preferencial por los pobres la hemos aprendido del Dios de Jesucristo.

Dios se hizo pobre y evangelizó a los pobres y escogió a los pobres. No porque sean mejores, ni porque sean buenos, sino porque son pobres. Pobres: los pequeños, los débiles, los humildes, los indefensos, los vencidos, los que sufren la historia, los que carecen de bienes y oportunidades. Dios está con ellos y en ellos.

Son epifanía de Dios, sacramentos vivos del Señor Crucificado.

Por la solidaridad y por el cambio

Evangelizar es anunciar la buena noticia a los pobres. Ser testigos del Dios vivo supone acercarse al pobre con amor solidario y liberador. Pero esto debe hacerse realidad, urgencia y compromiso. No basta una simple declaración de intenciones. La solidaridad no se declara, se vive. “Es preciso aumentar los esfuerzos para *estar con ellos y compartir sus condiciones de vida*, sentirnos llamados por Dios desde las necesidades de nuestros hermanos, hacer que *la sociedad entera cambie...*” (n. 59). Si estas palabras hay que tomarlas en serio, suenan a un manifiesto de lo más revolucionario.

– “*Para estar con ellos*”. Es presencia física y es algo más. Estar es acompañar, es compartir, es solidarizarse. Estar con ellos es defenderles, es enseñarles, es liberarles. Estar con ellos es encarnarse en ellos: en sus circunstancias, condiciones, problemas, sufrimientos, luchas, esperanzas.

– “*Compartiendo sus condiciones de vida*”. No se puede estar en plan curioso, crítico, paternalista. Hay que estar en plan amistoso, solidario y liberador. Esto exige el escuchar, el compartir, el dar y recibir. Ellos también dan, enseñan y salvan.

– Y, si es preciso estar con ellos, *no se puede “estar con los otros”*. Ciertamente que hemos sido enviados a todos los hombres, pero no se puede “estar” al mismo tiempo con todos los hombres. No se puede estar solidariamente con los ricos y con los pobres, con los opresores y con los oprimidos, con los verdugos y con las víctimas, con los que hacen sufrir y con los que sufren. Al menos, no se puede estar de la misma manera. Con unos estarás solidariamente; con otros estarás proféticamente. Es decir, si estás con los pobres, es para que te hagas pobre. Si estás con los ricos, no es para hacerte rico, sino para que dejen de serlo.

Y digo que esto es un principio revolucionario. Estamos situados en una sociedad rica y opresora, en la que vivimos cómoda y pacíficamente. Se nos pegan los criterios y los gustos de los privilegiados. Nos atan los lazos del bienestar y del confort. Nos solidarizamos mejor con los de arriba que con los de abajo. Se nos apaga la profecía. Urge, pues, la revisión y la reconversión.

– “*Hacer que la sociedad entera cambie*”. Somos, pues, los promotores del cambio, del más radical y más audaz de los cambios, de la más ambiciosa y más completa de las revoluciones.

Nuestro empeño consiste en hacer “una sociedad justa y acogedora”, en la que los más pobres sean los más favorecidos; en la que “los potentados sean derribados y los humildes

exaltados, en la que los ricos se queden vacíos y los hambrientos sean colmados de bienes”, o sea, cambiar la ciudad del tener por la ciudad del ser, la civilización del egoísmo por la civilización del amor, la cultura de la violencia por la cultura de la paz, el reino de los hombres por el Reino de Dios.

Para conseguir este cambio, ¡lo que hay que cambiar, Dios mío! Asusta pensar lo que habría que poner patas arriba: desde las estructuras hasta los corazones, o desde los corazones hasta las estructuras —no haya polémica sobre el orden de factores—, pasando por costumbres, gustos, ideales, enseñanzas, familias, organizaciones, grupos, comunidades, partidos, iglesias.

5. Promoción del servicio de la caridad

Es natural. Como consecuencia lógica de lo que se lleva dicho, se afirma nítidamente en el Documento que se “*requiere intensificar y coordinar mejor las formas organizadas de ejercer la caridad en favor de los pobres y necesitados*” (n. 60).

Esta urgencia viene pedida a la vez por dos grandes instancias: desde el Evangelio y desde los pobres, desde el amor y desde la necesidad, desde el que envía y desde los destinatarios.

— *Exigencia desde el Evangelio*, que debe ofrecer signos liberadores. No basta hablar de Dios-Amor, hay que ofrecer signos de que Dios nos ama. “El anuncio del Evangelio incluye alguna señal de que Dios, efectivamente, se acerca a los hombres para su liberación integral” (Id.). Hay que seguir contestando a todo Juan que pregunte sobre el Mesías y sobre el Reino que “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres reciben buenas noticias” (Lc 7, 22).

Podríamos hoy decir que los “*nuevos pobres*” reciben nuevas y buenas noticias:

- . Que los *ancianos solitarios* estarán siempre rodeados de familiares y amigos.

- . Que los *enfermos terminales* se verán libres de dolores, miedos y frustraciones.

- . Que los *niños sin familia* encontrarán el hogar que les conviene.

- . Que las *madres abandonadas* tendrán toda la estima y toda la ayuda que necesiten para la educación de sus hijos y su propia realización.

- . Que los *delincuentes* no serán castigados, sino corregidos y reinsertados, y no encontrarán nunca razón para sus violencias.

- . Que los *drogadictos y alcohólicos* no tendrán otra dependencia que la del amor, y les ofrecemos ideales que llenen sus vacíos.

- . Que los *parados* podrán conseguir la dicha de trabajar en lo que aman, y todos podrán amar su trabajo porque será creativo y liberador.

El amor es siempre liberador. En su camino liberador, los pobres sentirán la presencia de un Dios que ama y de unos testigos de ese Dios.

— *Exigencia desde los pobres*. “La sociedad moderna segrega marginación y sufrimiento que luego con frecuencia ignora y olvida” (Id.).

Pero los testigos no lo pueden ignorar. En todo sufrimiento hay una muda interpelación para el testigo. En todo el que sufre, no sólo el paciente, sino el mismo Dios está esperando. La cita de Dios con S. Dimitri no estaba en el desierto, como creía, sino en el carretero del camino, que estaba en apuros; no importó que llegara tarde a su cita, si, ayudando al prójimo, ya se había encontrado con Dios.

Si la sociedad moderna ignora y olvida el sufrimiento que ella misma segrega, los testigos deben asumir y aliviar los sufrimientos que ellos tal vez no hayan segregado. Los nuevos pobres son las estrellas que hoy nos conducen hasta Dios. Sus dramáticos resplandores son urgentes mensajes de ayuda. El testigo debe estar siempre en camino.

¿Nuevos pobres?

Ciertamente que hay formas nuevas de pobreza, y ya nuestro Documento señala las más importantes. Tenemos nuevas dimensiones de pobreza, y tenemos también nuevas intensidades. No sólo hay que apreciar el hecho, sino la manera de vivirlo. Una misma realidad de pobreza puede vivirse con calidades y tonalidades distintas. Hoy, por ejemplo, los pobres son más conscientes de su dignidad y de sus derechos, por lo que no aceptarán tan resignadamente sus carencias y marginaciones. Hoy no sólo piden, sino que exigen oportunidades y promoción. Hoy se sabe que la pobreza no es producto de azar o mala suerte, sino de todo tipo de egoísmos e injusticias, tanto personales como estructurales. La psicología del pobre que sabe esto, será mucho más crítica y revolucionaria que la del que cree simplemente en el destino. Hoy se ofrece a todos un alto nivel de vida y a todos les llega los atractivos de una sociedad consumista; pues ser pobre en una sociedad opulenta y hedonista es más angustioso y frustrante que en una sociedad austera.

Las nuevas llagas del Crucificado

En nuestra sociedad, Cristo sigue siendo el pobre despojado y crucificado. Estos podrían ser sus cinco grandes despojos y llagas:

a) *Bajo el signo de la frustración: el paro.*

Es una llaga en las manos, cosidas al madero de la frustración y la inutilidad. Es el despojo de uno de los derechos básicos de la persona: el trabajo.

Es una llaga que chorrea sangre en abundancia y produce cantidad de espasmos y angustias. El paro, como sabemos, es un problema con efecto multiplicador. Hijo de don Capitalismo y de doña Insolidaridad, es padre de numerosos engendros dolorosos: personales, familiares y sociales.

El paro nos alerta sobre la injusticia de nuestra economía. El paro nos pide un cambio radical que revolucione hasta el mismo concepto y filosofía del trabajo y, aún más, de la misma sociedad. El paro nos exige un compromiso generoso y prolongado de ayuda y promoción, si queremos aliviar el dolor de esta llaga.

b) *Bajo el signo de la desinstalación: transeúntes.*

Toda una constelación de desarraigo y desamparo: prófugos, refugiados, desplazados, inadaptados, extranjeros, transeúntes, mendigos. Es una llaga que se concentra en los pies doloridos y sangrantes de tanto caminar sin rumbo hacia ninguna parte.

Es un despojo del derecho a la tierra prometida y al descanso necesario. Son gentes sin hogar, sin familia, sin pueblo y sin patria. No es que sean ciudadanos del mundo; son ciudadanos de ninguna parte. Caminan cargados de un saco de problemas, que van agrandando de albergue en albergue y de pueblo en pueblo. Como no arraigan en ninguna tierra, serán siempre árboles estériles, o ramas a la deriva de cualquier corriente.

Curar esta herida exige todo un esfuerzo de acogida y reinscripción. Nuestra caridad no se limitará a repartir comidas y billetes, sino a ofrecer centros de educación e integración, con calor de amistad y respeto.

c) *Bajo el signo de la insatisfacción: droga.*

Constelación del placer tirano: droga, alcohol, sexo, consumo. Llaga polarizada en el corazón. Se ha despojado a la víctima de otros ideales que llenen su alma. Para su sed se les ha ofrecido vinagre.

Grandes intereses entran en juego. El pobre drogadicto recibe su plato de lentejas y tiene que pagar no ya sus derechos de primogenitura, sino toda su libertad, toda su dignidad y aun toda su vida miserable.

Recuperar al drogadicto es una de las principales obras de misericordias modernas. Recuperar al drogadicto exige todo un esfuerzo prolongado y conjuntado de caridad.

d) *Bajo el signo de la violencia: terrorismo.*

Constelación del terror y del miedo, de la ambición y la desconfianza, del interés y de la ira, de la muerte: toda una legión de demonios.

Son llagas repartidas por todo el cuerpo.

Ellos son también pobres, despojados —¿por quién, Dios mío?— del derecho a la paz y a la convivencia. Pero ellos son más agentes que pacientes, producen más llagas que las que reciben. Es un demonio loco el que se apodera de estas víctimas. ¿Cómo exorcizarle?

Son frutos salvajes de esta sociedad violenta. Para cambiar estos frutos, habría que cambiar toda esta sociedad.

Algo hay que hacer para cerrar estas heridas. Aquí se nos pide un enorme trabajo de prevención y sanación. Hay que empezar a dar pasos, siquiera pequeñitos, hacia una sociedad no violenta en la que el miedo y el armamentismo desaparezcan para siempre. Es todo un reto para el testigo de Cristo, nuestra Paz.

e) *Bajo el signo de la soledad: ancianos abandonados.*

Constelación del abandono: niños huérfanos o abandonados, madres abandonadas, hogares rotos, desamparo y marginación. Un producto típico de nuestra sociedad productivista, tecnificada y masificada. Los que no producen ni triunfan quedan en la cuneta, aparcados y alejados de la marcha.

Es una llaga del alma, como la de Getsemaní, y un despojo del derecho a la convivencia y a la amistad.

La soledad nos tienta a todos. Estamos rodeados de cosas, como Adán en el principio, pero radicalmente solos. Nos entretenemos con nuestras máquinas o nuestros periódicos, pero nos sentimos vacíos.

La soledad vacía, entristece y deshumaniza, porque el hombre es y se hace por las relaciones interpersonales.

Si queremos curar esta llaga, gangrena espiritual, hay que poner un plus de alma en todas nuestras relaciones e instituciones; pensar en hogares, centros y colegios en los que nadie se siente solo; combatir el consumismo y potenciar la relación, fijarse más en las personas que en las cosas: cambiar los valores de la productividad por los del servicio, mirar al otro no como un infierno, sino como un pequeño "dios".

6. "Coordinar mejor las formas organizadas de ejercer la caridad" (n. 60)

No importa sólo el hecho de amar y practicar la caridad, sino que importa — ¡y mucho! — la manera de amar y el espíritu con que se practica la caridad. Porque, "aunque repartiera en limosna todos mis bienes y aunque entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve" (1 Cor 13, 3).

Lo nuestro es el amor, efectivamente, pero hay que amar amorosamente, hay que hacer caridad comunitariamente, hay que demostrar la solidaridad solidariamente. La caridad más valiosa y testimonial es la que se vive y se practica desde la

comunidad y en comunidad. No somos nosotros los que amamos. Es Cristo quien ama en nosotros. Y este amor se manifiesta poderosa y brillantemente en la común unión de los miembros y en el servicio debidamente conjuntado.

Es Cristo quien ama en nosotros. Y es la Iglesia de Cristo la que vive y practica la caridad. No deben sus miembros actuar aislados e independientes, a su aire y por su cuenta. Ni tampoco los grupos especializados deben obrar autónoma y separadamente. Los pastores de las primeras Iglesias jamás consentían que la caridad se practicara a sus espaldas.

Cáritas, por ejemplo, es una forma organizada de ejercer la caridad, no es una oficina o un ministerio de la caridad que absorba este servicio. No es Cáritas la que hace la caridad, sino la comunidad entera. Cáritas no es más que la plataforma donde los servidores se encuentran. Si la Iglesia es "el sacramento de una convivencia reconciliada", ha de ser también signo y sacramento de una colaboración purificadora y de una servicialidad abnegada y conjuntada.

La coordinación es una realidad sociológica, pero es también una categoría teológico-pastoral. Es una mediación para realizar la unidad del cuerpo y el mejor servicio de todos sus miembros. Más que una estructura fuerte, es un proceso de armonización que incluye la intercomunicación de agentes y servicios, el intercambio mutuo, el diálogo fraternal.

La coordinación es la marca de la casa. El signo de caridad es más claro, si se evita la dispersión, se prohíbe la rivalidad y se conjuntan los esfuerzos.

También importa la colaboración por razones de eficacia; con batallitas particulares no se gana la guerra de la pobreza. Hoy las necesidades son tantas y tan complejas, que se nos piden respuestas audaces, amplias e imaginativas. Estas respuestas son impensables si no es conjuntando los esfuerzos de todos. Pensad, por ejemplo, en el problema del paro, de la droga. Para tratar estos problemas se necesita el análisis riguroso del sociólogo, el tacto y la hondura del psicólogo, la oportu-

tunidad y la creatividad del empresario, la capacidad de relación y comunicación del asistente social, el desvelo y la entrega del amigo, la fe y la audacia del creyente. Los esfuerzos separados mueven granitos de arena, los esfuerzos conjuntados mueven montañas. Los esfuerzos separados pueden paliar algún problema, los esfuerzos conjuntados pueden resolver cualquier problema. Los esfuerzos separados queman toneladas de energía para provocar una chispita de luz, los esfuerzos conjuntados encienden sin derroche hogueras admirables.

7. Animación y transformación de la sociedad

Es un reto obligado y urgente. “Además de esta ayuda directa a los pobres y necesitados, se ofrece el gran campo de la animación y transformación de la sociedad” (n. 61).

Los ámbitos de la caridad son ilimitados. Nuestra caridad quiere personas libres y quiere una ciudad libre; hombres nuevos y una tierra nueva; cura los corazones y purifica los ambientes. Nuestra caridad debe alcanzar a los individuos, a las familias, a las instituciones y a las estructuras. La persona no vive aislada, sino en un mundo complejo de relaciones. Haremos bien a la persona si logramos que todo este mundo de sus relaciones sea liberador. También se quiere al niño preparándole la cuna y la casa donde tiene que vivir.

En la reciente Instrucción pastoral “Católicos en la vida pública”, los obispos hablan de “*caridad política*”. No se trata de una caridad con los políticos, sino que nuestra caridad se haga política, pública, social. Son nuevas dimensiones del amor. (Algún día hablaremos también de caridad cósmica). “Se trata de un compromiso activo y operante, fruto del amor cristiano a los demás hombres, considerados como hermanos, en favor de un mundo más justo y más fraterno, con especial atención a las necesidades de los más pobres” (n. 61). Y en seguida, rompiendo una lanza en favor de la actividad pública y de los hombres públicos: “Impera en nuestra sociedad

un juicio negativo contra toda actividad pública y aun contra quienes a ella se dedican. Nosotros queremos subrayar aquí la nobleza y dignidad moral del compromiso social y político y las grandes posibilidades que ofrece para crecer en la fe y en la caridad, en la esperanza y en la fortaleza, en el desprendimiento y en la generosidad” (n. 63).

¿Quién tiene más caridad: el que da limosnas a los pobres o el que establece las condiciones sociales para que no haya pobres?; ¿el que libera a un esclavo o el que legisla contra la esclavitud?; ¿el que cura las heridas de la guerra o el que impide las guerras?; ¿el que socorre a un parado o el que crea trabajo?; ¿el que enseña a un analfabeto o el que escolariza y prepara programas educativos?; ¿el que cura a un enfermo o el que descubre una nueva medicina contra la enfermedad?; ¿el que alimenta con un pez o el que proporciona nuevos caladeros para pescar?...

También la caridad tiene que ser inteligente, porque, si es verdad que sólo se ve bien con el corazón, también es cierto que sólo se ama bien desde la razón. Que nuestra caridad se ponga de rodillas, vestida con traje de faena, para servir; pero que también se pasee por las calles y penetre en los despachos y acuda a las tribunas y se siente en los escaños, donde se puede construir una sociedad más justa y más fraterna.

8. Conversión permanente

Es tiempo de crisis. Se nos invita a algo más que a la reflexión y el diálogo. El momento actual nos urge respuestas comprometidas. “La hora presente”, empezaban los obispos, “exige de los católicos un especial esfuerzo de discernimiento y generosidad... Una llamada de Dios que nos apremia” a cumplir mejor nuestra misión (n. 1). O sea, es una llamada a la conversión.

Estamos en un tiempo y en un lugar de prueba, se ha escrito, como en Massá y Meribá. Esta profunda y extensa

crisis es nuestro Massá y Meribá. Por lo tanto, “si escucháis hoy su voz, no endurezcáis el corazón” (Sal 94, 7-8). Se juega aquí la credibilidad de la Iglesia. O somos testigos del Dios vivo, o Dios seguirá siendo para muchos “una palabra vacía o una esperanza ilusoria” (n. 60). Es el reto que tenemos planteado.

Nosotros, los que pedimos diariamente que el Reino de Dios venga, debemos preguntarnos por qué no se nota más esta realidad liberadora y por qué los pobres no reciben más buenas noticias. Mientras haya pobres y marginados, habrá que preguntarse qué parte de culpa tenemos, qué dosis de injusticia ingerimos, qué cantidad de bienes aún nos sobran, qué anuncio o qué denuncia hemos dejado de hacer, a quién hemos dejado de ayudar o de amar, qué caminos redentores hay que recorrer.

De la mano del Señor

La última palabra de los obispos es de estímulo y aliento. “Caminaremos juntos de la mano del Señor... Recorramos los caminos del mundo anunciando el Evangelio y sirviendo a nuestros hermanos en su nombre” (n. 68). De la mano del Señor y juntos todos, los caminos se pueden andar. De la mano del Señor y juntos, todas las dificultades se pueden superar. De la mano del Señor y juntos, nuestra difícil misión evangelizadora y caritativa se puede cumplir. De la mano del Señor y juntos, no hay nada que temer y todo se puede esperar. Así, pues, caminemos juntos de la mano del Señor, abriendo nuevos caminos “hacia la casa del Padre”.

UN LENGUAJE DEL AMOR Y LA SOLIDARIDAD

JESUS PASCUAL ARRANZ

INTRODUCCION

LA FERIA DE LAS PALABRAS

Estamos en un mundo de muchas palabras. Incontables palabras suenan en nuestros oídos diariamente: de la radio, de la televisión, de los profesores, de los gobernantes, del cura, de los amigos...

Pero no todas las palabras son iguales; hay unas palabras que son de información, otras de diversión, de enseñanza, de petulancia, de recriminación, de ánimo, palabras inútiles, palabras vacías...

Además hay diversos tonos para decir las palabras: unas palabras se pueden decir muy altas, mientras que otras han de ser casi calladas.

En medio de toda esta realidad de las palabras, ¿dónde podemos situar nosotros la palabra "solidaridad"? ¿Qué significa eso de amar a los hermanos?

A veces, tengo la impresión de que con estas palabras nos podemos equivocar, porque las utilizamos mucho y se quedan en palabrería y el mensaje que conllevan fracasa en la feria de las palabras.

Pero, en medio de toda esta situación, no tenemos derecho a callar, ni nos podemos volver mudos.

No podemos callar, mientras miles de personas en el gran mercado del mundo van comprando diversas enseñanzas; no podemos callar, cuando alguien precisa de consejo y de orientación; no podemos callar, aun cuando alguien, algunas veces, se tome a risa nuestras palabras.

Por el libro de los Hechos de los Apóstoles, sabemos que Pedro y Juan fueron conducidos ante los ancianos y sacerdotes de Jerusalén, los cuales les prohibieron hablar. Pero los apóstoles hicieron caso omiso. "No podemos callar lo que hemos visto y oído".

Entre los problemas que afectan de cerca al bien de la humanidad de nuestro tiempo, hay que situar, entre otros, los valores de la vida, de la familia, de la paz, de la justicia y de la solidaridad entre los pueblos.

Y ante estos y otros grandes temas, los cristianos tenemos algo que decir, porque es parte de la evangelización de nuestro tiempo.

Por otra parte, al hombre de nuestros días, sumergido en el mundo de la "tecnológica", que nace con los auriculares puestos, con el vídeo bajo el brazo y entre los ruidos de la televisión; a este hombre que se siente ciudadano del mundo, hay que hablarle con el lenguaje de hoy, que es el que entiende.

"Una de las razones de la crisis de pastoral tradicional, así como de la dialéctica, la detectan los semiólogos en el envejecimiento del modelo transmisor y en la insuficiencia del modelo comunicador. Mientras muchos deploran la manifestación operada por los 'mass media', el hombre de hoy toma cada vez más conciencia de su papel de protagonista en la historia. En la escuela, en la fábrica, en el parlamento e incluso en la Iglesia, el hombre de la calle pretende, finalmente, tomar la palabra, superar el estadio de pasividad... Los 'mass media',

en efecto, han modificado la rentabilidad del mundo, y hoy se acepta cada día menos que se nos 'transmita' algo.

La TRANSMISION es la relación típica hombre-máquina, hombre-robot: la transmisión, salvo el caso de avería técnica, siempre logra una respuesta, un resultado unívoco determinado y previsible, y el receptor no pone en discusión el procedimiento estandarizado, ni el resultado.

La COMUNICACION, en cambio, es la verdadera relación hombre-hombre; por eso está sujeta al riesgo de la libertad humana, de la originalidad, de la libre participación de cada cual: podría no obtener respuesta, podría lograr distintos resultados, incluso opuestos a los previstos, y puede poner en discusión tanto el resultado propuesto como el lenguaje o la oportunidad de la misma comunicación.

La pastoral que con demasiada prisa se declara tradicional refleja más bien el modelo transmisor en 'la civilización cristiana' (caracterizada por el complejo de la pequeña parroquia o de la gran muralla con el pánico de la novedad y la impermeabilidad de los influjos externos, bastaba transmitir a los recién llegados los instrumentos doctrinales y psicológicos para convivir en la ciudadela fortificada: Iglesia, familia, ciudad...). Hoy, en un mundo sin fronteras, caracterizado por el providencial derrumbamiento de muros y divisiones, todo se convierte en patrimonio de todos y hasta los mismos valores eternos no pueden ser ya simplemente transmitidos, deben ser comunicados, es decir, propuestos en los grandes circuitos de las ideas, en el debate vivo de los valores y en el carrusel de la historia, para concretarse en la vida" (L.S. "Cooperador Paulino" núm. 37, 1986).

EVANGELIZACION

“La hora actual de nuestras Iglesias tiene que ser una hora de evangelización” (TDV n. 53).

Pero ¿en qué consiste el mensaje de la evangelización?

En la segunda ponencia del Congreso de Evangelización, celebrado en Madrid en septiembre de 1985, que llevaba por título “¿Qué es evangelizar hoy y aquí?”, se decía lo siguiente:

“En nuestra sociedad se han ido formando mundos culturales correspondientes a sectores específicos que, con su propia coherencia interna, poseen unos valores jerarquizados y configuran un modo de ser persona (mundo obrero, juvenil, urbano, político, universitario, diversas posibilidades de contracultura). ¿Cómo lanzar puentes de comunicación en cada uno de ellos, en orden a desarrollar el diálogo evangelizador desde una comunicación eclesial que deshaga los posibles antagonismos? ¿Qué tipos de mediaciones son posibles y convenientes para una evangelización que no recurra al poder? ¿Cómo proponer un proyecto de hombre y mujer que construya una sociedad común y manifieste las diferencias de los valores de la persona desde el Evangelio?”.

“Evangelizar es ofrecer una Buena Noticia que se presenta a sí misma como el principio más hondo y decisivo de salvación para el hombre. Esa Buena Noticia consiste, en definitiva, en que Jesús, el Cristo, que pasó por el mundo haciendo el bien y que, crucificado, está vivo, presente y operante en los creyentes de la comunidad cristiana y en la forma de vida de esta comunidad y de sus miembros. A través de ellos, El es capaz de incidir en la sociedad donde esa comunidad cristiana está inserta, de tal forma que también los de

'fuera de la comunidad' puedan llegar a percibir que el Reino de Dios está cerca.

(...)

La evangelización es el ofrecimiento convincente y significativo realizado desde la pobreza compartida, y no desde el poder, de la forma de vida de Jesús. Se dirige a la conciencia libre de las personas que viven en una sociedad concreta. Aporta a quienes acogen el Evangelio la capacidad de una transformación real que, desde el interior del hombre, penetra en toda la convivencia haciéndola más humana y elevándola e iluminándola con el don de Dios" ("Evangelización y hombre de hoy". Edice. Madrid 1986, pág. 118).

"Testigos del Dios Vivo" nos habla, en la página 65, de las "Exigencias internas de la misión evangelizadora" y, en primer lugar, señala las dos exigencias fundamentales para la evangelización hoy:

- 1) Una fe personalizada.
- 2) Una fe profundamente eclesial.

"Es preciso que caigamos en la cuenta de la naturaleza esencialmente eclesial de nuestra fe personal, desarrollando el conocimiento y la estima de la Iglesia como fuente y matriz permanente de la fe. En ella y por ella la recibimos; por medio de ella nos llega la asistencia de Dios y de Cristo para mantenernos en la auténtica fe apostólica" (n. 32).

"No faltan cristianos y aun grupos o movimientos que por excesivo personalismo o por la influencia de una crítica permanente y sistemática llegan a perder o a debilitar excesivamente el afecto eclesial y la comunicación real con la Iglesia concreta de la que forman parte. Estas situaciones, fruto no pocas veces de las limitaciones y pecados de todos, llevan consigo el riesgo de la deformación de la fe y disminuyen en cualquier caso la fuerza del testimonio y la eficacia de la misión de la comunidad cristiana" (n. 33).

En relación con este tema de la evangelización, es interesante, cuanto menos, recordar el capítulo 55 de la exhortación apostólica de Pablo VI, "La evangelización del mundo contemporáneo", publicada en diciembre de 1975, donde se habla de "los agentes de la evangelización" y donde, después de señalar cómo la Iglesia entera es evangelizadora, a nivel de Iglesia universal y de Iglesia particular, señala la "adaptación y la fidelidad de lenguaje".

"Las Iglesias particulares profundamente amalgamadas no sólo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo, que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de transvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden y, después, de anunciarlo en ese mismo lenguaje.

Dicho transvase hay que hacerlo con el discernimiento, la seriedad, el respeto y la competencia que exige la materia, pero también de la catequesis, la formulación teológica, las estructuras eclesiales secundarias, los ministerios. El lenguaje debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario, cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural.

El problema es, sin duda, delicado. La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no se toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su 'lenguaje', sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a la vida concreta. Pero, por otra parte, la evangelización corre el riesgo de perder su alma y desvanecerse, si se vacía o desvirtúa su contenido, bajo pretexto de traducirlo; si, queriendo adaptar una realidad universal a un espacio local, se sacrifica esta realidad y se destruye la unidad sin la cual no hay universalidad. Ahora bien, solamente una Iglesia que mantenga la conciencia de su universalidad y demuestre que es de hecho universal, puede tener un mensaje capaz de ser entendido, por encima de los límites regionales, en el mundo entero.

Una legítima atención a las Iglesias particulares no puede menos de enriquecer a la Iglesia. Es indispensable y urgente. Responde a las aspiraciones más profundas de los pueblos y de las comunidades humanas, hallar cada vez más su propia fisonomía” (EN n. 63).

2

FRATERNIDAD Y SOLIDARIDAD CON LOS POBRES Y NECESITADOS

El capítulo III de TDV, lleva por título “El servicio del testimonio y de la solidaridad”, lo cual muestra con toda claridad cómo la misión evangelizadora de la comunidad eclesial se tiene que hacer presente, principalmente, en medio del mundo de los más necesitados de la sociedad.

En la presentación de TDV, Fernando Sebastián, Obispo Secretario General de la Conferencia Episcopal Española, escribe:

“Desde el principio queda dicho que anunciar el Reino escatológico de Dios no es sólo hablar de él, es también vivirlo, hacerlo ya verdad en nuestra vida por obra del amor y en virtud de la esperanza. Este tema se vuelve a tomar en los primeros párrafos de esta tercera parte. Creer en Dios es vivir en comunión con El, y vivir en comunión vital con un Dios de gracia que nos perdona los pecados y nos da la vida eterna, es vivir con Cristo la fraternidad universal en proporción a las necesidades y a los sufrimientos de los hombres.

Los hechos y las relaciones humanas, así transformadas, tanto hacia dentro como hacia fuera de la comunidad, para hablar de algún modo, son anticipo del Reino, de la vida eterna de la resurrección y son también palabras vibrantes,

la fuerza real de las palabras verdaderas con las que aparece y suena ante los hombres el anuncio de Dios, de su juicio y de sus promesas. Se ha querido insinuar solamente la variedad de formas y de servicios en los que esta acción evangelizadora puede desplegarse en y por la caridad vivida en la fuerza de la esperanza. El texto insiste en dos ideas: pretende decir que este servicio y esta solidaridad cristiana es esencial para todos los cristianos y para la comunidad eclesial en cuanto tal; y en segundo lugar quiere hacer ver que hay muchas formas posibles y necesarias de ejercer esta solidaridad, evitando el estrechamiento de quienes tiendan a restringir el compromiso temporal de los cristianos entendiéndolo únicamente como sinónimo de su participación en la vida política" (página 10).

Eduardo Braostowski, nacido en Francia, de padres polacos, "una realidad que marcó profundamente mi destino, porque heredé a la par los tesoros culturales de estos dos países y sobre todo porque me permitió acoger lo que poco después serían las bases de una afectiva solidaridad con todos los oprimidos", en su libro "Ante el grito de los marginados" (Un nuevo desafío japonés) (Verbo Divino, 1985), hablando de la realidad de Japón, dice:

"Los medios de comunicación se esfuerzan por mantener a los hombres en el mundo de la fantasía y de la ilusión haciéndoles olvidar la realidad cotidiana. Las grandes empresas se sirven de ellos para propagar sus productos, pero nunca jamás con absoluta seguridad para sacar a la luz las condiciones de trabajo, pesadas y peligrosas, de aquellos para quienes fueron elaboradas. Los seis canales privados de televisión introducen en sus programas propaganda comercial. Cada diez minutos provocan en los espectadores las ganas o la necesidad de usar el salario mensual para comprar una cámara fotográfica, un estéreo, una motocicleta, un auto-

móvil, etc. La mayor parte de las revistas semanales contienen fotos de mujeres desnudas y publican narraciones de las aventuras sexuales y las historias de la vida privada de los actores y actrices más famosos (sus historias de amor, sus matrimonios, sus divorcios, etc.).

Resumiendo, esta prensa amarilla conduce a sus lectores a la pasividad y a la frivolidad, presentando a la mujer como objeto de placer y como una mercancía más. Los seriales de la televisión exponen sobre todo la vida familiar de clase media o superior, lo que provoca en los telespectadores la envidia de situarse a ese nivel, ó la ilusión de creerse ya en él. Y lo peor de todo es creer que ése es el estilo de vida normal, el más corriente, el que debe ser. Numerosos son también los programas de cuentos, de varietés, de películas de guerra o policíacas. Todo esto contribuye a concentrar la atención del telespectador en los aspectos más superficiales de la vida. La propaganda publicitaria está llena de anuncios de viviendas valoradas entre 20 y 40 millones de yenes, lo cual no es más que un sueño irrealizable para la clase obrera. Los medios de comunicación nos han hablado de la crisis del petróleo, pero si miramos más hacia atrás, podemos darnos cuenta de que, según una estadística del Ministerio de Finanzas, la cantidad de petróleo superaba en un 5,4 por 100 a la del año anterior. Pero ¿quién se ha beneficiado del pánico creado artificialmente entre los consumidores gritando ¡la crisis será terrible!, mientras continúan adquiriendo grandes cantidades de petróleo a precio muy acomodado? Si se pregunta al minorista, nos dirá: quienes han hecho todo eso han sido los mayoristas. Si preguntamos a los que venden al por mayor, nos hablarán de la situación internacional del Oriente Medio. Finalmente, parece que la responsabilidad de esta situación debe recaer sobre las espaldas de Alá, que lo ha decidido así: criticando de una manera tan vaga los procedimientos de ese mundo de los negocios, los más débiles no lo ven tan claro viéndose como se ven obligados

a soportar las consecuencias de esos mismos procedimientos” (págs. 127-128).

¿Esta realidad es sólo aplicable a Japón? ¿Se manifiesta dentro de nuestra propia situación?

Sin pretender realizar ahora ningún amplio análisis del tema y la realidad de la pobreza, conviene recordar cómo la pobreza determina la clase, el status, la movilidad social, la integración o el conflicto con la sociedad. Pero, además, la pobreza es un termómetro social, y no sólo a nivel mundial, donde está claro que el problema de la pobreza absoluta sigue siendo uno de los problemas centrales dentro de la realidad de España, en nuestros días, donde la pobreza se da en los campos, se mantiene en no pocos casos en los suburbios de las ciudades, hace cola en los centros asistenciales y nos sale al paso cada día.

La variedad y complejidad de las diversas situaciones, es grande. Pero, en un grado o en otro, siempre podemos observar en los últimos de nuestra sociedad una pobreza que ofrece los mismos contrastes: marginación, desvalimiento, soledad, precariedad de existencia, condiciones inhumanas de vida, inseguridad.

Por otra parte, la crisis económica actual está provocando nuevas situaciones de desamparo, necesidad y marginación, extendiéndose paulatinamente el número de hombres y mujeres amenazados por el paro y la inseguridad.

“La pobreza no debe concebirse únicamente en términos de penuria material, sino que conviene plantearla, a efectos analíticos, como una posición social que incluye dicha posición económica, asociada a una gama variable de rasgos de subparticipación en los niveles económico, ideológico y político de la estructura social.

(...)

La pobreza, en tanto que fenómeno social real, no se constituye de manera automática por la existencia de la

penuria material objetiva, ni resulta tampoco de la calificación de los expertos, sino que se define (o se queda sin definir) por interacción social. La pobreza se percibe y se configura como hecho social, cuando unos sujetos carenciados materialmente manifiestan (de modo implícito o explícito) su estado de necesidad: “conciencia de pobreza”, y/o la sociedad nuclear o un sector importante de la misma corrobora, de palabra o por hechos, dicho estado: reconocimiento social de la pobreza” (Demetrio Casado. “La pobreza en la estructura social de España”. Madrid 1976, pág. 162).

En el número 59 de TDV se afirma: “La evangelización y la vida cristiana llevan consigo una especial preferencia por los pobres de este mundo. No basta con atender a los pobres de la comunidad cristiana. Los pobres de la sociedad, personalmente considerados, así como las zonas, los grupos étnicos o culturales, los enfermos, los sectores de la población más pobres y marginados tienen que ser preocupación constante de la Iglesia y de los cristianos. Es preciso aumentar los esfuerzos para estar con ellos y compartir sus condiciones de vida, sentirnos llamados por Dios desde las necesidades de nuestros hermanos, hacer que la sociedad entera cambie para hacerse más justa y más acogedora en favor de los más pobres”.

“A pesar del reconocimiento de la acción generosa de tantos cristianos a nadie debe extrañar si decimos que el momento actual de nuestra Iglesia requiere intensificar y coordinar mejor las formas organizadas de ejercer la caridad en favor de los pobres y de los necesitados. Lo requiere la misma naturaleza de la evangelización, pues el anuncio del Evangelio incluye alguna señal de que Dios efectivamente se acerca a los hombres para su liberación integral. Lo requiere también el sufrimiento de tantos hermanos nuestros, pues la sociedad moderna segrega marginación y sufrimiento que luego con frecuencia ignora y olvida. Lo requieren los ‘nuevos pobres’ de la sociedad moderna: ancianos solitarios, enfermos termi-

nales, niños sin familia, madres abandonadas, delincuentes, drogadictos, alcohólicos y tantos otros. Lo necesitan especialmente las familias sin trabajo, desgraciadamente numerosas en nuestra patria.

Este esfuerzo por la fraternidad y solidaridad con los pobres y necesitados, hecho en el nombre y con el Espíritu de Dios, será nuestra mejor respuesta a quienes piensan y enseñan que Dios es una palabra vacía o una esperanza ilusoria" (número 60).

Es interesante comprobar cómo continúa el documento TDV: "Además de esta ayuda directa a los pobres y necesitados se ofrece el gran campo de la animación y transformación de la sociedad" (n. 61).

"Esta animación directa de la sociedad, de sus instituciones y estructuras, es la misión específica, aunque no exclusiva de los seculares, como miembros de la Iglesia, que viven y actúan en el campo de las instituciones y actividades propias de este mundo" (cfr. *Gaudium et Spes* n. 43).

"Las asociaciones cívicas y profesionales, los compromisos sindicales o la participación en partidos políticos y en las tareas del Gobierno son otros tantos cauces para el compromiso y la acción de los cristianos en favor de una convivencia y de una vida social cada vez más justa y fraterna, más digna de los hombres, más parecida a la sociedad de los santos y más conforme con los designios de Dios" (n. 62).

En una interesante comunicación presentada por Ricardo Cabré, Delegado Diocesano de Pastoral Social de Tarragona, en el Congreso de Evangelización, sobre "La Iglesia de los pobres", se afirmaba lo siguiente:

"La primera pregunta que debe plantearse un Congreso de Evangelización es, sin duda, ésta: ¿Son los pobres evangelizados? De la respuesta que demos a esta pregunta, dependerá la autenticidad de nuestra Iglesia.

(...)

No sería justo nuestro Congreso si no empezara por un reconocimiento público de nuestra infidelidad a la causa de los pobres. Ha habido, sin duda, mucha incoherencia entre nuestra manera de hablar y nuestra manera de actuar en todos los niveles, empezando por las altas jerarquías y terminando en el más humilde de los cristianos”.

Y a continuación se pregunta: “¿Cómo entendemos la Iglesia de los pobres?” Y ofrece algunas características:

“1) Entendemos por Iglesia de los pobres, una Iglesia en que no se establezca diferencia alguna entre los fieles por razones de poder económico, político o social, y en la que si alguna diferencia hubiera... fuera siempre a favor de los más pobres y desheredados de la sociedad.

2) Una Iglesia de hermanos en la que todos estemos al servicio de todos.

3) Entendemos por Iglesia de los pobres, una Iglesia que viva en comunión con ellos.

4) Una Iglesia en la que lo social prive por encima de lo individual, y lo comunitario por encima de lo institucional.

5) Difícilmente nuestra Iglesia será la Iglesia de los pobres si no es pobre ella misma.

6) Nuestra Iglesia sólo será la Iglesia de los pobres cuando sea pobre culturalmente.

7) Nuestra Iglesia sólo será la Iglesia de los pobres cuando sea pobre políticamente.

8) Nuestra Iglesia sólo será la Iglesia de los pobres cuando se convierta en signo de esperanza para los desheredados de la tierra, y esto debe darse básicamente de dos maneras, anticipadamente, el mundo futuro, un mundo de libertad, justicia y fraternidad, y experimentando, como ninguna otra institución, el dolor y la angustia de los que luchan no sólo con palabras sino con la propia vida.

9) Nuestra Iglesia sólo será la Iglesia de los pobres cuando sea capaz de dar un testimonio de libertad.

10) Nuestra Iglesia sólo será la Iglesia de los pobres cuando esté decididamente a favor de la paz”.

(“Evangelización y hombre de hoy”. Madrid 1986).

3

EL QUEHACER Y EL COMPROMISO

Hace ya algunos años, el entonces famoso, al menos por sus escritos, Louis Evely, decía: “¿Qué significa eso de amar a los hermanos?”. ¡Tengamos mucho cuidado, no nos vayamos a equivocar!

Amar no es solamente ayudar, hacer un servicio, dar algo, no es amor. Amar es amor. Dios no ha dicho: Ayudaos los unos a los otros, soportaos los unos a los otros, haceos un favor unos a otros. El ha dicho: “Amaos los unos a los otros”. Es menester hacer todo lo posible para llegar a amar. ¿Qué es lo que significa amar? Amar a un ser es esperar en él siempre. Amar a un ser es no juzgarlo jamás; juzgar a un ser es identificarlo con lo que conocemos de él. “Ahora ya te conozco. Ahora te puedo juzgar. Ahora ya sé lo que vales...”. Eso es matar a un ser. Amar a un ser es esperar siempre de él algo nuevo, algo cada vez mejor que lo anterior.

“En modo alguno podemos desear los males, con el pretexto de hacer obras de misericordia. Tú das el pan al que tiene hambre, pero mejor será que ninguno tuviese hambre y que no tuvieses que darlo a nadie. Tú vistes al desnudo, pero ojalá que todos estuviesen vestidos y no existiese tal necesidad..., todos estos servicios, en efecto, responden a necesidades. Suprime a los desafortunados: esto será una obra de misericordia. ¿Se extinguirá entonces el juego del amor? Más auténtico es el amor con el que amas a un hombre feliz, a quien no puedes hacer ningún favor; este amor es

mucho más puro y sincero. Pues si haces un favor a un desgraciado, quizás desees elevarte a sus ojos y quieras que él esté por debajo de ti, él, que ha sido para ti la ocasión de hacer el bien... Desea que sea tu igual; juntos estáis sometidos a Aquel a quien nadie puede hacer ningún favor". Esto escribe San Agustín en su comentario a la primera carta de San Juan.

Los cristianos se han distinguido siempre por sus obras de caridad. Pero ¿se han distinguido por amarse unos a otros como Cristo los ha amado? ¿Es el amor entre nosotros, los que nos llamamos católicos y cristianos, un amor entrañable, afectuoso, inconmensurable, fraterno, un amor entre amigos verdaderos?

La estructura de la Iglesia ha oscurecido, sin duda, en buena parte, aquel brillo que el amor fraterno tuvo en las primeras comunidades cristianas. Ha oscurecido, por lo tanto, el testimonio y la señal de los discípulos de Jesús.

Con todo, el enfriamiento del amor, el enfriamiento del amor entre los cristianos, no se debe únicamente a defectos estructurales de la institución eclesiástica.

La esperanza renace siempre que surgen comunidades unidas en su destino testimonial y donde hay un descubrimiento del valor cristiano de la amistad.

En la hora de su despedida, Jesús no habla del amor al prójimo como a uno mismo, ni del amor al enemigo, sino del amor fraterno, del amor mutuo entre los amigos. Por eso, se trata de un mandamiento nuevo.

El estilo de ese amor y su medida es el amor que Jesús tiene a sus amigos ("... como yo os he amado"). Jesús les ha amado con un amor entrañable que elimina las distancias y revela los secretos: "No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído del Padre os lo he dado a conocer". Jesús les ha amado con un amor dispuesto y servicial; les ha lavado los pies y, en su caso, no fue una simple ceremonia. Jesús les ha amado con un amor afectuoso: acaba de

compartir con ellos el mismo pan y ha dejado a Juan reposar la cabeza sobre su pecho. Jesús les ha amado con un amor que no se avergüenza de las lágrimas y que no teme a la muerte. Jesús les ha amado y ama hasta el colmo.

TDV nos dice: “La Evangelización requiere un esfuerzo positivo para presentar los misterios de Dios y de nuestra salvación de manera que resulten comprensibles y despierten el interés de sus destinatarios” (n. 25).

“Los cristianos del llamado ‘primer mundo’ vivimos y anunciamos la fe en Dios y la esperanza de su salvación en un ambiente de increencia y desconfianza. Esta situación, dura y exigente, ha de tener sin duda su significación dentro de los planes de Dios. Hemos de abordar esta situación y descubrir lo que quiere Dios de nosotros en ella; ser capaces de anunciar la presencia y la gracia de Dios a un mundo que cree poder prescindir de El o que no se ve con fuerzas para tomar en serio sus promesas” (n. 26).

La fidelidad al hombre de hoy exige que se presuma menos de transmitir doctrinas y se acepte más al comunicar una fe y un amor.

No es lícito refugiarse en doctos sofismas, porque la credibilidad al Evangelio pasa hoy, igual que hace dos mil años, por la lógica de la participación, del llorar con quien llora y reír con quien ríe.

documentación

TESTIGOS DEL DIOS VIVO

**Reflexión sobre la misión e identidad
de la Iglesia
en nuestra sociedad**

**Documento aprobado por la XLII Asamblea
Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.**

INTRODUCCION

RESPONDER ECLESIALMENTE A LAS EXIGENCIAS DE LA HORA ACTUAL

1. La hora presente exige de los católicos un especial esfuerzo de discernimiento y generosidad. La gravedad de los problemas que pesan sobre la humanidad y el inmenso sufrimiento de tantos hermanos nuestros, son una llamada de Dios que nos apremia a cumplir con más lucidez y eficacia la misión recibida de Nuestro Señor Jesucristo en favor del mundo y de todos los hombres.

Especial esfuerzo de discernimiento ante la gravedad de los problemas actuales.

El pueblo de Dios vive en España esta situación con especial intensidad. Los Obispos españoles no queremos defraudar a nuestros hermanos en la fe ni podríamos tener maniatado el Espíritu del Señor. Cada uno en su diócesis y todos juntos, ejerciendo solidariamente nuestra misión común, nos esforzamos, con la ayuda de Dios, en ser fieles al ministerio recibido "para que los que creen en Dios traten de sobresalir en la práctica de las buenas obras" (1 Tito 3, 8).

De modo especial en España.

2. En junio de 1983 presentamos a la comunidad católica nuestro programa de acción pastoral para estos años. Señalábamos allí como objetivo central de nuestro ministerio el servicio a la fe de nuestro pueblo, tanto de los creyentes como de aquellos que viven, total o parcialmente, al margen de la fe en el Dios viviente sin una clara esperanza de la salvación que El nos ha prometido.

En conexión con el programa de acción pastoral de 1983, del Episcopado español.

DOS PUNTOS IMPORTANTES E INTERDEPENDIENTES

3. Hay dos temas íntimamente relacionados entre sí, y de primera importancia, que en las circunstancias actuales queremos presentar ante vosotros con el fin de que les dediquéis una especial atención: uno es la *misión evangelizadora* de la Iglesia y el segundo es la *identidad de la Comunidad eclesial*, dentro del conjunto de la sociedad española actual.

Misión evangelizadora de la Iglesia e identidad de la comunidad eclesial.

4. Es evidente que la Iglesia de Dios no existe para sí, ni puede vivir encerrada en sí misma, acaparada por sus problemas internos o satisfecha en la contemplación de sus propias prerrogativas. Como San Pablo en su tiempo, los católicos españoles estamos llamados "a anunciar a los gentiles la

La Iglesia no existe para sí, sino para evangelizar a todos.

inescrutable riqueza de Cristo... para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada... mediante la Iglesia, conforme al previo designio eterno que realizó en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Efesios 3, 8-11).

5. Al mirar las circunstancias reales de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad, al examinarnos a nosotros mismos en relación con la trama real de nuestra vida, surgen muchas preguntas sobre las cuales hemos reflexionado y consultado largamente: ¿cómo hablar de Dios y de su Reino en el mundo actual? ¿Cómo suscitar en nuestros hermanos cristianos un mayor dinamismo evangelizador y misionero? ¿Cómo intensificar nuestro servicio al mundo en que vivimos?

Adaptación indispensable a la realidad del mundo actual.

6. Tenemos sobre nosotros la gran tarea de continuar y difundir la vida de la fe y la esperanza de la salvación, en una etapa nueva de nuestra historia. La gravedad de semejante responsabilidad ha de ser estímulo para grandes empresas a fin de que Dios sea conocido y amado por todos, para que todos acepten y gocen de los bienes de su salvación en una vida renovada por el Espíritu. Todos somos necesarios para este esfuerzo común. Todos debemos revisarnos y asumir nuestras propias responsabilidades con humilde espíritu de conversión.

Todos somos necesarios para la gran tarea de difundir la vida de la fe y la esperanza de la salvación.

En cumplimiento de nuestro ministerio eclesial y en nombre de Jesucristo, queremos ofrecer el resultado de nuestras reflexiones y deseos. Ojalá que todo ello sirva para que “con unión de energías y en formas cada vez más adecuadas para lograr hoy con eficacia este importante propósito, procuremos que, ajustándonos cada vez más al Evangelio, cooperemos fraternalmente para servir a la familia humana, que está llamada en Cristo Jesús a ser la familia de los hijos de Dios” (Cfr. Gaudium et Spes, 92).

Hay que sumar las energías de todos los creyentes.

DESARROLLO DE NUESTRA REFLEXION

7. a) Viviendo como vivimos los católicos españoles en una sociedad oficialmente no confesional, sometida al influjo cultural de ideas y de criterios contrarios o simplemente diversos de nuestra fe, es absolutamente necesario que los creyentes, y la Iglesia entera, encuentren su razón de ser y su fuerza interior en la posesión y el anuncio de los misterios centrales, de la fe, fuente de renovación y de vida, de paz y de alegría. De ellos nos ocuparemos en la *primera parte* de este escrito.

Tres partes en el presente documento.

b) En la *segunda* comentaremos algunos aspectos del ser de la Iglesia y de la vida cristiana que nos parecen especialmente dignos de ser tenidos en cuenta en las presentes circunstancias.

c) Posteriormente en su *tercera* y última parte, expondremos algunas observaciones acerca del servicio a la sociedad, que es también parte esencial de la misión de la Iglesia y de su acción evangelizadora, que nos parecen especialmente oportunas en estos momentos.

I. MISION PRIMORDIAL DE LA IGLESIA Y DE LOS CATOLICOS EN EL MUNDO

UNA PERSPECTIVA CORRECTA Y UNA PREGUNTA RADICAL

8. Hay muchas maneras de acercarse a la realidad de la Iglesia. Se puede hablar de ella desde un punto de vista estrictamente histórico o sociológico, utilizando los métodos de las ciencias positivas. Pero la Iglesia incluso en su realidad humana e institucional tiene un origen divino y solamente puede ser percibida en su ser verdadero

Aproximación a la Iglesia desde una perspectiva de fe cristiana.

desde una perspectiva de fe auténticamente cristiana (Cfr. Lumen Gentium, 8).

9. Así es como nosotros os vamos a hablar de ella fijándonos únicamente en algunos de sus rasgos fundamentales. El ser de la Iglesia está en función de su origen y de su finalidad. ¿Para qué existe la Iglesia en el mundo? ¿Cuál es su objetivo propio y específico? Esta es una pregunta radical cuya respuesta concierne seriamente a cuantos formamos parte de ella. Interesa también a quienes la observan desde fuera.

¿Para qué existe la Iglesia en el mundo?

Por otra parte, en un momento como el actual, en el que las instituciones existentes en nuestra sociedad necesitan clarificarse y perfilar mejor su propia naturaleza, es muy necesario que los católicos nos preguntemos cuál es la razón de ser de la Iglesia y cuál su misión específica dentro de la sociedad en que vivimos.

CONTINUADORES DE LA MISION DE JESUCRISTO

10. Esta pregunta solamente tiene una respuesta: la Iglesia es continuadora de la misión de Jesucristo (Cfr. Mateo 28, 18; Lumen Gentium, 5). De forma que para responderla es preciso ir más allá de la propia Iglesia preguntán-

La Iglesia es continuadora de la misión de Jesucristo: ¿qué hizo y qué sigue haciendo Jesús en el mundo?

donos por la misión de Jesús: ¿qué hizo, qué quiso hacer, qué sigue haciendo Jesucristo en el mundo?

11. En estos momentos se ofrecen diversas respuestas a estas preguntas. Esta variedad de respuestas da a entender la riqueza de la misión de Cristo: como principio de una nueva humanidad, Jesucristo ha venido a hacerlo todo nuevo. Pero nuestra pregunta tiene que ir a buscar cuál es el punto original, lo más específico y radical de la misión y de la obra de Jesucristo en el mundo. Porque es posible que la multiplicidad de aspectos derivados del núcleo central, o la especial urgencia de algunos de ellos nos hagan perder de vista lo más original e importante.

El Papa Pablo VI, en un admirable documento de plena actualidad, resumía así la misión de Jesús: "Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios, tal es la misión para la que Jesucristo se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su misterio —la propia Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de los discípulos, el envío de los Doce, la cruz y

Buscar lo más específico y radical de la misión y de la obra de Jesús.

Es decir, su actividad evangelizadora: proclamar el gozoso anuncio de la salvación de Dios.

la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos— forman parte de su actividad evangelizadora” (Evangelii Nuntiandi, 6).

Jesús vino al mundo para evangelizar, esto es, para anunciar un mensaje nuevo y desconcertante: “El Reino de Dios está cerca” (Marcos 1, 15): Dios entra en la vida de los hombres como una realidad viva y misteriosa que les concierne definitivamente y les trae la verdadera salvación.

“El Reino de Dios está cerca”.

ANUNCIAR EN EL MUNDO EL REINO DE DIOS

12. No resulta fácil desentrañar sin empobrecerla la expresión “Reino de Dios”. Jesús con esta expresión nos quiere decir que en su persona Dios está llevando a cabo su Alianza definitiva con el hombre y aun con la creación entera. El fundamento y el contenido de esta Alianza es el amor de Dios que se nos comunica como gracia en Cristo, garantía y fuente de nuestra propia plenitud.

Alcance de la expresión “Reino de Dios”.

El Reino de Dios es, por consiguiente, el mismo Jesucristo, puesto que El es, en su propia humanidad, la presencia, la reconciliación y el amor de Dios ofrecido a todos los hombres, y es en

El Reino de Dios es Jesucristo mismo: El es la presencia, la reconciliación y el amor de Dios a los hombres.

El donde la humanidad, herida por el pecado, recibe del Padre la victoria y la glorificación definitiva de la resurrección. Jesucristo resucitado es el núcleo del Reino de Dios, de la Nueva Humanidad y de la Nueva Creación que ha de ir reuniéndose y configurándose en torno a su cuerpo y a su humanidad glorificada (Cfr. Romanos 8).

13. Este es el anuncio que Jesús encomienda a sus Apóstoles y ésta es desde entonces y para siempre la misión de la Iglesia en el mundo. Por esta esperanza vivimos los cristianos abiertos al Reino de Dios, cuyas primicias poseemos ya en este mundo, anticipando así sobre la tierra la nueva humanidad que esperamos y hacia la cual Dios nos conduce con la fuerza de su Espíritu.

Cualquier actividad eclesial que no tenga suficientemente en cuenta este contenido central y radical del Evangelio de Jesucristo, desfigura el mensaje cristiano y la finalidad de la Iglesia. La catequesis, la formación doctrinal y moral de los cristianos, la liturgia y la oración, el necesario compromiso temporal exigido por la fe, deben buscar su fundamento y fin en este anuncio que es el centro de la fe y de la vida cristiana.

Jesús encomienda el anuncio del Reino de Dios a sus Apóstoles: ésa es también la misión de la Iglesia.

Toda actividad de la Iglesia: catequesis, formación doctrinal y moral, liturgia y oración, compromiso temporal, tiene su fundamento y su fin en este anuncio.

EL CONTENIDO FUNDAMENTAL DEL
MENSAJE DE JESUS Y DE LA IGLESIA

14. Este mensaje central de Cristo y de la Iglesia proclama ante el mundo la soberanía absoluta del Dios vivo. El está en el principio y en el fin de las cosas. El tiene la iniciativa de la creación y de la salvación; en El está el juicio inapelable de nuestra vida y nuestras obras; no hay sobre la tierra ningún otro poder al que debamos someter nuestra vida ni del que podamos esperar la salvación.
- Soberanía absoluta del Dios vivo:*
 . Principio y fin de todas las cosas.
 . Iniciativa de creación y salvación.
 . Juicio inapelable de nuestra vida.
 . Unico poder a quien someter la vida y de quien esperar la salvación.
15. Este Dios viviente y soberano se ha entregado y se hace accesible a los hombres como amor y como gracia en su Hijo Jesucristo. Por El, Dios nos reconcilia consigo perdonándonos los pecados, nos hace triunfar sobre la muerte, nos libera de los poderes y de los límites de este mundo haciéndonos hijos suyos mediante la comunicación de su vida inmortal y de su Espíritu (Cfr. 2 Corintios 5).
- Dios se entrega a los hombres en su Hijo, Jesucristo.*
16. Quien cree este anuncio y sale de sí desde el fondo de su corazón al encuentro de Dios alcanza el perdón de sus pecados, triunfa de la muerte y se pone en camino de salvación: "El que escucha mi Palabra y cree en el que
- El que cree y se convierte se pone en camino de salvación.*

me ha enviado tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida" (Juan 5, 24).

17. La Iglesia entera, al acoger este mensaje, vive en el mundo como comunidad de creyentes convocada por Cristo, animada por la esperanza de encontrarse con El y participar de su victoria sobre la muerte. La Iglesia nace como continuidad histórica de Jesús y camina hacia el encuentro con el Señor glorificado.

La Iglesia, continuidad histórica de Jesús, camina hacia El glorificado.

18. No es nuestro objeto describir aquí la complejidad y riqueza de la salvación tal como es creída y esperada por nosotros. Sin embargo, en estos momentos nos parece necesario recordar algunos rasgos esenciales que en la actualidad se olvidan con frecuencia y deben ser especialmente tenidos en cuenta por cuantos se dedican en la Iglesia a la formación de la fe de las nuevas generaciones: sacerdotes, religiosos, educadores, catequistas.

Algunos rasgos esenciales (para el momento actual) dentro de la complejidad y riqueza de la salvación.

a) La salvación viene de Dios que nos ha destinado desde siempre para que compartamos su vida eterna.

Estos elementos nunca deben quedar en la penumbra al presentar la salvación.

b) La salvación es antes que nada don de Dios que debe ser recibido con reconocimiento y alegría.

c) Dios nos ofrece ya esta salvación en el mismo Jesús en su manifestación gloriosa que aún aguardamos.

d) Dios quiere que nuestra vida de cada día, personal y social, sea ya sobre la tierra anticipo, testimonio y crecimiento de la salvación definitiva.

Ninguno de estos elementos puede ser negado o quedar en la penumbra a la hora de presentar fielmente la salvación cristiana.

19. No basta, pues, predicar un seguimiento de Jesús, fijándose sólo en su vida terrena, considerándolo solamente como mero profeta y pretendiendo hacer de El casi únicamente un reformador de la historia. Jesús muere sin duda a manos de los poderes injustos de este mundo. Pero esta muerte, interpretada desde la fe cristiana, es en último término la culminación de la entrega irrevocable que Dios hace de su Hijo al mundo para su salvación. La muerte y la resurrección de Jesús son los acontecimientos definitivos de la salvación. En ellos Dios juzga y condena lo que el mundo es y puede llegar a ser cerrándose sobre sí mismo. En ellos, también, se nos abre por obra del Espíritu de Dios la gran esperanza de una vida nueva, con Dios y con los

No basta fijarse sólo en la vida terrena de Jesús, a modo de reformador de la historia únicamente.

Su muerte y resurrección son los acontecimientos definitivos de la salvación.

santos, que va más allá de la muerte y nos permite vivir ya una vida nueva en este mundo.

La fe viva en Dios nos asocia a la muerte y a la resurrección de Jesucristo, nos da la posibilidad de entrar por adelantado en los acontecimientos últimos de nuestra salvación y nos otorga ya en este mundo la condición de verdaderos hijos de la resurrección y ciudadanos del Reino de los cielos.

Esta es la fe que profesa y celebra la Iglesia, en esta fe somos incorporados por el bautismo a la salvación que está en Cristo, ésta es la fe que nos libera del poder de la muerte y del cautiverio de este mundo, la fe que nos perdona los pecados y nos hace amigos e hijos de Dios, la fuente de nuestra soberanía respecto de las cosas de este mundo y el origen de la verdadera fraternidad. Solamente conservándonos en esta fe bautismal somos cristianos verdaderos.

20. A partir de esta fe y de esta inicial transformación, el cristiano puede y debe reconocer en la vida terrestre de Jesús el modelo inagotable y estímulo permanente de su modo de existencia entre los hombres. Así nace un nuevo estilo de vida desde dentro del corazón, por obra del Espíritu, como

La fe nos asocia a la muerte y resurrección de Jesucristo.

La fe en Dios:

- nos libera de la muerte y del cautiverio del mundo.
- nos perdona los pecados.
- nos hace hijos de Dios.
- es fuente de soberanía sobre las cosas.
- es origen de la fraternidad verdadera.

A partir de esta fe, la vida terrena de Jesús es modelo y estímulo para el nuevo estilo de vida del cristiano.

expresión y desarrollo de una libertad iluminada y redimida sin caer en el moralismo o en la esclavitud de una nueva ley. Aquí radica la novedad y la fuerza del Cristianismo (Cfr. Juan 14, 12-21).

Por esta razón los cristianos podemos y debemos trabajar con los demás hombres para la permanente transformación del mundo. Nuestra aportación específica no nace de ninguna ideología de este mundo, ni puede tampoco limitarse a los objetivos o a la disciplina de ninguna institución política. Nosotros ofrecemos el testimonio de la fuerza del Dios vivo que nos salva y que nos hace capaces de vivir ya desde ahora el ideal de vida reconciliada y fraterna que esperamos.

Por eso debe trabajar con los demás hombres para la permanente transformación del mundo.

LA DIFICULTAD DE ESTE MENSAJE DE SALVACION EN EL MUNDO DE HOY

21. No es fácil hablar hoy de Dios. En nuestro mundo hay fuertes fermentos de ateísmo y de indiferencia religiosa. Paradójicamente, el hombre moderno se siente tentado de ateísmo y agnosticismo, tanto por la excesiva admiración de sí mismo como por el sentimiento de frustración y el escepticismo que le produce la experiencia de sus propios fracasos.

Fermentos de ateísmo y de indiferencia religiosa.

El crecimiento de la ciencia, las admirables adquisiciones técnicas, la ingenua esperanza de poder llegar a dominar totalmente los recursos de la naturaleza y regir por sí solo los caminos de la historia y del universo, llevan al hombre actual a rechazar la presencia y la intervención de cualquier otro agente que no sea él mismo y no pueda ser sometido a sus cálculos y proyectos. Le parece una injerencia intolerable y una inaceptable abdicación de sus propias prerrogativas.

- *Por una excesiva admiración del hombre hacia sí mismo: el avance de la ciencia y la técnica.*

Por otra parte la pertinacia y el crecimiento del mal y del dolor en el mundo, las amenazas de destrucción que nacen sin poderlo remediar del mal uso de sus propias obras, le conducen a una visión pesimista de la vida que le hace desconfiar de cualquier promesa o esperanza de salvación.

- *Y por un sentimiento de frustración ante el crecimiento del mal y del dolor.*

Hay que tener además en cuenta la difusión de un fenómeno relativamente nuevo entre nosotros. La implantación de un modelo de vida dominado por el consumo y disfrute del mayor número posible de cosas, induce a amplios sectores de nuestra sociedad, bautizados en su mayor parte, a prescindir prácticamente de Dios y de la salvación eterna en su vida pública y privada; más aún, hay

- *O por el dominio creciente del consumo y el disfrute de las cosas.*

síntomas de que estamos llegando a unas formas de vida en las que el hombre pierde la capacidad de preguntarse por el origen y el último sentido de su vida.

De la conjunción de estos factores nace un espíritu desconfiado, pragmático, amigo de disfrutar del mundo y de la vida, sin poner la confianza en revelaciones ni promesas que no estén al alcance de la mano ni se puedan disfrutar aquí y ahora de manera inmediata. Este espíritu, ampliamente difundido entre nosotros, es más propenso a la incredulidad que a la fe, al pragmatismo que a la esperanza, al egoísmo que al amor y a la generosidad.

*Consecuencia:
un espíritu desconfiado, pragmático y hedonista.*

22. El anuncio del mensaje cristiano, para que resulte comprensible y aceptable, debe tener en cuenta, sin duda, las condiciones del hombre a quien se dirige. Pero la relación entre el Evangelio que se anuncia y las expectativas del hombre histórico no se pueden entender de manera excesivamente simplista.

Necesidad de adaptar el anuncio del mensaje a las condiciones del hombre de hoy sin reducciones simplistas.

La voluntad de facilitar la comprensión del mensaje cristiano a un mundo que parece estimar únicamente las realidades terrestres, puede llevarnos a cargar los acentos en las consecuencias

Riesgo de cargar los acentos en la dimensión temporal de la fe olvidando la dimensión definitiva de la salvación.

temporales de la fe y de la salvación dejando entre paréntesis el centro y las características primordiales de esta salvación. De esta manera, y casi sin quererlo, el objetivo fundamental de la esperanza cristiana, tanto personal como colectiva, se va trasladando preferentemente a objetivos históricos. Dios deja de aparecer como el primer sujeto activo que interviene libre y soberanamente para la liberación definitiva de los hombres y va quedando relegado a un horizonte lejano, como algo impersonal, privado de iniciativa y puesto al servicio de nuestras propias preocupaciones históricas.

- *La esperanza, reducida a objetivos históricos.*

Paralelamente, la escatología cristiana queda oscurecida y casi sustituida por una visión optimista y mítica de la historia, la fe es interpretada desde las ideologías y empobrecida por ellas, el esfuerzo y las luchas de los hombres sustituyen a la iniciativa de Dios y al poder de su Espíritu. De esta manera se va operando una secularización interna del cristianismo que le hace incapaz de aportar nada nuevo ni importante a las luchas, a las incertidumbres y a la desesperanza de los hombres.

- *La escatología, sustituida por una visión optimista de la historia.*

- *La fe, interpretada desde las ideologías.*

- *Consecuencia: una progresiva secularización interna del cristianismo.*

RUPTURA Y CONTINUIDAD: ESPERAR LO QUE VIVIMOS
Y VIVIR LO QUE ESPERAMOS

23. El Evangelio no puede dejar de juzgar al mundo en cualquier situación histórica, aun a riesgo de provocar rechazos. La muerte de Jesús entraña un juicio de Dios sobre las realidades de este mundo que tiende a cerrarse sobre sí mismo y pretende lograr su salvación desde sus propios recursos. Por eso el mundo, tal como es, no puede aceptar el juicio de Dios sin poner en crisis su propia autosuficiencia y recibir con agradecimiento la vida nueva que Dios le ofrece para que pueda llegar a ser él mismo (Cfr. Juan 3, 17-21).

El Evangelio juzga al mundo en toda situación histórica.

El mundo ha de poner en crisis su autosuficiencia.

La esperanza cristiana no favorece, sin embargo, un falso espiritualismo ni nos lleva a desentendernos de los problemas reales de la vida temporal o a menospreciar las cosas de la tierra. La verdad es que el cristiano, liberado para Dios y para su prójimo, está en condiciones de ser dueño y no esclavo de las cosas de este mundo, adquiriendo así una libertad nueva para el amor y la fraternidad. Por otra parte, quien espera de verdad la vida eterna valora las cosas de este mundo a la luz de la vida que espera y trata de ir las conformando constantemente a la

La esperanza cristiana no lleva a falsos espiritualismos, desentendiéndose de los problemas reales de la vida temporal.

vida reconciliada y fraterna que espera más allá de cualquier logro histórico (Cfr. *Gaudium et Spes*, 39).

24. La Iglesia de Jesús, portadora de esta esperanza, es por sí misma anticipación de la vida nueva que esperamos, signo y sacramento de la salvación universal, y por eso mismo es también fermento de transformación de la sociedad en esta marcha universal hacia la consumación y la plenitud.

Esta iniciación del Reino de Dios sobre la tierra no se hace sólo desde la Iglesia visible, ni es únicamente obra de los cristianos, pues como enseña el Vaticano II, el Espíritu Santo actúa en los corazones de los hombres y mujeres de buena voluntad haciendo de ellos, aun sin saberlo, verdaderos preparadores del Reino de Dios (Cfr. *Lumen Gentium*, 16).

Por esto mismo las relaciones de la Iglesia con la sociedad, y de los católicos con los no creyentes, han de ser relaciones de diálogo y de mutuo enriquecimiento, encaminadas a que todos conozcan mejor y realicen más plenamente los planes de Dios, por encima de los errores, conflictos y malentendidos que se puedan dar a causa de las limitaciones de nuestra condición humana.

La Iglesia, por ser anticipación de la vida nueva, es también fermento de transformación de la sociedad.

La iniciación del Reino de Dios sobre la tierra es también obra de todos los hombres de buena voluntad.

Por eso las relaciones de la Iglesia con la sociedad han de ser de diálogo y enriquecimiento mutuo.

ACOMODAR EL LENGUAJE SIN TRAICIONAR LOS CONTENIDOS`

25. La Evangelización requiere un esfuerzo positivo para presentar los misterios de Dios y de nuestra salvación de manera que resulten comprensibles y despierten el interés de sus destinatarios.

Necesidad de un lenguaje comprensible sin alterar el mensaje.

Es preciso, sin embargo, cuidar de no alterar ni omitir los contenidos fundamentales de la revelación y de la fe tal como son interpretados y vividos auténticamente por la Iglesia. La correlación que en el diálogo evangelizador y pastoral se establece entre el mensaje que se quiere anunciar y los factores sociales y culturales, no puede hacerse de tal manera que la soberanía de Dios y sus promesas queden sometidas a la primacía de las expectativas o preferencias de una cultura determinada. Lo contrario daría la prioridad a la cultura sobre la fe quedando ésta convertida en un subproducto de la cultura dominante.

26. Los cristianos del llamado "primer mundo" vivimos y anunciamos la fe en Dios y la esperanza de su salvación en un ambiente de increencia y desconfianza. Esta situación, dura y exigente, ha de tener sin duda su significación dentro de los planes de Dios.

Los cristianos del llamado "primer mundo" han de ser capaces de anunciar a Dios en un mundo que cree poder prescindir de El.

Hemos de abordar esta situación y descubrir lo que quiere Dios de nosotros en ella: ser capaces de anunciar la presencia y la gracia de Dios a un mundo que cree poder prescindir de El o que no se ve con fuerzas para tomar en serio sus promesas.

La primera consecuencia que nace de esta responsabilidad es la necesidad de ahondar y purificar nuestra propia fe y esperanza en la salvación de Dios, haciéndolas a la vez más teológicas, más profundamente religiosas y más comprometidas en la transformación de nuestra vida y de nuestra manera de estar en las relaciones y en las instituciones de este mundo. Tanto el espiritualismo desencarnado como las actitudes secularizantes rehuyen de hecho esta llamada a una mayor autenticidad purificada y purificadora de la vida cristiana.

Y lo segundo es saber ofrecer a los demás de manera clara y sencilla, por todos los medios posibles, los acontecimientos fundamentales de nuestra salvación, sin ocultar nada, dejando a Dios y a Jesucristo manifestarse como han querido hacerlo, dejándoles ser quienes son, sin domesticar su Palabra, ni someterla al filtro de las expectativas de una determinada coyuntura histórica.

Consecuencias:

1.^a Ahondar la propia fe y esperanza.

2.^a Ofrecer la salvación de Dios sin recortes.

Estas son las necesidades y exigencias primarias de la evangelización en la sociedad actual. Los cambios y las reformas estructurales, siempre necesarias en la Iglesia, que es a la vez obra de Dios y realidad histórica, han de estar encaminadas a facilitar y potenciar en cada momento estas exigencias fundamentales. Aquello que las enturbia o debilita, más que renovación, produce en la Iglesia infidelidad y debilitamiento.

3.^a Facilitar estas exigencias fundamentales con los cambios y reformas estructurales que sean precisos en la Iglesia.

II. EXIGENCIAS INTERNAS DE LA MISION EVANGELIZADORA

PREGUNTARNOS SOBRE NOSOTROS MISMOS

27. La pregunta radical con la que hemos iniciado esta reflexión nos lleva inevitablemente a preguntarnos acerca de las exigencias que esta misión evangelizadora tiene sobre los que formamos parte de la Iglesia y sobre la Iglesia en general.

Exigencias de la misión evangelizadora para la Iglesia y para cada cristiano: cómo ha de ser hoy la Iglesia para poder desempeñar su misión.

La Iglesia tiene como misión primordial el anuncio del nombre de Dios y de su Reino en este mundo nuestro. Pero ¿cómo ha de ser esta Iglesia y

cómo hemos de estar en ella para que pueda desempeñar hoy la misión que Cristo le ha encomendado?

La respuesta a esta pregunta nos obliga a recordar algunos aspectos del ser de la Iglesia que han de ser especialmente tenidos en cuenta hoy por todos los que estamos en ella y queremos participar en su vida y su misión.

Aspectos a tener especialmente en cuenta:

LA FE PERSONALIZADA

28. La Iglesia es depositaria y transmisora de la fe. Ella fue constituida por Jesucristo y por los Apóstoles como pueblo de Dios y comunidad de creyentes que existe independientemente de cada uno de nosotros, como sujeto primordial de la fe, instrumento de su transmisión y garantizadora de su autenticidad.

La Iglesia es el sujeto primordial de la fe, instrumento de su transmisión, garantizadora de su autenticidad.

Los cristianos recibimos el don de la fe y de la gracia al incorporarnos por el bautismo a esta comunidad de creyentes que es la Iglesia. Este don está llamado a desplegar libremente en cada uno de nosotros las capacidades de la vida nueva en Cristo y de nuestra comunicación con Dios, como Padre, producida por el don de su Espíritu.

Los cristianos reciben la fe al incorporarse a la Iglesia.

29. El crecimiento de la fe y de la vida cristiana, y más en el contexto adverso en que vivimos, necesita un esfuerzo positivo y un ejercicio permanente de la libertad personal. Este esfuerzo comienza por la estima de la propia fe como lo más importante de nuestra vida. A partir de esta estima nace el interés por conocer y practicar cuanto está contenido en la fe en Dios y el seguimiento de Cristo en el contexto complejo y variante de la vida real de cada día.

Esfuerzo y ejercicio permanente de la libertad para crecer en la fe.

30. La lectura y meditación de la Sagrada Escritura, especialmente de los Evangelios y de los escritos de los Apóstoles, el conocimiento de la tradición y de las enseñanzas de la Iglesia, la oración asidua, personal y familiar, la participación frecuente en las celebraciones litúrgicas, la penitencia personal y sacramental, el compromiso personal en la vida de la propia comunidad y en el amor, y el servicio eclesial a los pobres tienen que ser los perfiles reales y concretos de la vida personal de cada cristiano consciente y adulto.

Perfiles del cristiano adulto.

31. Por razones teológicas, la respuesta personal a la llamada de la fe tiene que realizarse en el intercambio y con el apoyo de los demás creyentes dentro de la comunidad de fe que es la Igle-

Necesidad del apoyo de la comunidad para la respuesta personal a la llamada de la fe.

sia. En las actuales circunstancias sociales y culturales, esta necesidad aparece más evidente. En un mundo como el nuestro, quienes creen en Dios y en Jesucristo, pero viven alejados de la Iglesia, corren el riesgo de perder la fe en el Dios vivo y la esperanza en la salvación cristiana. La situación del cristiano poco o nada practicante es contradictoria y peligrosa. Poco a poco las ideas y criterios no cristianos que están en el ambiente deforman la pureza y apagan el dinamismo de la fe de quien no participa personalmente en la vida comunitaria de la Iglesia.

UNA FE PROFUNDAMENTE ECLESIAL

32. Al hablaros de la necesidad de una fe más personalizada, mejor formada y más operante, lo hemos hecho en referencia a la Iglesia. En efecto, nuestra fe, por muy personal que sea, para ser verdaderamente teológica y salvadora, ha de ser participación viva de la fe de la Iglesia. Porque es la Iglesia, la comunidad católica y apostólica de los creyentes, el único sujeto indefectible de la fe cristiana. Por eso, para el cristiano, creer es sinónimo de incorporarse en una tradición viva que surge

*Naturaleza esencialmente eclesial de la fe cristiana.
Creer es incorporarse en una tradición viva que surge de Cristo.*

de Cristo y los Apóstoles y llega hasta nosotros en la vida comunitaria de la Iglesia.

Es preciso que caigamos en la cuenta de la naturaleza esencialmente eclesial de nuestra fe personal desarrollando el conocimiento y la estima de la Iglesia como fuente y matriz permanente de la fe. En ella y por ella la recibimos; por medio de ella nos llega la asistencia de Dios y de Cristo para mantenernos en la auténtica fe apostólica.

33. No faltan cristianos y aun grupos o movimientos que por excesivo personalismo o por la influencia de una crítica permanente y sistemática llegan a perder o a debilitar excesivamente el afecto eclesial y la comunicación real con la Iglesia concreta de la que forman parte. Estas situaciones, fruto no pocas veces de las limitaciones y pecados de todos, llevan consigo el riesgo de la deformación de la fe y disminuyen en cualquier caso la fuerza del testimonio y la eficacia de la misión de la comunidad cristiana.

Peligro de debilitar la vinculación eclesial por personalismos o críticas sistemáticas.

34. La eclesialidad de la fe tiene que ser hoy comprendida y vivida por nosotros con particular intensidad. En una sociedad donde la función educadora de la familia cristiana se ha debilitado notablemente y ha aumentado

Particular importancia de la dimensión eclesial de la fe en el ambiente actual de disgregación.

sobremanera la influencia disgregadora del ambiente, el creyente necesita sentirse realmente miembro de la gran Iglesia. Dentro de ella ha de alimentar, celebrar, manifestar y arraigar sus convicciones profundas, en unos tiempos precisos, con personas y familias concretas, en una vida eclesial y comunitaria intensa y estimulante.

FORMAS DEFICIENTES DE ENTENDER Y VIVIR LA ECLESIALIDAD DE NUESTRA FE

35. Estas ideas que acabamos de exponer nos llevan a tocar el punto central de esta segunda parte de nuestra exhortación, es decir, la inseparable unión de la predicación auténtica del Evangelio y la incorporación real de los cristianos a la Iglesia histórica de Jesucristo.

Punto central: predicación auténtica del Evangelio e incorporación real a la Iglesia son inseparables.

36. Con frecuencia los cristianos se reúnen en grupos y en comunidades o se asocian en movimientos para oír y comentar la Palabra de Dios, celebrar los sacramentos y ayudarse en el desarrollo de la vida personal y del compromiso cristiano. Estas comunidades, especialmente en las aglomeraciones urbanas, pueden ser un enriquecimiento y una gran ayuda para la vida y el compromiso de los cristianos en

Actual movimiento asociativo en grupos y comunidades:

- Son enriquecimiento y ayuda para la vida y compromiso de los cristianos.

favor del Evangelio y del servicio a los hermanos en medio del mundo.

Las comunidades y movimientos, aun siendo eclesiales, no realizan por sí solos y aisladamente el ser completo de la Iglesia. La Iglesia es una comunidad dotada por el mismo Jesucristo de una naturaleza y estructura propias que son indispensables para garantizar la autenticidad de la fe, de la vida, del testimonio y del servicio.

- No realizan aisladamente el ser completo de la Iglesia.

37. La naturaleza propia de la Iglesia se define, entre otros elementos, por la continuidad apostólica de la fe. La unidad católica, expresada en el símbolo, es garantizada por la sucesión apostólica de los Obispos unidos entre sí y con el sucesor de Pedro.

La sucesión apostólica de los obispos garantiza la unidad católica.

38. La participación real en la vida de la Iglesia concreta de la que formamos parte, a pesar de las dificultades que podamos encontrar como consecuencia de sus limitaciones y defectos humanos, nos ofrece la posibilidad de purificar y enriquecer nuestra fe personal dentro de la auténtica tradición apostólica.

La participación en la vida de la Iglesia local purifica y enriquece la fe personal.

Quando los cristianos vivimos abiertos a la gran Iglesia y convivimos realmente con nuestros hermanos dentro de ella, con verdadera comunicación

y caridad fraterna, a pesar de las diferencias que se dan entre nosotros, unos a otros nos purificamos y enriquecemos en un esfuerzo constante por conseguir y conservar la verdadera unidad. Pero cuando nos alejamos unos de otros por evitar dificultades y disminuimos la comunión real con la Iglesia concreta, nos endurecemos en nuestras propias ideas y terminamos quedándonos solos con nuestra pobreza.

39. Con frecuencia vemos que el reconocimiento y la práctica de esta eclesialidad tienen entre nosotros deficiencias preocupantes. Hay quienes se presentan como muy devotos del Papa, pero prescinden de la presidencia efectiva de su Obispo respectivo en comunión con el Papa y con la Iglesia universal. A veces se rechazan o se seleccionan las enseñanzas de los Papas, acogiendo unas con entusiasmo y dejando otras en la sombra. Otras veces se vive el cristianismo en grupos selectivos configurados en torno a una persona, a unas doctrinas particulares o, incluso, a unas determinadas preferencias políticas. En tales casos se corre el riesgo de que lo decisivo no sea la fe apostólica y verdaderamente eclesial que es la única que puede salvarnos, sino las propias ideas o preferencias sociales, políticas y hasta

Deficiencias preocupantes en el reconocimiento y en la práctica de la eclesialidad.

económicas. Faltaría entonces una verdadera conversión a Jesucristo y al Dios vivo tal como viene hasta nosotros mediante el magisterio y el testimonio viviente de la Iglesia real y concreta. En el fondo se está amenazando la misma esencia religiosa de la verdadera conversión al Evangelio de Jesucristo.

Los grupos, las comunidades, las mismas instituciones seculares o religiosas, que están llamadas a ser el florecimiento vital y la riqueza espiritual de la Iglesia, pueden degenerar, o por lo menos empobrecer su vitalidad cristiana, espiritual y apostólica, si se cierran sobre sí mismas sustituyendo el magisterio y la amplitud de la Iglesia universal por las tradiciones, las ideologías y hasta los intereses meramente humanos.

40. No hay que temer que esta eclesialidad de la fe ahogue la creatividad de los cristianos ni imponga una uniformidad excesiva dentro de la comunidad. Bien entendida y vivida, estimula las aportaciones de todos según la variedad de dones y vocaciones que el Espíritu suscita dentro de la Iglesia. Lo único necesario es que nadie pretenda aislarse de la comunidad ni anteponerse a ella, tratando más bien de servirla y enriquecerla con el verda-

La eclesialidad de la fe no ahoga la creatividad ni impone uniformidad.

dero espíritu de Jesús que está en todos y anima a todos.

LA IMPORTANCIA DE LA IGLESIA PARTICULAR

41. Tanto las enseñanzas conciliares, que recogen la riqueza de la tradición cristiana, como las necesidades pastorales del momento nos están pidiendo una mayor atención teórica y práctica a la Iglesia particular. Los cristianos no formamos parte de la Iglesia universal al margen de la Iglesia particular. La Iglesia universal se realiza de hecho en todas y cada una de las Iglesias particulares que viven en la comunidad apostólica y católica. El hecho de vivir encuadrados en otras instituciones eclesiales surgidas al hilo de la historia, por la acción del Espíritu, no nos dispensa del esfuerzo por integrarnos en la Iglesia particular constituyente del ser mismo de la Iglesia.

La Iglesia universal se realiza en todas y cada una de las Iglesias particulares.

42. La Iglesia particular está presidida por el Obispo en nombre de Jesucristo Sacerdote y Cabeza de su Iglesia. El Obispo, junto con el Presbiterio, realiza el ministerio de la comunión por el anuncio autorizado de la Palabra de Dios, la celebración litúrgica de los misterios de la salvación y

El Obispo realiza el ministerio de la comunión en cada Iglesia particular.

el servicio de la caridad. Los fieles participan realmente de la vida y la misión de Jesucristo en la Iglesia según su propia vocación dentro de la igualdad fundamental de todos los miembros del Pueblo de Dios (Cfr. *Christus Dominus*, 11).

Con él participan todos:

- . *Presbiterio.*
- . *Laicos.*
- . *Religiosos.*
- . *Institutos seculares.*

La Iglesia particular, fundamentalmente constituida por el Obispo con su Presbiterio, y los laicos, ha de ser capaz de acoger dentro de sí todas las riquezas que el Espíritu de Dios suscita en sus miembros. Especial mención merecen las familias religiosas y las diferentes formas e instituciones de consagración secular.

Todos deben sentirse parte integrante de esta comunidad eclesial, sujeto común de la salvación y de la misión evangelizadora. Y todos tienen que encontrar dentro de la Diócesis y de sus instituciones el mismo reconocimiento, la misma dignidad, la misma atención, puesto que cada Iglesia particular es templo vivo de Dios edificado con las vidas de todos, cuerpo de Cristo único y operante, que por medio de nosotros ora, evangeliza y sirve a los hermanos en sus múltiples necesidades.

43. La Iglesia particular habrá de ser también lugar de encuentro, comunicación y fraternidad entre los cristianos de distintas tendencias, orígenes y grupos sociales. La unidad de la fe y el amor cristiano debe ser destacada por encima de las diferencias. Cada Iglesia tiene que esforzarse en construir esta fraternidad verdadera entre gentes de diferentes orígenes y características. Así podremos presentarnos como sacramento de una convivencia reconciliada.

La Iglesia particular es lugar de encuentro de las distintas tendencias, orígenes y grupos sociales de los creyentes.

FOMENTAR LA UNIDAD DESDE LA LIBERTAD CON MENTALIDAD ABIERTA Y ACOGEDORA

44. La Iglesia es comunidad de hombres libres, en la cual cada uno aporta sus dones personales o institucionales, encuentra respeto y acogida para sus propios carismas y funciones, y se esfuerza también por respetar y aceptar los dones y funciones de los demás.

La Iglesia es comunidad de hombres libres donde cada uno aporta sus dones y carismas.

45. En esta fraternidad, el Obispo —ayudado por sus presbíteros— tiene el carisma y la misión fundamental de fomentar la unidad en el nombre de Jesucristo y garantizarla mediante el ejercicio de su ministerio en continuidad con el de los Apóstoles y en

El carisma fundamental del Obispo es fomentar la unidad.

comuni3n con las dem1s Iglesias bajo la autoridad del sucesor de Pedro. Esta es la condici3n indispensable para que nuestros hermanos nos vean y nos acepten como mensajeros de la paz.

Tal vez como reacci3n a una excesiva pasividad de los miembros de la Iglesia, correspondiente a una concepci3n demasiado autoritaria del ministerio de los Obispos y de los sacerdotes, quiz1 no del todo superada, en estos a1os pasados se ha fomentado intensamente la creatividad. Es preciso que en esta situaci3n aprendamos a conjugar la libertad y la creatividad con la eclesialidad que exige atenci3n y esfuerzo permanente para afianzar, profundizar y extender la comuni3n.

Todos los miembros de cada Iglesia han de conjugar la libertad y creatividad con la eclesialidad.

46. La pluralidad es una riqueza de la Iglesia cuando es manifestaci3n de una comuni3n profunda y contribuye adem1s al enriquecimiento de la comunidad 1nica y unida. Pero cuando se exalta el pluralismo por s1 mismo al margen de las exigencias de la verdad, propuesta autoritadamente por el magisterio de la Iglesia (Cfr. *Dei Verbum*, 10), degenera en coartada para encubrir la primac1a del individualismo y de las ideolog1as sobre la eclesialidad y el misterio de la salvaci3n. Al faltar este esp1ritu de unidad, se contribuye al descr3dito del

Pluralidad enriquecedora frente a pluralismo disgregador.

Evangelio y a la creciente división de los hombres en vez de animarlos a creer en Dios y a vivir como hermanos (Cfr. Juan 17, 11-21).

47. Es necesario que en todas partes surja una mentalidad nueva, una visión abierta y comprensiva de la Iglesia que abarque toda su realidad y en la que todos encuentren su sitio y su función. Necesitamos promover estructuras representativas, previstas y alentadas por el Concilio Vaticano II, que faciliten la incorporación y la articulación de los diferentes sectores y de las numerosas instituciones en la unidad variada y viviente de la única Iglesia. Y esto desde los niveles básicos de la parroquia hasta los más amplios de la Diócesis y en lo que sea necesario en los niveles autonómicos, regionales y nacionales, siempre con el fin de respaldar y de intensificar la vida y la acción de la Iglesia y de los cristianos en los diferentes sectores y ambientes de la vida real.

Necesidad de estructuras representativas.

LA CELEBRACION EUCARISTICA, EXPRESION Y CAUSA DE LA IGLESIA

48. Llamamos la atención sobre la importancia que tiene la celebración eucarística en la realización y manifestación de la Iglesia. Cuando los cristianos celebramos la Eucaristía, realizamos el

Por la celebración de la Eucaristía se realiza de manera visible el misterio de la Iglesia.

sacramento de la unidad y de la caridad, nos incorporamos a la tradición apostólica de la fe y de la piedad. En ella profesamos juntos la única fe que dirige nuestras vidas, celebramos los misterios centrales de nuestra salvación, damos gracias al Dios que nos salva y nos incorporamos a Cristo muerto y resucitado, salvador y liberador del mundo, que nos hace a su vez portadores de paz y de salvación.

Al celebrar la Eucaristía entramos más intensamente a formar parte, de manera real y visible, del misterio de la Iglesia. Por esta razón es muy importante que en estas celebraciones quede siempre manifiesta la unidad objetiva de la Iglesia local y universal, aunque haya que multiplicarlas prudentemente conforme a las necesidades reales de los fieles.

Cuando se pretende adaptar estas celebraciones a la sensibilidad o a las preferencias de un grupo determinado de cristianos, es preciso respetar siempre la objetividad de las formas y los textos litúrgicos. Así se evitará el riesgo de olvidar la primacía de la Iglesia y de su necesaria mediación que purifique y universalice nuestra fe y piedad liberándolas de las in-

Es importante que se manifieste la unidad objetiva de la Iglesia local y universal.

Cualquier adaptación a un grupo ha de respetar siempre la objetividad de las formas y textos litúrgicos.

fluencias parciales o de los vaivenes transitorios (Cfr. Sacrosanctum Concilium, 22, 3).

LA IGLESIA CATOLICA EN CADA COMUNIDAD CONCRETA

49. La naturaleza de la Iglesia requiere que todas las Iglesias particulares estén abiertas a la comunión y a la unidad apostólica y universal. El signo y el instrumento de esta comunión universal es la adhesión al ministerio del sucesor de Pedro que debe ser leal y piadosamente reconocido como "supremo pastor y maestro de todos los fieles, a quienes ha de confirmar en la fe" (Lumen Gentium, 25).

El signo e instrumento de la comunión universal de todas las Iglesias particulares es la adhesión al ministerio del sucesor de Pedro.

Los Obispos españoles reiteramos nuestra voluntad de ejercer el ministerio episcopal unidos con el Sumo Pontífice y los demás miembros del colegio episcopal como garantía de acierto en la grave misión de presidir y dirigir la vida de nuestras Iglesias en el nombre del único Maestro y Señor Jesucristo.

50. Los fieles deben esforzarse en aceptar este ministerio, conjunto y solidario, sin acepción de personas, con verdadero espíritu de fe, sin dejarse impresionar ni influir por quienes juzgan y discuten la vida de la Iglesia y las actuaciones del Papa o de los Obispos con criterios puramente humanos, que ignoran el carácter religioso y cristiano de tal ministerio.

Aceptar el ministerio, conjunto y solidario, del Papa y los Obispos, sin acepción de personas.

Como consecuencia, tanto de una equivocada interpretación de la naturaleza de la renovación conciliar como del influjo de una sensibilidad propia de la modernidad, se ha difundido entre nosotros una crítica radical de todo lo institucional y del ser mismo de la Iglesia.

- Peligro de una crítica radical de todo lo institucional.

No negamos la conveniencia de las críticas para purificar y renovar la vida de la Iglesia compuesta y dirigida por hombres débiles y pecadores. Pero cuando la crítica nos lleva a distanciarnos afectivamente de la realidad concreta de la Iglesia para convertirnos en sus jueces, desfigura y empobrece nuestra fe. Solamente quien entra más profundamente en el misterio de la Iglesia y se siente responsable de su vida en su contexto real, con humildad y paciencia, encontrará en ella misma la luz y el espíritu necesario para su verdadera renovación.

- Conveniencia de una crítica purificadora y renovadora.

51. Por esto mismo una de las exigencias del momento presente, además de aceptar humildemente las críticas y las adversidades que nos purifican y estimulan, es desarrollar expresamente la adhesión de los cristianos a la Iglesia por encima de las tensiones o dificultades que puedan aparecer en un momento determinado. Así es como han vivido los grandes testigos de la fe y los cristianos en las épocas difíciles. Así es como debemos vivir ahora nuestra pertenencia a la Iglesia por encima de las diferentes sensibilidades y preferencias personales.

Es preciso desarrollar la adhesión a la Iglesia por encima de las tensiones y dificultades.

52. El reconocimiento expreso de las exigencias de la unidad de la Iglesia, más que una restricción de la libertad de los hijos de Dios, es fuente de estabilidad frente a las variaciones humanas y de enriquecimiento personal por encima de las fronteras y las inevitables limitaciones de las circunstancias locales en que vivimos inmersos.

Las exigencias de la unidad son fuente de estabilidad y de enriquecimiento personal.

Los diversos agentes de pastoral, sacerdotes, catequistas y educadores, deben ayudar a los cristianos a valorar y vivir prácticamente esta dimensión universal y católica de la fe y de la caridad. Es necesario que todos seamos partícipes de las alegrías y sufrimientos de la Iglesia universal.

Valorar y vivir prácticamente la dimensión universal y católica de la fe y de la caridad.

La comunión con el sucesor de Pedro y el colegio de los Obispos nos permite vivir en comunión real con todas las Iglesias y participar en la riqueza de su vida y de sus obras en todos los lugares y en todos los tiempos.

En el esfuerzo y en la vida de cada día, todos hemos de sentirnos acompañados y enriquecidos por la vida y los esfuerzos de las demás Iglesias y de los hermanos en la fe del mundo entero. De manera especial queremos fomentar las relaciones de nuestras Iglesias con las Iglesias vecinas y hermanas de Europa y de la América hispana. A la vez que nos esforzamos para ayudarles material y espiritualmente tenemos que estar dispuestos a aprender de ellas a vivir nuestra fe y ejercer nuestra misión de evangelización y de servicio en referencia obligada a nuestras situaciones y necesidades específicas. De manera especial queremos animaros a todos a contribuir con recursos materiales y con la misma entrega personal al fortalecimiento de las Iglesias hermanas más necesitadas.

Sentir los esfuerzos y compañía de las Iglesias del mundo entero. Sobre todo, de las Iglesias vecinas y hermanas de Europa y de la América hispana.

III. EL SERVICIO DEL TESTIMONIO Y DE LA SOLIDARIDAD

IGLESIA EN EL MUNDO Y PARA EL MUNDO

53. La hora actual de nuestras Iglesias tiene que ser una hora de evangelización. Esta misión tiene unas exigencias internas de fortalecimiento religioso y de purificación evangélica, algunas de las cuales hemos querido enumerar aquí brevemente. La acción evangelizadora derivada de la aceptación del Reino de Dios, incluye también la realización de este Reino en el mundo, aunque sea de manera fragmentada y deficiente, con hechos y signos que indiquen la presencia del amor de Dios y la certeza de la salvación que esperamos.

La acción evangelizadora incluye la realización, aunque sea fragmentada y deficiente del Reino de Dios en el mundo.

54. La insistencia con que hemos presentado en el apartado anterior las exigencias internas de nuestra misión en el mundo podría hacer creer a algunos que favorecemos una concepción de la Iglesia cerrada sobre sí misma, o que el miedo de la confrontación con el mundo moderno nos lleva a promover un movimiento de repliegue de la Iglesia sobre sí misma. No es así. La vida y la actividad de la Iglesia debe responder a la apertura y

La apertura y universalidad de la Iglesia excluye toda concepción de ésta cerrada sobre sí misma.

a la universalidad de su misión. Herederos de la misión de Jesús, no podemos olvidar que Jesús vino a salvar lo que estaba perdido, a evangelizar a los pobres, a curar a los enfermos y pecadores (Cfr. Lucas 4, 18-21).

Lo más profundo de la vida de la Iglesia y del cristiano es compartir el amor de Dios, Padre de buenos y malos, que quiere la salvación de todos los hombres. Los mejores cristianos, en la medida en que han vivido este misterio de comunión con el amor de Dios y de Cristo, se han sentido enviados al mundo, solidarios con los sufrimientos y las esperanzas de los más pobres y necesitados, responsables de alguna manera, juntamente con Cristo, de la liberación y salvación de todos (Cfr. Gaudium et Spes, 1).

La Iglesia y el cristiano comparten el amor de Dios, que quiere la salvación de todos los hombres.

55. Dios quiere que todos los hombres se salven; la creación entera es objeto de su amor y de su acción salvadora. Por eso mismo Dios ha puesto a la Iglesia en el mundo al servicio de todos "para ganar a los más que pueda" (Cfr. 1 Corintios 9, 19). Todo lo que es y cuanto hay en ella, revelación, doctrina, ministerios, sacramentos, carismas, comunión y fraternidad, está ordenado al bien de los hombres y de la sociedad entera.

La Iglesia y cuanto hay en ella están ordenadas al bien de los hombres y de la sociedad entera:

Este servicio que la Iglesia está llamada a hacer a los hombres y a la sociedad, en nombre de Dios y de Cristo, consiste en definitiva en ayudarles a creer en el Dios de la salvación, dándoles la posibilidad de vivir ya desde ahora las realidades del Reino y de inspirar la convivencia humana en los valores del Evangelio. Al anunciar el Reino, los cristianos tenemos que hacerlo ya realidad entre nosotros y con todos los hombres, especialmente con los más pobres y necesitados, de manera que aparezcan signos reales de la presencia del amor y de los dones de Dios como invitación a la fe, estímulo para la esperanza, anticipo de la paz y de la felicidad eterna que Dios ha preparado para todos (Cfr. Marcos 16, 20).

- *Ayuda a creer en el Dios de la salvación.*

- *Da la posibilidad de vivir ya las realidades del Reino de Dios.*

- *Inspira la convivencia humana en los valores del Evangelio.*

56. Por eso queremos decir claramente que la Iglesia, las comunidades, las familias cristianas y cada uno de los creyentes debemos vivir vinculados a los demás, solidarios con ellos, colaboradores de Dios y de Cristo en el anuncio de la salvación, en la lucha contra todo aquello que es contrario al Reino en la vida concreta de los pueblos, de las familias y de las personas.

La Iglesia y cada cristiano viven vinculados a los demás y solidarios con ellos.

No hay ninguna oposición entre las dimensiones espirituales o escatológicas del Cristianismo y su fuerza transformadora de la realidad. Por lo contrario, precisamente lo que el cristianismo tiene de más original y radical, es lo que le da su capacidad para transformar desde dentro del corazón de los hombres la realidad humana entera, acercando incesantemente la vida de este mundo a la vida nueva que esperamos. Amar y esperar otro mundo no es desentenderse de éste. Esperar es hacer que el futuro actúe sobre el presente y lo transforme. El mundo de la salvación acogerá, transfigurándolo, lo que aquí hayamos vivido y hecho en el amor y en la fraternidad (Cfr. Gaudium et Spes, 39).

No hay oposición entre la dimensión espiritual o escatológica del Cristianismo y su fuerza transformadora de la realidad.

LA COMUNIDAD CRISTIANA, INICIO DE LA HUMANIDAD NUEVA

57. La transformación del mundo se inicia ya en el cristiano convertido que rehace sus actitudes profundas y sus relaciones con las demás personas y con las cosas movido por un espíritu nuevo que le induce a vivir como hijo de Dios en este mundo.

*La transformación del mundo se inicia ya:
- En el cristiano convertido.*

También la familia cristiana es una muestra relevante de esta transformación de las actitudes y relaciones humanas que nacen del bautismo.

- En la familia cristiana.

La comunidad cristiana es de manera más amplia y visible una porción de la humanidad transformada por la fuerza del Espíritu. La benevolencia entre nosotros y la solicitud por los más necesitados son la realización vital de los misterios que celebramos y el argumento más convincente de las cosas que anunciamos.

- En la comunidad cristiana.

58. Sin un esfuerzo serio, renovado constantemente, para construir la fraternidad dentro de la Iglesia y establecer especiales relaciones de solicitud y de ayuda con los necesitados y desvalidos, estaría privada de fundamento y carecería de credibilidad nuestra palabra acerca de Dios y de sus promesas de salvación. Los hombres de nuestro tiempo y de manera especial los jóvenes tienen necesidad de ver en la comunidad cristiana el signo de una vida reconciliada, justa, alegre, algo nuevo y diferente que les ayude a creer en Dios y a buscar en El la autenticidad y la plenitud de sus vidas.

La credibilidad de la Iglesia depende del esfuerzo serio para construir la fraternidad y ayudar a los necesitados.

CON CRISTO Y COMO CRISTO SERVIDORES DE LOS POBRES

59. La evangelización y la vida cristiana llevan consigo una especial preferencia por los pobres de este mundo. No basta con atender a los pobres de la comunidad cristiana. Los pobres de la

Especial preferencia por todos los pobres (tanto personas como grupos).

sociedad, personalmente considerados, así como las zonas, los grupos étnicos o culturales, los enfermos, los sectores de la población más pobres y marginados tienen que ser preocupación constante de la Iglesia y de los cristianos. Es preciso aumentar los esfuerzos para estar con ellos y compartir sus condiciones de vida, sentirnos llamados por Dios desde las necesidades de nuestros hermanos, hacer que la sociedad entera cambie para hacerse más justa y más acogedora en favor de los más pobres.

60. Sabemos que hay en todas partes parroquias, comunidades religiosas y asociaciones o movimientos seculares que se dedican generosamente al servicio del prójimo enfermo o necesitado. A todos ellos les alentamos a seguir su entrega en nombre de Cristo y de la Iglesia, manteniéndose unidos con el conjunto de la comunidad eclesial, que los sostiene espiritualmente y se alimenta a la vez con su ejemplo y testimonio.

A pesar del reconocimiento de la acción generosa de tantos cristianos a nadie debe extrañar si decimos que el momento actual de nuestra Iglesia requiere intensificar y coordinar mejor las formas organizadas de ejercer la caridad en favor de los pobres y de los

- *Estar con ellos.*
- *Compartir su vida.*
- *Mejorar su situación.*

Hay grupos cristianos muy sensibilizados, que se dedican generosamente al servicio del prójimo necesitado.

Pero el momento actual requiere intensificar y coordinar las formas organizadas de caridad.

necesitados. Lo requiere la misma naturaleza de la evangelización, pues el anuncio del Evangelio incluye alguna señal de que Dios efectivamente se acerca a los hombres para su liberación integral. Lo requiere también el sufrimiento de tantos hermanos nuestros, pues la sociedad moderna segrega marginación y sufrimiento que luego con frecuencia ignora y olvida. Lo requieren los “nuevos pobres” de la sociedad moderna: ancianos solitarios, enfermos terminales, niños sin familia, madres abandonadas, delincuentes, drogadictos, alcohólicos y tantos otros. Lo necesitan especialmente las familias sin trabajo, desgraciadamente numerosas en nuestra patria.

Este esfuerzo por la fraternidad y solidaridad con los pobres y necesitados, hecho en el nombre y con el Espíritu de Dios, será nuestra mejor respuesta a quienes piensan y enseñan que Dios es una palabra vacía o una esperanza ilusoria.

TESTIGOS DE OTRO MUNDO Y FERMENTO TRANSFORMADOR DE LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

61. Además de esta ayuda directa a los pobres y necesitados se ofrece el gran campo de la animación y transformación de la sociedad. La Iglesia, porta-

Misión de la Iglesia de animación y transformación de la sociedad.

dora de la revelación de Dios y sus promesas de salvación, ofrece también a la sociedad, en cuanto tal, a los hombres que la componen y a aquellos que la rigen, el servicio de la iluminación sobrenatural, de la purificación constante y del estímulo para cuanto sea verdaderamente humano, instrumento de progreso verdadero y de liberación integral.

El Vaticano II designó a la Iglesia como sacramento de la salvación universal. Ella es, en efecto, signo revelador y eficaz no sólo de la salvación última y definitiva, sino también de los valores morales en virtud de los cuales la sociedad se va perfeccionando a lo largo de la historia y se acerca con esfuerzo y sufrimiento a la sociedad de hombres libres a la que hemos sido llamados y estamos siendo conducidos por Dios (Cfr. *Lumen Gentium*, 9; *Gaudium et Spes*, 40).

La Iglesia es sacramento de la salvación universal.

62. Esta animación directa de la sociedad, de sus instituciones y estructuras es la misión específica, aunque no exclusiva, de los seculares como miembros de la Iglesia que viven y actúan en el campo de las instituciones y actividades propias de este mundo (Cfr. *Gaudium et Spes*, 43).

La animación directa de la sociedad es misión específica de los seculares.

Las asociaciones cívicas y profesionales, los compromisos sindicales o la participación en partidos políticos y en las tareas del Gobierno son otros tantos cauces para el compromiso y la acción de los cristianos en favor de una convivencia y de una vida social cada vez más justa y fraterna, más digna de los hombres, más parecida a la sociedad de los santos y más conforme con los designios de Dios.

Cauces para el compromiso y la acción de los cristianos en favor de una convivencia más justa y fraterna.

63. Los cristianos ejercerán sus respectivas profesiones movidos por el espíritu evangélico. No es buen cristiano quien somete su forma de actuar profesionalmente al deseo de ganar dinero o alcanzar poder como valor supremo y definitivo. Los profesionales cristianos, en cualquier área de la vida, deben ser ejemplo de laboriosidad, competencia, honradez, responsabilidad y generosidad.

Ejercicio profesional a impulso del espíritu evangélico.

64. Es conocida la doctrina conciliar acerca de la participación de los cristianos en las instituciones y actividades públicas. Pero conviene repetirla aquí de nuevo para que poco a poco sea comprendida y puesta en práctica por todos.

Participación en las instituciones y actividades públicas.

a) El espíritu cristiano impulsa al seglar a participar en las actividades sindicales y políticas con el fin de promover los valores fundamentales de la libertad, la justicia, el progreso, la paz y la solidaridad entre los pueblos. Los imperativos morales que se derivan de la fe y de la moral cristiana deben inspirar de manera efectiva las preferencias y las actuaciones públicas de los católicos.

- *Fines perseguidos: libertad, justicia, progreso, paz y solidaridad entre los pueblos.*

b) El examen de las circunstancias concretas y la valoración de las diversas posibilidades que se ofrecen en el campo de las realidades cambiantes de la vida pública es algo que cada uno tiene que hacer con la mayor objetividad y responsabilidad posible utilizando para ello los mejores recursos que estén a su alcance.

- *Objetividad y responsabilidad en el examen de las circunstancias y la valoración de las posibilidades.*

c) De este examen y de la valoración de las diferentes circunstancias, a la luz de los principios morales comunes, pueden surgir diferentes opiniones y preferencias entre los católicos, de las que cada uno es personalmente responsable. La libertad de los católicos en la vida pública es consecuencia del reconocimiento de la legítima autonomía de las instituciones seculares y de la madurez religiosa y civil de los cristianos. Por ello no se puede imponer a los católicos un determi-

- *Posibilidad de diferentes opiniones y preferencias políticas entre los católicos.*

nado proyecto político por motivos exclusivamente religiosos (Cfr. *Gaudium et Spes*, 43).

d) Esta libertad de los católicos no justifica la separación entre las convicciones religiosas y morales de los cristianos y sus decisiones políticas. En sus actuaciones públicas, los cristianos deben inspirarse en los criterios y objetivos evangélicos vividos e interpretados por la Iglesia. La legítima diversidad de opiniones en los asuntos temporales no debe impedir la necesaria coincidencia de los cristianos en defender y promover los valores y proyectos de vida derivados de la moral evangélica.

- Sin divorcio entre las convicciones religiosas y morales y las decisiones políticas.

e) Es obligación de los católicos presentes en las instituciones políticas ejercer una acción crítica dentro de sus propias instituciones para que sus programas y actuaciones respondan cada vez mejor a las aspiraciones y criterios de la moral cristiana. En algunos casos puede resultar incluso obligatoria la objeción de conciencia frente a actuaciones o decisiones que sean directamente contradictorias con algún precepto de la moral cristiana. Pueden también darse incompatibilidades entre la conciencia cristiana y aquellos programas que propugnen

- Ejerciendo una acción crítica dentro de sus instituciones,

hasta la objeción de conciencia si es preciso.

directamente doctrinas u objetivos contrarios a la doctrina o la moral católica.

f) Las diferencias en los compromisos públicos de los cristianos no deben enturbiar sus relaciones de comunión como cristianos ni mucho menos proyectarse sobre la vida de la Iglesia creando divisiones o exclusivismos. Aquí también la primacía de la fe y la caridad sobre las diferencias de orden político serán capaces de construir la paz y la fraternidad mitigando y relativizando las ideologías y los enfrentamientos políticos.

65. La dedicación de los católicos a las tareas de la vida pública es reconocida y apreciada por la Iglesia como una manera noble de servir al bien común.

En sus actividades y luchas políticas no pueden pretender acaparar para sí el apoyo de la Iglesia ni presentar su fórmula política como la única legítima para los católicos. Más bien deben procurar acomodar sus propuestas y actuaciones a las exigencias de la común conciencia cristiana de manera que promuevan los bienes sociales que la moral católica señala como derechos y patrimonio de la sociedad y de todos los hombres.

Relativizando las ideologías y enfrentamientos políticos para imponer la primacía de la fe y la caridad.

La dedicación a las tareas de la vida pública la aprecia la Iglesia como una manera noble de servir al bien común.

- El cristiano en su actividad política no debe manipular a la Iglesia poniéndola al servicio de sus intereses de partido.

La participación activa en la vida de la Iglesia, el estudio de su doctrina moral y social, les ayudará a promover el bien de la sociedad con la honestidad, sinceridad y constancia que hemos de poner los cristianos en todas nuestras actuaciones, especialmente cuando está de por medio el bien de los demás.

- Debe inspirarse en la doctrina moral y social de la Iglesia.

CONCLUSION

66. He aquí, queridos hermanos, los desafíos y las exigencias a los cuales tenemos que responder los católicos españoles en estos próximos años. Sin duda nuestra exposición tendrá deficiencias. Tratad, sin embargo, de acoger con benevolencia las preocupaciones profundas que inspiran este escrito y los grandes objetivos que hemos querido describir ante vosotros como rasgos dominantes de la vida y acción de nuestra Iglesia en los próximos años.

En este documento se recogen las preocupaciones profundas y los grandes objetivos para los próximos años.

67. En este empeño debemos sentirnos todos importantes; todos tenemos un puesto y todos somos llamados a aportar lo propio y específico de cada

Todos debemos aportar lo propio y específico de cada uno: sacerdotes, religiosos, familias, seglares.

uno de nosotros. Los sacerdotes mediante el ejercicio de su ministerio, los religiosos con su testimonio radical y sus múltiples servicios, las familias cristianas, los seglares, cada uno con sus propios dones, con sus características, con sus legítimas preferencias, con sus diferentes sensibilidades.

Sólo una cosa es necesaria: que todos pongamos el Evangelio de Jesucristo y la unidad real de la Iglesia por encima de protagonismos colectivos o personales, que todos participemos activamente en la gran misión de anunciar el Reino de Dios de palabra y de obra, de manera lúcida y organizada, a los hombres de nuestro tiempo.

68. No faltan quienes se sienten desorientados, asustados o decepcionados. A todos os dirigimos una palabra de aliento y de invitación: *Caminemos juntos de la mano del Señor*. El hará de nosotros apóstoles de su Reino y anunciadores de su paz. Unidos a El por la fe y el amor, fijos los ojos en la gran esperanza de la gloria, en unión con el sucesor de Pedro y de todos los hermanos en la fe, recorramos los caminos del mundo anunciando el Evangelio y sirviendo a nuestros hermanos en su nombre. Seamos ya desde ahora

El Evangelio y la unidad de la Iglesia han de estar por encima de protagonismos colectivos o personales.

*Hay que superar la desorientación o las decepciones:
- Caminemos juntos de la mano del Señor.*

misioneros de las generaciones futuras,
constructores de la Iglesia del futuro,
servidores de la justicia, de la paz y del
progreso en el camino hacia la Casa
del Señor.

Madrid, 28 de junio de 1985

boletín
bibliográfico

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Testigos del Dios vivo*. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad (documento aprobado por la XLII Asamblea Plenaria, 24-29 de junio de 1985). Edice, Madrid 1985.

Recomendamos esta edición porque va precedida de una presentación a cargo del Obispo Secretario General de la Conferencia Episcopal Española. Al final se ofrecen "materiales de trabajo": tres esquemas de estudio, tres fichas catequéticas y sugerencias para homilías. Se facilita así enormemente la comprensión y difusión de tan interesante como ignorado documento. Realmente sólo la inercia y la rutina pueden ayudar a comprender el vacío que en torno a esta importante declaración se ha hecho. Todavía estamos a tiempo de colmar esta laguna y de saldar esta deuda de justicia con nuestros obispos.

1. Documentos conciliares

Para ceñirnos a los que pueden ser de mayor interés en referencia a nuestro documento de la Conferencia Episcopal Española, recomendamos especialmente la lectura pausada y reflexionada de

- la Constitución "Lumen gentium" (LG) sobre la Iglesia,
- la Constitución "Gaudium et spes" (GS) sobre la Iglesia en el mundo de hoy,
- el Decreto "Ad gentes" (AG) sobre las misiones,
- el Decreto "Actuosam Apostolicitatem" (AA) sobre el apostolado seglar.

Para los comentarios remitimos a las indicaciones bibliográficas reseñadas en el anterior número de "Corintios XIII".

2. Documentos pontificios

PABLO VI, "*Evangelii nuntiandi*" (EN). La evangelización en el mundo contemporáneo (exhortación apostólica del 8 de diciembre de 1975).

Estamos sin duda ante uno de los documentos que mejor retratan la fisonomía apostólica de Pablo VI. En él se canalizan las aportaciones y sugerencias presentadas por los obispos en el Sínodo de 1974. EN se despliega en siete preciosos capítulos, enmarcados entre un preámbulo y la conclusión final, y vale, como se ha dicho, por un curso actualizado de teología pastoral y por un programa dinámico y concreto de pastoral aplicada. Su vigencia es palpitante según puede comprobarse en los más recientes documentos, a cualquier nivel, que abordan el tema de la evangelización.

PONTIFICUM CONSILIUM PRO LAICIS, *Hombres y mujeres en la evangelización*. Ciudad del Vaticano 1983.

Un buen complemento de EN. En realidad se trata de un número del "Servicio de Información/Documentación" que presenta los programas e iniciativas del Consejo Pontificio para los Laicos para 1982/1983. Recoge diversos documentos del "Encuentro hombres y mujeres en la evangelización", celebrado en Rocca di Papa (2-6 de octubre de 1982). De especial importancia es la ponencia teológica del profesor K. LEHMANN, posteriormente nombrado obispo de Naguncia (República Federal de Alemania), a la que siguió un animado debate.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La visita del Papa y la fe de nuestro pueblo* (exhortación colectiva del Episcopado español). Edice. Madrid s.f.

ID., *El servicio a la fe de nuestro pueblo*. Directrices pastorales de la Conferencia Episcopal Española (aprobadas por la XXXVIII Asamblea Plenaria, 24 de junio de 1983).

El día 29 de julio de 1983 se hicieron públicos estos dos documentos, íntimamente relacionados y mutuamente complementarios. Sin ellos no se puede entender la génesis de “Testigos del Dios vivo”. La edición que reseñamos contiene una presentación a cargo del Secretario General. El contenido de los documentos puede refundirse en estas grandes líneas generales: 1) en las actuales circunstancias es preciso fortalecer la identidad cristiana y eclesial; 2) como las acciones evangelizadoras son la primera urgencia que los hombres reclaman hoy, los obispos españoles hacen una llamada apremiante a la unidad y coherencia eclesial; 3) consecuentemente, promueven y apoyan el relanzamiento de una acción evangelizadora explícita y bien pensada.

COMISION EPISCOPAL DE PASTORAL, *Servicio pastoral a las pequeñas comunidades cristianas* (15 de marzo de 1982). Edice. Madrid 1982.

La presentación la hace A. Iniesta, obispo responsable del Departamento de Pequeñas Comunidades Cristianas de la Comisión Episcopal de Pastoral. Después de un trabajo intenso de casi tres años de duración, los obispos de la citada Comisión ofrecen los resultados por ellos asumidos “a las Iglesias de España como un sencillo instrumento de orientación pastoral en todo lo relacionado con las pequeñas Comunidades Cristianas”. La publicación está enriquecida con tres anexos: una antología de los textos del Magisterio, un boletín bibliográfico muy completo y una encuesta a las pequeñas comunidades cristianas.

COMISION EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy*. Edice. Madrid 1983.

Podemos calificar el documento como una lectura y adaptación de las Exhortaciones Apostólicas “Evangelii nuntiandi” y “Catechesi tradendae” desde la comunidad cristiana espa-

ñola. Estas “orientaciones pastorales” se proponen brindar criterios para potenciar, discernir y dar coherencia a la acción catequética que con tanto entusiasmo y esfuerzo se está llevando a cabo en las diócesis españolas. Indispensable para entender las opciones y líneas de acción de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en estos últimos años.

3. ¿Testigos de quién y de qué?

Ante todo, se impone buscar los esclarecimientos apropiados para mantener con lucidez la fe dentro de la nueva cultura y las nuevas encrucijadas que nos toca vivir. En caso contrario, nuestro testimonio sonará a falso (testimonio-ficción) y se quedará en pura expresión idolátrica, es decir, en simple vaciedad y “flatus vocis”. Señalamos, pues, una serie de lecturas que nos pueden poner al día y favorecer la asimilación y personalización de los contenidos de nuestra fe sin complejos ni ambigüedades.

¿Es posible creer hoy?

Unos títulos para indicar algunas pistas de orientación, ya que la literatura es inabarcable.

H. KUENG, *¿Existe Dios?* Respuesta al problema de Dios en nuestro tiempo. Cristiandad. Madrid 1979.

Un libro trascendental, la más importante radiografía de nuestro tiempo realizada desde el prisma teológico. Expone con precisión y brevedad el pensamiento sobre Dios y lo cristiano en estos cuatro siglos de la modernidad. El autor, tras un estudio crítico, profundo y sereno, realizado “con amor y sin ira”, de ese proceso a Dios llevado a cabo desde Descartes a Wittgstein, pasando por Feuerbach, Marx, Nietzsche y Freud, llega a estas conclusiones: *sí a la realidad, sí a Dios, sí al Dios cristiano.*

X. ZUBIRI, *El hombre y Dios*. Alianza. Madrid 1984.

Es el libro sobre el que estaba trabajando Zubiri cuando falleció el 21 de septiembre de 1983, dejando su redacción casi completa. Frente a la teología natural que se aproxima a Dios por una vía conceptiva en pos de lograr vías de “demostración” de su existencia, el autor piensa que Dios, de ser algo, es lo que él llama la “realidad-fundamento”. De hecho estamos religados a la realidad. La experiencia de esta imposición de lo real es la experiencia fundamental que posee todo hombre, sea teísta, agnóstico o ateo. Para llegar a Dios, pues, no hay que salir del mundo sino entrar en él, llegando hasta su fondo. Dios está en el fondo de las cosas como su fundamento (trasciende “en” ellas), y en la experiencia de las cosas el hombre tiene la experiencia fundamental de Dios. La vida del hombre, concluye Zubiri, es siempre y formalmente “experiencia de Dios”. Después de todo lo escrito, parece innecesario insistir en la actualidad de esta obra de un filósofo español original y poco conocido.

K. RAHNER - K.H. WEGER, *¿Qué debemos creer todavía?* Propuestas para una nueva generación. Sal Terrae. Santander 1980.

Los hombres de hoy, y particularmente los jóvenes cristianos, no saben con claridad qué es lo que deben creer y por qué. En estos tiempos de pluralismo, relativismo y nuevas formulaciones, han entrado en crisis los modos de entender la fe que tenían las generaciones anteriores. Y las dudas y oscuridades se apoderan de los espíritus. K.H. Weger ha captado estos problemas y los ha formulado en breves y densas páginas: muchos cristianos se verán reflejados en ellas. K. Rahner se sitúa ante esos problemas y esas preguntas y ofrece sus conocimientos de gran teólogo como bases firmes sobre las que asentar la fe de la nueva generación. También yo “creo que ser cristiano es la tarea más sencilla, la más simple y a la vez aquella pesada carga ligera de que habla el evangelio. Cuando uno carga con ella, ella carga con uno y cuanto más tiempo viva uno, tanto más pesada y más ligera llegará a ser”.

Como visión global de los contenidos de la fe, recomendamos la lectura reposada de algunos "catecismos" publicados recientemente, a la espera de la elaboración del catecismo postulado por los obispos en el Sínodo extraordinario con motivo del XX aniversario del Concilio Vaticano II.

INSTITUTO SUPERIOR DE CATEQUETICA DE NIMEGA, *Nuevo catecismo para adultos*. Versión íntegra del catecismo holandés. Herder. Barcelona 1969.

La edición original va precedida de un prólogo firmado por los obispos de Holanda. La edición española comprende, en fascículo aparte, el "Suplemento al nuevo catecismo para adultos" con las enmiendas y adiciones redactadas según las indicaciones de la Comisión Cardenalicia encargada del examen de dicha obra.

La palabra "catecismo" viene de un término griego que significa "resonar". Las páginas de este volumen no pretenden otra cosa que hacer resonar el mensaje de Jesús de Nazaret. Lo que se pretende, más en concreto, es que resuene con un sonido "nuevo", el sonido del Vaticano II que interpeló la clásica partitura de la fe en forma moderna. En consecuencia, la fe inmovible en la persona y en el mensaje de Jesús y el mandato divino de exponer el misterio inefable de Dios en el lenguaje de nuestro tiempo, son los dos elementos que caracterizan y configuran este libro que puede ocupar en la biblioteca el lugar inmediato a la Biblia.

COMISION EPISCOPAL ITALIANA PARA LA DOCTRINA DE LA FE, LA CATEQUESIS Y LA CULTURA, *Señor, ¿a quién iremos?* Catecismo para adultos. Marova. Madrid 1982.

Las seiscientas páginas del volumen pueden dar la idea de que se trata de un texto denso. En realidad, el catecismo desarrolla una línea muy sencilla y fácil de comprender. Su esquema global parte de una inspiración cristocéntrica y trinitaria a la vez: por Cristo, en el Espíritu, al Padre. El núcleo central

lo constituye el anuncio fundamental del Evangelio de Jesús: el reino de Dios y dedica una especial atención a sus destinatarios, intentando abrir un diálogo con la mentalidad y las distintas culturas de nuestro tiempo, sin traicionar la integridad de los contenidos de la fe. El texto tiene muy en cuenta que se dirige a adultos que ya han optado por la fe, pero han de renovarla constantemente, creando mentalidad y hábitos de vida cristiana. También puede ser de gran ayuda para suscitar la adhesión firme y personal a Jesucristo de aquellos que se encuentran todavía en los umbrales de la fe o van en busca del sentido de la vida y de los valores que la sostienen.

A. SALAS, *Catecismo bíblico para adultos*. Herder. Barcelona 1977.

Aunque apenas aduce textos concretos de la Escritura, el "Catecismo bíblico para adultos" pasa revista a cuantos problemas plantea el creyente de hoy desde un punto de vista soteriológico, cristológico y eclesiológico, ofreciendo respuestas con un encuadre fundamentalmente antropológico, puesto que el hombre es imagen de Dios. La originalidad reside en el enfoque bíblico que el autor da a los grandes problemas existenciales del hombre de hoy.

K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*. Introducción al concepto de cristianismo. Herder. Barcelona 1979.

La obra pretende, y lo consigue en verdad, ofrecer una reflexión que justifique una adhesión intelectualmente honrada a la fe cristiana. En ese sentido, presenta lo más esencial del mensaje cristiano como una respuesta unitaria a la pregunta única cuyo contenido es el hombre mismo. Su reflexión sobre la existencia humana no se mueve dentro del espacio de una filosofía neutra, porque ningún problema auténticamente humano puede dejar de enfrentarse con el mensaje cristiano; pero el autor tampoco abandona la filosofía cuando se mueve en un terreno estrictamente teológico, pues no basta la pura proclamación del mensaje para que todos los problemas

queden resueltos. Esto le permite, desde un trasfondo bíblico y dogmático en las huellas del Vaticano II, abordar los problemas del hombre de hoy y las ideologías y sistemas en que se fundan. Una obra maestra en que se trasluce toda la profundidad y apasionado amor de Rahner.

J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*. Sígueme. Salamanca 1970.

Hacer un comentario al "credo" o escribir un catecismo es la prueba suprema para un teólogo, porque es difícil hablar de las realidades más elementales y primarias en forma elemental y primaria. Esto es justamente lo que pretende la obra del actual Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. El libro, que recoge las conferencias ante oyentes de todas las facultades de la universidad de Tubinga, comienza con la pregunta fundamental: ¿qué significa ser creyente, decir "amén" a la realidad, al misterio de la propia vida, a Dios? Luego, siguiendo el orden de la revelación, nos habla de Dios, concediendo especial atención a los problemas y controversias de última hora. El estudio de Cristo, revelador de Dios y revelador del hombre, constituye el centro de la obra. El volumen se cierra con unos capítulos dedicados al estudio del Espíritu de Jesús y de la comunidad de los que lo han recibido, vale decir de la Iglesia, llamada a ser signo permanente de Cristo e interpelación permanente al mundo. Se trata de un esclarecedor y crítico comentario al "símbolo" de la única Iglesia.

H.U. VON BALTHASAR, *Puntos centrales de la fe*. Edica. Madrid 1985.

El autor, uno de los grandes teólogos católicos de nuestro siglo y animador de movimientos de espiritualidad, no pretende ofrecer una dogmática plenamente desarrollada o una moral cristiana completa. La obra constituye una reflexión esclarecedora y existencialmente estimulante sobre las ver-

dades fundamentales de nuestra fe, llevada a cabo desde la ribera de nuestro tiempo, con la intención de responder a las urgencias del presente momento eclesial. En cada una de las cuestiones planteadas campea la auténtica peculiaridad cristiana, superando cualquier reduccionismo y simplificación empobrecedores. Me gustaría destacar particularmente el capítulo titulado "Martirio y misión", porque el testimonio constituye la ley del seguimiento de Cristo. "El testigo de la fe que cumple auténticamente su misión, cito al autor, será más eficaz que centenares de misioneros profesionales diluidos en la rutina".

4. Testigos del Dios Trinitario

Afortunadamente hoy contamos con excelentes obras sobre la Trinidad, que nos brindan una aproximación al misterio fundamental de la fe cristiana, considerado por muchos cristianos un abstruso juego intelectual. Reseñaremos únicamente las obras básicas y más al alcance de nuestros lectores.

a) Remitimos, en primer lugar, a los diccionarios más conocidos para la voz "Trinidad", en los que puede encontrarse la consiguiente bibliografía:

— Conceptos Fundamentales de Teología. Cristiandad. Vol. IV. Madrid 1966, 395-415, a cargo de M. SCHMAUS.

— Nuevo Diccionario de Teología. Cristiandad. Vol. II. Madrid 1981.

— Diccionario Teológico Interdisciplinar. Sígueme. Vol. IV. Salamanca 1983, 556-591, por A. MILANO.

— Sacramentum Mundi. Herder. Vol. 6. Barcelona 1976, 731-759, por K. RAHNER.

b) Los manuales de teología dogmática dedican, por supuesto, un tratado especial al tema. Conviene dejar constancia de los que pueden resultar más asequibles:

K. RAHNER, *El Dios trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación*, en "Mysterium Salutis" II-I. Herder. Barcelona 1969, 360-453. (En el volumen se incluyen otros ensayos sobre el tema).

J. RATZINGER, *El misterio de Dios*, vol. II del "Curso de Teología Dogmática". Herder. Barcelona 1982.

M. SCHMAUS, *La Trinidad de Dios*, t. 1 de la "Teología Dogmática". Rialp. Madrid 1960.

c) Obras de especial interés, recomendadas por diversos motivos:

O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Misterio trinitario y existencia humana*. Rialp. Madrid 1966.

Ch. DUQUOC, *Dios diferente*. Sígueme. Salamanca 1978.

Un libro diferente que se propone manifestar que el misterio trinitario no es un objeto de especulación. La simbólica que brotó del Nuevo Testamento engendra una estructura, una conducta y una política eclesial que no tiene nada que ver con la ideología unitaria nacida de un monoteísmo alejado de la práctica de Jesús. Jesús ha abierto una crisis en la idea común de Dios y quizás estemos empezando ahora a sospechar todas sus consecuencias.

J. MOLTMANN, *Trinidad y Reinado de Dios*. La doctrina sobre Dios. Sígueme. Salamanca 1983.

Frente a interpretaciones humanistas y monoteístas, el autor desarrolla una hermenéutica trinitaria de la historia bíblica. Por "pensamiento trinitario" entiende la superación de la concepción subjetiva particular y el desarrollo de un pensamiento relacional, comunitario. Como consecuencia, expone una enseñanza social de la Trinidad y un nuevo concepto de libertad.

L. SCHEFFCZYK, *Dios uno y trino*. Fax. Madrid 1973.

Un breve tratado en que la concepción de la Trinidad mostrará primero su actuación histórico-salvífica en el mundo, pero que somete también a la reflexión el acontecer interno de la Trinidad inmanente. Con ello se evita presentar la Trinidad como un misterio puramente lógico que exija un sacrificio parcial de la inteligencia, puesto que la misteriosa vida interior de la Trinidad es la revelación del Dios que se ama a sí mismo de un modo personal y que irradia su amor al mundo. La obra busca, pues, labrarse su camino entre los extremos de un esencialismo racional-filosófico y de un existencialismo antropocéntrico.

A los interesados en esta temática tan interesante como necesaria para la comprensión del pensamiento y la actividad cristiana, para la teología y la espiritualidad, les recomendamos encarecidamente la revista "Estudios Trinitarios" y los volúmenes que recogen las actas de las "Semanas de Estudios Trinitarios" que, desde 1967, viene publicando el "Secretariado Trinitario" de Salamanca.

El Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo

Aquí sólo indicamos dos obras, de corte muy distinto, pero que permiten un acercamiento al tema. Curiosamente llevan el mismo título. La referencia a ciertos números monográficos de revistas completan el panorama bibliográfico.

J. RATZINGER, *El Dios de Jesucristo*. Sígueme. Salamanca 1978.

Meditaciones sobre Dios uno y trino y sobre la encarnación de Dios en Cristo. Aunque ningún discurso humano puede expresar adecuadamente el misterio de Dios, el autor se siente impulsado a romper el silencio sobre Aquel que es fundamento y posibilidad de nuestra palabra. En estas meditaciones se propone tender un puente entre la teología y la predicación, entre la teología y la piedad.

W. KASPER, *El Dios de Jesucristo. Sígueme*. Salamanca 1985.

La única respuesta a la cuestión moderna de Dios y a la situación del ateísmo actual es el Dios de Jesucristo, la confesión trinitaria, que es preciso rescatar de su lugar marginal y convertir en la gramática general de toda la teología. Kasper, para lograrlo, acude a la escuela de los santos padres y de los grandes doctores de la Iglesia, porque tanto la tradición como la especulación necesitan de una renovación a fondo. La auténtica teología de orientación pastoral no exige una rebaja sino un plus de radicalidad científica.

Para completar el marco, he aquí algunos números monográficos de revistas dedicados al tema:

CONCILIUM 123 (1977): *¿Un Dios personal?*

Los diferentes artículos se agrupan en cuatro apartados: problemática actual en torno a un Dios personal; lo personal y lo impersonal en Dios; nueva reflexión teológica; importancia religiosa y política de Dios en cuanto ser personal. Una crónica sobre el ser personal de Dios desde la perspectiva de la teología del proceso, inspirada en la metafísica de Whitehead, completa el número. Destacamos especialmente el ensayo de P. SCHOONENBERG, *Dios como persona (ente personal)* (pp. 355-369), y las dos colaboraciones que integran el último apartado: C. WILDMANN, *Concepción personal de Dios e historia de la libertad en Occidente* (pp. 382-391); G. MALONEY, *La oración y el "Dios personal"* (pp. 392-399).

CONCILIUM 163 (1981): *¿Un Dios Padre?*

Ramillete de artículos y colaboraciones originales y a veces sorprendentes. No cabe otra actitud que la de remitir a la lectura directa de los textos. Puestos a destacar, llamamos la atención sobre los trabajos de: Y. SPIEGEL, *Dios Padre en una sociedad sin padres* (pp. 311ss); J. MOLTMANN, *El padre maternal* (pp. 381ss); R.R. RUETHER, *El aspecto femenino*

de Dios (pp. 395ss); C. HALKES, *La teología feminista y Dios Padre* (pp. 451ss) y los tres testimonios que ponen fin a los estudios (pp. 463ss).

IGLESIA VIVA 107 (1983): *¿Qué significa hoy creer en Dios?*

Se transcriben las ponencias de la XI Semana de Pensamiento Cristiano y Diálogo celebrada en Bilbao (24-28 de octubre de 1983). X. PIKAZA brinda un bello resumen de sus amplias reflexiones sobre lo común y lo específico de la experiencia religiosa cristiana. C. DIAZ denuncia no la irreligiosidad sino la idolatría larvada o expresa de nuestra sociedad burguesa europea. L. SEBASTIAN rastrea ese mismo contexto y el más amplio del Tercer Mundo en busca de señales del Dios cristiano, de testimonios de su continua resurrección. G. CAFFARENA y A. TORRES QUEIRUGA trenzan sus colaboraciones desde la fidelidad al evangelio de Jesús, el diálogo con la cultura y racionalidad de nuestro tiempo y el enraizamiento en nuestro contexto socio-político.

IGLESIA VIVA 87/88 (1980): *La cuestión de Dios.*

La estructura del número es muy lineal: los dos primeros trabajos de R. ALBERDI y J.F. FONTECHA bosquejan el momento negativo de la cuestión, al poner de relieve la asfixia de la inquietud religiosa en la sociedad moderna y las connotaciones culturales del ateísmo actual. El artículo de J. GARCIA ROCA, *Nuevos contextos para la cuestión de Dios* deja entrever los previsible caminos por los que una cultura postcrítica puede plantearse la cuestión de Dios sin retroceder ni renegar de las auténticas experiencias que constituyen al hombre moderno. A. CORTINA, *Racionalidad y fe religiosa*, desde una tradición kantiana y una lógica moderna, muestra que se puede llegar a encontrar nuevas vías que hagan razonable, aunque no demuestren, la afirmación de Dios. A. CAÑIZARES, *La experiencia de Dios en la Biblia*, y J.M. ROVIRA BELLOSO, *¿Qué queremos decir los cristianos cuando afir-*

mamos que Dios existe, tratan del Dios revelado: el primero a partir de los textos de la Escritura y el segundo, sobre todo, desde la experiencia de los cristianos. Un "a modo de boletín bibliográfico" a cargo de J.M. Rovira Belloso (pp. 363-372) y otras indicaciones bibliográficas completan el número.

5. Jesucristo en la historia y en la fe

Son muchas y en general muy valiosas las cristologías publicadas a partir del Vaticano II. Reseñamos simplemente las que nos parecen más relevantes para nuestros lectores.

D. BONHOEFFER, *¿Quién es y quién fue Jesucristo? Su historia y su misterio*. Ariel. Barcelona 1971.

Ch. DUQUOC, *Cristología. Ensayo dogmático*. Sígueme. Salamanca 1969-1972, 2 vols. Después se ha publicado en uno solo.

J. ESPEJA, *Jesucristo. Palabra de libertad*. San Esteban. Salamanca 1979.

O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret*. BAC Maior. Madrid 1975.

J.I. GONZALEZ FAUS, *La humanidad nueva*. 2 vols. Apostolado de la Prensa. Madrid 1974. Posteriormente en un 1 vol. Sal Terrae. Santander 1985, sexta edición refundida.

W. KASPER, *Jesús, el Cristo*. Sígueme. Salamanca 1976.

J.A. PAGOLA, *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje*. Ed. Diocesana. San Sebastián 1981.

AA. VV., *Mysterium Salutis vol. III*. 2 tomos. Cristiandad. Madrid.

6. El Espíritu Santo, el gran desconocido

Difícilmente pueden los cristianos dar testimonio del Espíritu Santo, ya que muchos no han “oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo” (Hech 19, 2). Con razón los teólogos ortodoxos han acusado a la teología occidental, tanto católica como protestante, de no haberse ocupado *suficientemente* de la pneumatología. A partir del Vaticano II se ha intentado poner remedio a esta lamentable situación, pero no abundan los estudios y monografías sobre el particular. En esta ocasión, nos vemos obligados a ser muy parcos en las referencias bibliográficas.

Un boletín con numerosos títulos y sistematizado: J. LOPEZ, *Bibliografía pneumatológica fundamental*, en “Phase” 149-150 (1985) 457-467. Pueden verse las voces ESPIRITU, ESPIRITU DE DIOS, ESPIRITU SANTO, PENTECOSTES, en los distintos diccionarios, vocabularios, enciclopedias teológicas, teologías del Antiguo y Nuevo Testamento.

Entre los documentos del magisterio pontificio destacamos los siguientes:

PABLO VI, *El Espíritu Santo, animador de la Iglesia*. Selección de textos y presentación por N. Silanes. Salamanca 1977.

JUAN PABLO II, *El Espíritu Santo*. Carta a los Obispos de la Iglesia Católica. PPC. Madrid 1981.

JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Dominum et vivificantem* (18/5/1986), en “Ecclesia” XLVI (7/6/1986), 12-50 (el texto ha sido publicado por PPC, Ed. Paulinas, etc.).

El documento es el de más alto rango del Magisterio, si bien su lectura ofrece cierta dificultad.

Entre las no muy numerosas obras, citamos a:

- H. MUEHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*. Salamanca 1974. (El autor es uno de los más conocidos y competentes especialistas en el tema).

7. La sociedad española: el contexto de la evangelización y la vida cristiana

Todos están de acuerdo en que la Iglesia ha de inculturarse en la vida de los pueblos a quienes anuncia la Palabra o que ya están en casa, formando parte del Pueblo de Dios. Si quiere llevar adelante, siguiendo las huellas del Vaticano II, el diálogo con el "mundo actual", deberá tener en cuenta el panorama poliédrico de la sociedad española. Puede ayudarnos las sugerencias de algunas obras recientes:

- A. ALVAREZ BOLADO, *El experimento del nacional-catolicismo*. Madrid 1976.
- R. DIAZ-SALAZAR, *Iglesia, dictadura y democracia*. Madrid 1981.
- J. RUIZ-GIMENEZ (ed.), *Iglesia, Estado y Sociedad en España: 1930-1982*. Madrid 1984.
- AA. VV., *Al servicio de la Iglesia y del pueblo*. (Homenaje al Cardenal Tarancón en su 75 aniversario).

8. Evangelizar: misión primordial de la Iglesia y de los católicos

La pregunta radical sobre la comunidad cristiana, según el documento "Testigos del Dios vivo", es ésta: "¿Para qué existe la Iglesia en el mundo? ¿Cuál es su objetivo propio y específico?". Y contesta: "Esta pregunta solamente tiene una respuesta: la Iglesia es continuadora de la misión de Jesucristo (cf. Mt 28, 18; LG 5)". La respuesta queda suficientemente clarificada con la siguiente declaración programática: "Jesús vino al mundo para evangelizar, esto es, para anunciar un mensaje nuevo y desconcertante: *el Reino de Dios está cerca* (Mc 1, 15)".

Para no perdernos, sólo quiero aludir a los “aperos” indispensables para la concienciación, formación y realización de esta misión inexcusable y permanente de la Iglesia y los cristianos en el mundo.

PABLO VI, *La evangelización del mundo contemporáneo* (8/12/1975).

Documento fundamental y básico, paradigma y punto de referencia para discernir la fidelidad en la ejecución de la tarea.

III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINO AMERICANO, *Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*. BAC Minor 1979; PPC. Madrid 1979 (segunda edición).

A pesar de la regionalización del documento, resulta singularmente adecuado para las otras Iglesias particulares, sobre todo por lo que concierne al “contenido de la evangelización” y a la pregunta: “¿Qué es evangelizar?” (segunda parte).

CONGRESO DE EVANGELIZACION, *Evangelización y hombre de hoy*. Edice. Madrid 1986.

El volumen recoge todos los materiales del Congreso celebrado en Madrid del 9 al 14 de septiembre de 1985. El libro está estructurado en siete partes, precedidas de un prólogo firmado por el Presidente de la Conferencia Episcopal Española y por una extensa presentación del Congreso. La carta-mensaje del Papa Juan Pablo II a los congresistas culmina la obra. Conviene llamar la atención especialmente sobre las cuatro ponencias (“El hombre a evangelizar en la España actual”; “¿Qué es evangelizar hoy y aquí?”; “La Iglesia que evangeliza y que a su vez debe ser evangelizada aquí y ahora”; “¿Qué exigencias tiene la evangelización en nuestra Iglesia y sociedad españolas?”), las síntesis del trabajo de los grupos en nueve sectores y sus conclusiones, y el documento final con las conclusiones derivadas de las cuatro ponencias. Se trata, sin duda, de un eficaz instrumento de trabajo para sacer-

dotes, religiosos y seculares directamente comprometidos en la transmisión de la Buena Noticia de Jesús al hombre de hoy.

AA. VV., *Los religiosos y la evangelización del mundo contemporáneo*. Madrid 1982.

9. El servicio del testimonio

La hora actual de nuestras Iglesias, recuerda el documento "Testigos del Dios vivo", tiene que ser una hora de evangelización. La acción evangelizadora derivada de la aceptación del Reino de Dios incluye también la realización de este Reino en el mundo, aunque sea de manera fragmentaria y deficiente, con hechos y signos que indiquen la presencia del amor de Dios y la certeza de la salvación que esperamos.

La bibliografía, especialmente hagiográfica, sería interminable. Por consiguiente, nos ceñiremos a reseñar datos elementales sobre los movimientos más extendidos y enraizados en los tiempos últimos. Abrimos con una referencia de singular significado en nuestra época en los países occidentales:

CONCILIUM 183 (1983): *El martirio hoy*.

Nos encontramos ante un nuevo tipo histórico-cultural de martirio o, si se quiere, ante un nuevo perfil del mártir (testigo). Se ha pasado del mártir "heroico" al mártir "anónimo", del martirio individual a una especie de martirio colectivo. Este número de "Concilium" intenta profundizar en este sentido y llamar especialmente la atención sobre una "forma actual de santidad política": la que se nutre de un amor incondicional "al más pequeño de los hermanos", haciendo consistir en ello el seguimiento hasta la muerte de Jesús.

CONCILIUM 89 (1973): *Movimientos del "despertar religioso"*.

Sociólogos, teólogos y pastoralistas analizan este fenómeno, auténtico reto a los pronósticos de los teólogos de la secularización. Se ofrece un muestrario de algunos movimientos

contemporáneos del despertar espiritual: pentecostalismo norteamericano, Symposium del Silencio (EE. UU.), movimientos de liberación sudamericanos, resurgimientos de renovación en la vida religiosa.

CONCILIUM 149 (1979): *Modelos de santidad.*

La Iglesia católica no sólo configura las formas temporales del Reino de Dios sino que también canoniza, es decir, promueve a la gloria eterna a quienes trabajaron por él en la historia. Naturalmente esta práctica preconiza unos modelos de santidad. El número de la revista no se ciñe a los "modelos" basados en los procesos de canonización sino que toma en consideración otros en el marco de las tradiciones de las órdenes monásticas y religiosas y de las exigencias del servicio individual o político al prójimo. Dos boletines sobre modelos budistas de santidad y modelos de santidad sacerdotal cierran este minitratado.

CONCILIUM 181 (1983): *Nuevos movimientos religiosos.*

Dada la enorme variedad de los nuevos movimientos religiosos no es posible hacer generalizaciones válidas sobre ellos. Suele decirse, no obstante, que los seguidores, sobre todo los jóvenes, parecen buscar los tres objetivos siguientes, permítase la simplificación: 1) Búsqueda de una experiencia intensa del yo y de la sacralidad transformante, es decir, búsqueda de una religión tangible y experiencial; 2) Búsqueda de una comunidad de apoyo; 3) Búsqueda del poder de la experiencia religiosa personal, auténtico carisma de los líderes religiosos y adhesión de otros adeptos. Los numerosos ensayos muestran que estos nuevos movimientos religiosos constituyen un evidente desafío cultural a la Iglesia para que busque una integración cristiana adecuada de una religión experiencial, de una comunidad genuina y de un auténtico carisma.

CONCILIUM 104 (1975): *Comunidades de base.*

Aunque esta realidad presenta gran variedad de formas, como evidencia la variedad de nombres con que es designada, hoy representa una cuestión insoslayable y un verdadero reto a la Iglesia. Los distintos aspectos del fenómeno son analizados con realismo y profundidad en sus diferentes manifestaciones. Remitimos al boletín que sobre el tema ha redactado C. Floristán, ya que la bibliografía resultaría interminable.

CONCILIUM 129 (1977): *Los carismas.*

Este número no toma posturas, ofrece sobre todo elementos de reflexión. No caben definiciones, porque los carismas no existen fuera de los llamados movimientos carismáticos. Por eso aquí se estudia ampliamente la historia de estos movimientos. Tres artículos precisan sus condiciones y sus consecuencias políticas y eclesiales. Dos ensayos ayudan a clarificar la compleja y ardua tarea del discernimiento espiritual. Finaliza la publicación con los testimonios y los boletines. Llama especialmente la atención el de P. Abela sobre la liturgia.

MISION ABIERTA 1981/2: *La revolución del Espíritu. Hacia una espiritualidad nueva.*

Un número abundante en sabrosos descubrimientos e interesantes sugerencias en que se escuchan las voces del Espíritu, se brindan criterios para el discernimiento de los espíritus, se ejemplarizan las abstracciones en un ramillete de testigos y se despliega la variedad de la praxis que va de la espiritualidad revolucionaria y lectura materialista del santoral, pasando por la espiritualidad del Opus, a la espiritualidad carismática.

AA. VV., *Los carismas en la Iglesia.* Secretariado Trinitario. Salamanca 1976.

En este volumen se albergan las ponencias del X Simposio que tuvo lugar en Salamanca del 21 al 23 de octubre de 1975. Las

ponencias son de actualidad, porque afrontan el tema en perspectiva bíblica, en el marco concreto de la España del siglo XVI, en el contexto del Vaticano II y en la clave de la dualidad institución y carisma. A. Fierro presenta los rasgos al mismo tiempo complementarios y contrapuestos del movimiento carismático y del movimiento liberador. Un ensayo de síntesis evaluativa teológica, que cierra el volumen, y una introducción sobre "La actuación carismática del Espíritu en la Biblia", para llenar ciertas lagunas, dan el perfil de tan relevante como actual problema.

P. FERNANDEZ, *Formas carismáticas actuales. Su incidencia social y litúrgica*, en "Phase".

Citamos el último artículo de este autor, por ser el que con más asiduidad y profundidad trata este tema entre los escritores españoles. En las notas puede encontrarse la bibliografía más asequible a nuestros lectores. Especialmente recordamos que la revista KOINONIA se viene publicando desde 1976 y en ella se encuentran materiales abundantísimos e información sobre el movimiento.

S. SPINSANTI-D. DE PABLO MAROTO, *Modelos espirituales*, en "Nuevo Diccionario de Espiritualidad". Paulinas. Madrid 1984, 943-970.

Después de un estudio sobre la función del modelo en el proyecto espiritual del cristiano, se presenta una galería de semblanzas: San Francisco de Asís: el amor universal; Santa Teresa de Jesús: la experiencia de la "verdad"; Charles de Foucauld: la imitación de Cristo de un "hermano universal"; Madeleine Delbrêl: santidad para la gente de la calle; Martin Luther King: un creyente con un sueño; Teilhard de Chardin: pasión cristiana por el "fenómeno humano"; Dietrich Bonhöffer: ser cristiano en un mundo adulto; Mons. Romero: la defensa de los humildes. Hay donde elegir y motivaciones suficientes para determinar la opción que estructure el proyecto personal del seguimiento.

- A. GUERRA, *Movimientos actuales de espiritualidad*, en "NDE" (véase anterior), 970-982 (con bibl.).

El autor se propone presentar una clasificación realista de estos movimientos, de acuerdo con unos criterios mínimos y esenciales. Frente a las tradicionales (formación y testimonio, tradicional y progresista, neomísticos y nuevos militantes, grupos evangélicos, centrados en la acción y carismático), A. Guerra se decide por la de nuevos militantes y neomísticos. Al hacer su análisis se centra en estos cuatro aspectos: terminología; geografía, extensión y configuración; entorno teológico y apoyos culturales; ideología.

- J.M. CODOBES, *Comunidades eclesiales de base*, en "NDE", 222-234 (con bibl.).

Estudio de síntesis en que se presenta el panorama y la problemática de estas comunidades. La bibliografía puede prestar un gran servicio.

- A. BARRUFFO, *Carismáticos* (la renovación carismática), en "NDE", 136-149.

Buena aproximación al tema por su precisión, brevedad y sistematización. La reseña bibliográfica de publicaciones españolas facilita poder adentrarse en el estudio de tan sugestiva realidad.

- CORINTIOS XIII 23 (1982): *Tres testigos de la caridad: Teresa de Jesús, Vicente de Paúl, Francisco de Asís.*

Número dedicado a celebrar la conmemoración centenaria, en uno u otro aspecto, de estos tres santos que supieron abrir caminos nuevos para el testimonio cristiano. Aunque muy conocidos, al menos en los niveles más anecdóticos, se diseña aquí una semblanza desde la óptica de la caridad. La nota de publicaciones selecciona lo más indicado para el momento y los lectores.

10. Para cerrar la edición

Tres recomendaciones para que, al final y siempre, el carisma de la caridad sea el criterio último y decisivo:

J.M. GUIX FERRERES, *Presencia y promoción de Cáritas en la pastoral de la diócesis*. Cuadernos de Cáritas n. 4. Madrid 1986.

K. RAHNER, *Amar a Jesús, amar al hermano*. Sal Terrae. Santander 1983.

CORINTIOS XIII 33 (1985): *Manual teológico de Cáritas*.

Raimundo Rincón

